presencia

tribuna libertaria

SUMARIO

- **El Dilema de la revolución española**
  Ocaña SANCHEZ
- **El «Plan de desarrollo» de Opus Dei**
  Octavio ALBEROLA
- **Primero, restablecer los puentes**
  José PEIRATS
- **La crisis del campo español**
  L. PASAMAR
- **La Hispanidad en Indoamérica y la solidaridad reaccionaria**
  Victor GARCIA
- **La reforma de la enseñanza**
  D. A.
- **« La Hora de la Verdad » de Francesco Rosi**

noviembre
diciembre
1 9 6 5

presencia

tribuna libertaria

présence libertaire

Director :
L. PASAMAR

Redacción :
24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Administrador :
Amador ALVAREZ

Administración :
87, rue de Patay
Paris, XIII
Giros : C.C.P. 15.712.51, Paris

Precio ejemplar : **3 F**

PROPOSITOS

No se trata de una revista más. Cierto que abundan las revistas y los periódicos en el antifranquismo exilado. Cada una de estas cumple sin lugar a dudas una misión específica. Su publicación podrá dar satisfacción a sus editores, dudamos satisfaga a sus lectores. Encerradas en sus problemas internos y arrastrando arrobas de historia, estériles para el enfoque de los problemas presentes, las publicaciones clásicas padecen la enfermedad del clasicismo: la hosificación. Toda obra que no se extiende perece. Una publicación que no sepa interesar nuevos lectores está condenada al fracaso.

Todo sistema económico está basado en el libre-cambio de las mercancías. La práctica autárquica asfixia la libre convivencia, ocasionando la muerte de la economía. La autarquía intelectual seca los meollos y ahoga el espíritu creador del hombre, aniquilando la vida espiritual y social. Aspiramos colmar, con esta revista, un vació que, de perdurar, será catastrófico para el Movimiento Libertario. Creemos llegado el momento de aunar esfuerzos en vistas de conseguir una literatura verdaderamente libertaria, a la altura de las circunstancias históricas que vivimos. Es necesario que el pensamiento libertario, en sus múltiples aspectos, logre expresarse sin temor a tabús ni a conceptos prefabricados. El lugar común está de sobra. Somos un Movimiento de individuos, de seres pensantes y actuantes, y donde el hombre piensa no hay cabida para el monolitismo: sea del color que sea. No tememos la polémica basada en ideas y conceptos. Establecidas las premisas que la verdad es relativa y de la no aceptación de dogmas absolutos, creemos que la disparidad de criterios siempre es saludable. Nuestro propósito consiste en facilitar al lector estudios, ensayos, información sobre la vida cotidiana española, tratados con mayor amplitud y dando un enfoque dinámico a los problemas. Revista que aspira también a ser el portavoz de las nuevas generaciones inquietas que, ante el triste espectáculo del exilio, buscan satisfacción en corrientes políticas sin raices en nuestro suelo.

GOBIERNO

El último reajuste ministerial que llevara, entre otros, al señor López Rodó —miembro prominente del Opus Dei— al cargo de ministro, ha producido, al parecer, un reajuste muy significativo entre las jerarquías del Movimiento Nacional y de la CNS.

Los rumores según los cuales la sustitución de los señores Lamata y Herrero Tejedor —íntimos colaboradores del señor Solís— habían sido provocados por una pérdida de influencia política del ministro delegado nacional de sindicatos, parecen confirmarse con la serie de cambios que se han venido operando en la estructura burocrática del antiguo feudo falangista

PRENSA

Bajo el lema «libertad de prensa», «supresión de la censura previa», el nuevo proyecto de ley de prensa e imprenta, presentado hace pocos días a las Cortes, quiere ser el reflejo de una nueva etapa en el proceso de «liberalización» del régimen.

Las limitaciones de expresión, señaladas en el mismo proyecto, denuncian por si solas el verdadero significado del mismo. Entre otras, se especifican bien las siguientes : Respeto a la moral y a la verdad ; acatamiento al orden constitucional vigente ; Exigencias de la defensa nacional, de seguridad del Estado y del mantenimiento del orden Público ; La reserva debida a la acción del Gobierno ; La independencia de los tribunales en la aplicación de las leyes ; La salvaguarda de la intimidad y honor privados...

Este nuevo paso hacia la institucionalización del régimen parece destinado a legislar, simplemente, el libre juego de expresión entre los diferentes grupos de presión que lo integran, puesto que para la Oposición no se vislumbra facultad alguna dentro de dicho proyecto.

INFLACION

Pese a toda la propaganda demagógica del régimen los síntomas de inflación se han agravado en lo que va del año, hasta el punto de crear un cierto nerviosismo en los medios bancarios, pues comienza a levantarse la sombra de la devaluación para la peseta española.

La avalancha de divisas turísticas —que no ha logrado cubrir el déficit creciente del comercio exterior— y la fuerte inversión del sector Público en el Plan de Desarrollo han sido, entre otras, las causas determinantes de esta tendencia inflacionista que se ha traducido, como era de esperar, por un fuerte aumento de precios y del costo de la vida. Como siempre, han sido los sectores menos favorecidos, la clase trabajadora, los que han comenzado a resentir los excesos de una política económica absurda.

MERCADO COMUN

La «guerra de las naranjas» entre Italia y España parece haber aportado un obstáculo más a los ya numerosos que impedían, hasta el presente, que nuestro país se integrara, a parte entera o en calidad de simple asociado, al Mercado Común.

No es posible predecir el resultado de las hábiles gestiones que el señor Ullastres está realizando en estos momentos, valiéndose de la fuerte influencia que el Opus tiene hoy en las altas esferas gubernamentales de algunos de los países de la comunidad europea ; pero si se puede esperar una intensificación de los esfuerzos del régimen franquista por lograr su incorporación al M.C., pues de ello depende en gran parte la continuidad del famoso Plan de Desarrollo.

EDUCACION

De un tiempo a esta parte viene realizándose, a través de la prensa, una campaña tendiente a dar la impresión de que el Gobierno está seriamente interesado en resolver el grave problema educacional.

Para demostrar el esfuerzo realizado en estos 2 años de paz será suficiente con recordar —así lo ha afirmado Pueblo— que sólo el 50 % de los niños en edad escolar pueden asistir a escuela, por ejemplo, en la ciudad de Madrid. Y de estos sólo el 22 % pasa al bachillerato superior.

Y para comprender la orientación dada a las inversiones realizadas a través del Plan de Desarrollo, baste comprobar que de 7,000 millones de pesetas que es el total invertido, 2,300 millones han sido concedidos a la enseñanza no oficial que, en España, está casi toda en manos de la Iglesia, y destinada casi toda para las clases privilegiadas. Por eso no puede asombrar que apenas un dos por ciento de los jóvenes españoles vaya a la Universidad y que de esta cifra, únicamente un 4 por ciento proceda de la clase obrera.

UNIVERSIDAD

El proyecto de «democratización» del S.E.U. elaborado por el Gobierno a consecuencia de los últimos movimientos estudiantiles, va a ser puesto a prueba en el presente curso cuando se proceda a las elecciones oficiales que deben celebrarse a principios de este mes, y en las cuales los estudiantes deben participar obligatoriamente. Para impresionar a la masa estudiantil el Gobierno ha autorizado, después de expulsar a cinco catedráticos de la Universidad, a los rectores a expulsar directamente a todos aquellos universitarios que «alteren el orden académico».

La solidaridad de algunos catedráticos con los sancionados recientemente, hacen presagiar una prueba de fuerza entre el Gobierno y la Universidad ; pero será el movimiento de protesta estudiantil el único que podrá hacer recular al régimen y abrir paso a la libertad sindical reclamada por los universitarios.

LA TENSION AUMENTA

Como indicábamos más arriba, la tensión entre la masa estudiantil universitaria y las autoridades va aumentando progresivamente, ante la actitud de los primeros que se niegan a aceptar la nueva estructura impuesta al S.E.U. y el Gobierno que parece resuelto a imponerla, como es su costumbre, por la fuerza.

En Barcelona el rector de la Universidad, García Valdecasas, ha hecho publicar en la prensa de la ciudad condal una nota «pidiendo a los estudiantes tomar parte activa en las elecciones sindicales » oficiales, que han comenzado el lunes de esta semana. Los estudiantes han respondido a este llamamiento boicoteando dichas elecciones, a las que ni siquiera han presentado candidaturas.

Gran parte de los profesores se han demostrado solidarios con esta actitud de sus educandos.

En Madrid ha sido condenado a un año de reclusión el abogado Cierco, que había enviado una nota de protesta, a la Jerarquía eclesiástica y a la prensa extranjera, por las torturas infligidas a dos estudiantes detenidos.

Frente a la entereza de los universitarios el Gobierno no encuentra otro camino que el recrudecimiento de su actitud represiva.

Palabras y realidad

¡ Nunca más la guerra ! Este pacífico y esperanzador grito de protesta humana —propagado por inusitada mobilización de recursos informativos— cientos de millones de seres humanos lo han oído por boca del máximo portavoz de la comunidad católica, durante una «sesión extraordinaria» de la O.N.U., «Aula magna» de las naciones como él la llamara.

Intervención sin desperdicios en la que Pablo VI, con variantes «sui géneris», presentó hábilmente las reivindicaciones y aspiraciones de los hombres del «tercer mundo», presa codiciada de tirios, troyanos y vaticanistas Desarme, coexistencia pacífica entre las naciones, libertad religiosa, justicia social, lucha contra el hambre, etc.

Aplaudieron enfáticamente los representantes de EE. UU. que, en calidad de guardianes de la democracia y del orden en el mundo, pueden vanagloriarse de espectaculares resultados en la aplicación del evangélico mensaje. Seguramente que no les desmentirán los demócratras dominicanos, invadidos por las fuerzas yanquis de «paz», ni los campesinos vietnamitas bombardeados, día tras día, por la U.S.A. Air Force, ni los negros americanos apaleados por reclamar su condición de ciudadanos a parte entera.

El señor Gromyko, ministro de Asuntos exteriores de la Unión Soviética, no se privó de coquetear con el sumo Pontífice de lo que, en tiempos idos, merecía en Moscú el calificativo de opio del pueblo. Actitud consecuente con la política de la U.R.S.S. que predica, muy en serio, la buena palabra de la coexistencia pacífica entre los diversos grupos de Estados. Coexistencia que han ampliado, paulatinamente, al terreno de las ideologías, en conformidad siempre con lo que, en determinadas circunstancias, dijera el profeta Lenin.

Alfa y Omega de una estrategia de convergencia, ideológica, con el modo de vida de las sociedades industriales del Occidente capitalista, que provoca, de rechazo, la ira de Pekín, nueva Meca del marxismo «puro».

Situados en condiciones de ganarse a puño el derecho de intervenir en el reparto de la riqueza del mundo, Mao tse tung y sus correligionarios, siguen a pasos acelerados la vía trazada por Stalin : amenazando a derecha y a izquierda ; « prestando» consejeros técnicos restados a su deficiente economía ; probando bombas atómicas cuya ineficacia va en relación inversa a su coste, cargado sobre las espaldas del pueblo chino necesitado ; incitando a la revuelta en Asia y Africa, impulsados por el afán de toda potencia que quiere afirmarse como fuerza determinante en el destino de la humanidad.

¿ Qué impacto habrá hecho la declaración de Pablo VI en los dirigentes de los países árabes, casta reaccionaria de militares soberbios y de caciques feudales con mentalidad despótica, maestros en el arte de explotar al sometido y fatalista campesinado musulmán ? ¿ Qué efecto habrá tenido en los dirigentes de esta India, que con tanta maestría sabe conciliar la prédica de la doctrina de no-violencia de Gandhi con la opresión de los pueblos fronterizos —guerra contra el Pakistán musulmán— y el abandono a un hambre secular a cientos de millones de hombres ?

¿Qué eco encontrará en las clases dirigentes de latinoamérica una condena, apenas indirecta, del a, b, c de su política de explotación sistemática, de opresión cruenta de las masas indias mantenidas a parte de las condiciones de civilización moderna?

¿Qué influencia tendrá su «atrevido» discurso en la conducta de los émulos del Nazismo en la Unión Sur Africana, donde una minoría de blancos mantiene tiránicamente a una población de nueve millones de aborígenes en la condición de infrahombres?

Finalmente, ¿qué hará nuestro Caudillo, avanzado de la Cruzada cristianizadora, en aplicación de los postulados de «justicia social» y «libertad de creencia»,después de haber hecho tanto para borrarlos del horizonte español, apoyándose en un catolicismo integrista a rajatabla que le reconocía hijo de la divina providencia?

¿Será acaso condenado el Papa por algunos, por intruso en el dominio temporal del gobierno de los hombres y como peligroso reformador?

En realidad, el giro propagandístico de PabloVI á Nueva York no engaña a nadie. Si menester fuere, la tribuna del Concilio tendría la virtud de informar y tranquilizar a quienes podrían alarmarse o dejarse arrastrar por unas esperanzas desmedidas e injustificadas.

El primer propagandista del Vaticano ejecuta la nueva política de la Iglesia según las lineas directrices trazadas por el Concilio Vaticano II. Política de reconversión inaplazable a un mundo que no puede ya ser influenciado y determinado según los anacrónicos cánones decimonónicos. La continuidad de la religión católica como fuerza determinante en el mundo que se nos prepara y, en último lugar, la supervivencia de la creencia religiosa, obliga al catolicismo a modernizarse, a deshacerse de un pasado cuyo peso negativo amenazaba con peligro de muerte, a presentarse como fuerza progresiva y dispuesta al entendimiento con las otras fuerzas religiosas igualmente interesadas en su común salvación.

La lección que debe sacarse de las excursiones de Pablo VI en el mundo de los gentiles y de las deliberaciones del Concilio —reajustando a marchas forzadas el ideario de la Iglesia católica— es que, de ahora en adelante, tendrá que contarse con esta fuerza inmensa —que encaminará todas sus energías a presentarse ajena a todo lo más injusto, que en su nombre se ha impuesto a los hombres durante siglos y siglos—, movilizada políticamente, ya sin disimulo, para garantizar la estabilidad de un mundo sacudido por las luchas anticolonialistas y la irrupción al plano de potencias de pueblos hasta ahora sometidos por el capitalismo de occidente.

Como fuerza de cubertura moral y respaldo efectivo para todos aquellos que, víctimas de exageradas injusticias, no apelarán a procedimientos radicales para destruirlas; como fuerza de contención eficaz frente a los impulsos revolucionarios que hayan logrado escapar a las redes de sus múltiples organizaciones profesionales, culturales y sindicales.

En el mundo del trabajo, al lado del soporífero socialismo, qe tan edificantes ejemplos de conservación de las estructuras capitalistas está dando en los paises de Europa donde posee influencia y que, tiempo ha, precedió a la Iglesia católica en su «puesta al día», con mayor eficiencia que antaño se situara el catolicismo.

¿Lograrán ambos barrer definitivamente toda esperanza de auténtica emancipación humana?

La minorías que se reclaman de ella darán la respuesta con la actuación que sepan proponer a los hombres.

EL DILEMA HISTORICO DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

EXISTEN situaciones históricas donde la revolución se presenta como una necesidad vital para abri paso a una revolución creadora y no degenerar como pueblo.

revolucionaria de gran parte del proletariado español y del anarquismo militante se ven hoy acrecentadas por motivos más poderosos y convincentes que antaño: el pueblo español carece de libertades individuales y colectivas, en forma más absoluta que en el pasado; el capitalismo nunca ejerció una dictadura más despótica que en el presente; en ninguna época el Ejército y la Iglesia alcanzaron más poder y privilegios; jamás el Estado ejerció más autoridad sobre el hombre, la cultura y la sociedad. Veinticinco años después de una de las guerras de clase más violentas que registra la historia, la dictadura necesita perdurar porque permanecen intactas las mismas causas que le dieron origen. No es por capricho que las clases privilegiadas españolas son partidarias del despotismo: lo son, sobre todo, por necesidad de supervivencia, para impedir que las agudas contradicciones internas no hagan tambalear o caer sus estructuras políticas, demostrando con ello su incapacidad en solucionar sus contradicciones más brutales e injustas.

PROPIEDAD DE LA TIERRA

Según el Primer Censo Agrario de España, hecho en 1962, el 1,8% de propietarios ocupan el 55,4 % de la superficie cultivable, mientras que 1.831.000 campesinos posée sólamente el 6,8 %, con una propiedad media de 1,6 hectáreas, y más de dos millones de braceros carecen de tierras, de los cuales la mayoría no trabaja sino unos cien días al año. La población agricola activa es de 5.560.000 personas (más de la mitad de ellas trabajan sobre parcelas de menos de 5 hectáreas), lo que unido a sus familiares representa aproximadamente la mitad de la población de España viviendo en la estrechez, la miseria y la indigencia.

El Estado, para demostrar en estos años que hacía algo para resolver este problema, montó toda una propaganda demagógica alrededor de los «planes de colonización», «concentración parcelaria» y embalses e irrigaciones minúsculas. Hoy la demagogia se centra en el Plan de Desarrollo, que ha abandonado completamente la solución del problema del campo centrando sus esfuerzos en la reforma de las estructuras capitalistas del país.

PROPIEDAD CAPITALISTA

La crisis permanente y el atraso económico de España se debe, principalmente a la supervivencia de este sistema feudal y antieconómico en la propiedad de la tierra. Como el fín de la producción capitalista no es satisfacer las necesidades de

la sociedad sino obtener un lucro personal, la burguesía produce lo que es más lucrativo para ella y no lo que es más urgente y necesario para el pueblo. El sistema de explotación en España restringe el poder de compra de la mayoría de la población, es decir, la mantiene sujeta a la estrechez y la miseria, lo que conduce a su propria anemia industrial. Eso no impide que, paradógicamente, la burguesía española obtenga los más altos beneficios por capital invertido que se conocen en la Europa occidental. Sin embargo, el informe de la O.E.C.D. nos dice que las inversiones permanecieron estacionarias en 1963 con respecto al año anterior, que fue uno de los más prósperos para las Bancos. España ocupa el tercer lugar en el mundo como consumidor de artículos de lujo, lo que da una explicación al destino reservado a los altos beneficios. Los Bancos extranjeros guardan mucho dinero producto de la explotación del pueblo.

Los impuestos indirectos que pagan, sobre todo los trabajadores —pues van incluídos implícitamente en los artículos de consumo—, son un 59 % en España, contra un promedio de 52 % en los países subdesarrollados.

Si faltaban datos, para demostrar hasta la saciedad la avaricia e inmoralidad de esta burguesía que presume de católica, ahí los tenemos.

Esta situación conduce inevitablemente a un desequilibrio permanente de la economía, que es compensada con un aumento de Autoridad por parte del Estado. Su consecuencia ha sido una intranquilidad social y política que afecta a gran parte de la misma burguesía, obligándola a trabajar a corto plazo y a un máximó de beneficios, sin preocuparse de estar a la altura de los adelantos technológicos, confiando más en el aparato represivo para contener las demandas de los trabajadores que en su capacidad para producir lo que las necesidades más urgentes exigen.

Quiere esto decir que las contradicciones más fundamentales de la economía española no han variado, y que la burguesía será desbordada por las exigencias siempre crecientes de la clase trabajadora, a la cual la incapacidad del capitalismo español no podrá satisfacer.

DESARROLLO CAPITALISTA

Por otra parte la propiedad capitalista en España se transforma de acuerdo con sus propias leyes. El continuo avance tecnológico, la aparición de nuevas fuentes de energía, la concentracin creciente de los medios de producción, el desarrollo acelerado y enorme de los intercambios internacionales, todo esto hace necesaria la concentración de capitales. La propiedad capitalista sólo puede subsistir concentrándose, cada vez más, en forma de grandes monopolios y consorcios bancarios en el area nacional y por medio de carteles, trust y asociaciones supranacionales —asociaciones bancarias, C.E.C.A., Euratom, Mercado Común, etc., etc.—, en el campo internacional.

La interdependencia entre los factores básicos de la producción y su relación con la producción exterior; el temor a las crisis económicas que ponen en peligro la seguridad de los gobiernos; la necesidad de mitigar, ante la exigencias de la población trabajadora, las deficiencias demasiado notorias del sistema de lucro personal; etc., etc., hacen que el Estado se vea obligado a transformarse en dirigente de la economía empleando un mínimo de «planificación económica». Estos factores conducen a transformar la propiedad privada en propiedad del Estado, en ciertos sectores. El poder económico de la burguesía se transforma en un poder delegado por el Estado. Sólo los grandes monopolios conservan su poder, que comparten con el gobierno en la creación de la política «nacional», es decir, a beneficio de los grandes señores capitalistas de la nación. El Opus Dei es hoy el representante, en el gobierno, de esos intereses.

Coexisten en España la propiedad privada, mixta y estatal sobre los medios de producción. Lo que el Estado controla directamente por medio de las Empresas Nacionales (I.N.I.) o por inversiones en empresas privadas es algo considerable, que ha cambiado las relaciones de fuerza dentro del sistema capitalista. Esto quiere

decir que los intereses de una empresa, o incluso algún monopolio, pueden entrar en conflicto con los intereses que representa el Estado, lo cual no debe desconcertar a los trabajadores tomando lo anterior por una actitud anticapitalista de este último. El Estado representa los intereses generales del Capitalismo en alianza con los intereses del capitalismo de Estado, es decir, de las jerarquías que dirigen la administración, producción y engranaje político y militar de un Estado en continua expansión.

EL ESTADO

Las contradicciones brutales de este sistema han mantenido un militarismo creciente como único factor de seguridad para las clases privilegiadas. Este fenómeno se ha superpuesto a la tradición colonialista del Estado español, donde el Poder era el principal concesionario de privilegios económicos, políticos y sociales. Fue el Poder, en siglos pasados, el creador de los grandes latifundios actuales, recompensando a la nobleza por sus servicios al rey. Todas las grandes fortunas de la época capitalista se han hecho con la complicidad del Estado.

La herencia de una larga etapa imperialista de ocupación militar que menospreció las ocupaciones creativas y exaltó las virtudes del hombre de presa, han dejado honda huella en la psicología de las clases dirigentes españolas. La incapacidad creativa se compensa con una ambición desmesurada de poder. Estas condiciones económicas y psicológicas crean el ambiente propicio para la superabundancia de parásitos: generales y oficiales, burócratas y funcionarios, así como la proliferación desmesurada de órdenes religiosas. España posée el índice más bajo de población activa de la Europa occidental.

Frente a un orden de cosas tan injusto la libertad es un lujo que no han podido permitirse otorgar las clases privilegiadas españolas. La cultura libre ha sido, por lo tanto, su enemigo principal. A falta de una ideología para justificar intereses heterogéneos, la religión se ha impuesto como el único aglutinante espiritual, convirtiendo a la Iglesia en un poder temporal de primer orden en la política del país por la influencia que ejerce sobre las conciencias. Así la Iglesia y el Estado se han confundido y se confunden en la cúspide del Poder.

SINDICALISMO

El sindicalismo, en tanto que órgano de resistencia de la clase trabajadora, debe tomar en cuenta estas transformaciones de la propiedad y de la evolución capitalista-estatal.

El desarrollo y la organización del trabajo en la producción capitalista, en la fase de los grandes monopolios, tiende a crear desniveles profundos en la retribución de las asalariados en lo personal, y en lo colectivo por ramas de profesiones e industrias, con el fin de romper la solidaridad entre los trabajadores. El proletariado debe ser consciente de que esa tendencia incrementa el poder de la burguesía y perjudica a sus intereses. Como igualmente debe ser consciente de que sólo un sindicalismo que tenga en cuenta estas realidades y proyecte, a partir de ellas, sus programas y acciones reivindicativas, podrá serle útil y servirle de instrumento de emancipación. Contra el capitalismo monopolista moderno y el control que ejercen los Bancos sobre multitud de industrias diversas, y el monopolio paralelo del Estado sobre numerosas fuentes de trabajo, sólamente pueden tener verdadera eficacia movimientos de huelga lo suficientemente amplios para causar un perjuicio real al conjunto de los intereses que representan los monopolios, los Bancos y el Estado. La huelgas de empresa o rama industrial deben pasar a la historia. Son las huelgas generales las solas efectivas para apoyar los particularismos de empresa o de industria, y plantear las reivindicaciones generales del proletariado.

El sindicalismo debe fundarse en el principio de la lucha de clases, y no caer en la trampa de la «colaboración» que hoy le ofrece el Estado. Los intereses de los explotadores son irreconciliables con los intereses de los trabajadores. Frente

al Estado-patrón y al capitalismo privado, no podemos asociarnos en organismos donde la personalidad de los trabajadores esté hipotecada a una colaboración «social» que sólo sirve para perpetuar la explotación. Así el Estado, devenido en gestor patronal auténtico, no puede pretender arbitrar los conflictos entre el mundo del trabajo y el Capital, al menos no lo debe aceptar un sindicalismo que se considere tal.

Los Seguros Sociales, hoy dependientes y administrados por el Estado, sólo podrán ser instrumentos de mejoramiento social cuando estén controlados por la clase trabajadora, pues es un fondo de ayuda mutua producto del trabajo colectivo y no una prestación «generosa» del Estado o el Capital. El trabajador debe luchar contra el pago de impuestos al Estado o cuotas al Seguro Social. Es una parte creciente de los beneficios exorbitantes de la burguesía la que debe exigirse para el sostén de estos gastos de la comunidad obrera. Sólamente así seró posible un plan de reivindicaciones generales, llevado a cabo por toda la clase trabajadora y para beneficio de todo el pueblo trabajador.

La clase obrera española estó luchando por conquistar la libertad sindical. Pero esta libertad, condición indispensable para organizarse y defender colectivamente sus intereses, es imposible dentro de un sistema de dictadura. Las condiciones que hacen factible esta libertad son: la libertad de reunión, de discusión, de elección, de expresión. Es decir, las libertades que niega el régimen actual a la clase trabajadora y a los hombres de conciencia libre.

Las reivindicaciones inmediatas del sindicalismo deben situarse, en este período de clandestinidad, en un acentuación de la exigencia de la libertad, pues mientras no la obtenga se veró reducido a la impotencia en su lucha contra la explotación capitalista y estatal.

IDEOLOGIA REVOLUCIONARIA

El sindicalismo sin proyección ideológica es esencialmente defensivo, lo que equivale a decir reformista, porque acepta como un hecho definitivo la «inferioridad del proletariado» y la supremacía del capitalismo. Sólo cuando el trabajador, como hombre, se plantea en toda su contextura el problema de sus situación dentro de la sociedad actual puede adquirir una conciencia revolucionaria, una conciencia de clase, porque sabe que sólo revolucionariamente podró lograr su liberación.

En la sociedad española en que vivimos predomina la propiedad capitalista que divide a la sociedad en dos clases: la burguesía, dueña de los medios de producción y de cambio, y los asalariados, que deben vender forzosamente su fuerza de trabajo como si fuera una mercancia, incluyendo en el precio de venta su renuncia a la libertad, pues no adquiere ni se le concede opción alguna de autodeterminación. Mientras el hombre se vea forzado a vender sus capacidades creadoras, manuales o intelectuales, ya sea al dueño de la tierra, al burgués, al Estado capitalista o al Estado llamado socialista, seguirá dominado por quiénes tengan el monopolio de los medios de producción. De esta situación se deriva toda la alienación del hombre en las sociedades modernas. Mientras el trabajo no sea libre la libertad será una ficción.

Hasta el presente los hombres de tipo mós dominante han impuesto a la sociedad sus formas de organización. A su amparo se han desarrollado todos los privilegios de casta o de clase en beneficio de unas minorías. Los nombres de las clases explotadoras cambian de forma según el desarrollo de los medios de producción y las características del poder — castas militares, castas sacerdotales, aristocracia, feudalismo, nobleza, burguesía, tecnocracia, burocracia política—, pero su contenido es esencialmente el mismo: la Autoridad es el elemento permanente que condiciona la existencia misma de la explotación. Autoridad y propiedad, dominación y explotación, monopolio del poder y monopolio de los medios de producción son dos caras de un mismo y único fenómeno. La explotación del hombre por el hombre es un hecho de fuerza y no está determinado por las leyes económicas inherentes a la

evolución de los instrumentos de trabajo. Quiere esto decir que, para eliminar la explotación del hombre por el hombre, es indispensable suprimir el dominio del hombre por el hombre.

La ideología revolucionaria partiendo de este análisis fundamental constata que esas minorías rapaces y dominadoras, dueñas del suelo, las fábricas, los Bancos y el Estado, no admiten razones, no se avienen a tratar a los hombres como iguales en dignidad y es entonces cuando el revolucionario se ve obligado a defender la integridad del Hombre, la familia y la sociedad, amenazado todo por la explotación, la sumisión, la inmoralidad y la miseria. La ideología revolucionaria incita al hombre a rebelarse para suprimir las instituciones que lo degradan y lo esclavizan.

NECESIDAD DE LA REVOLUCION

En España existen condiciones lo suficientemente desastrosas par reclamar y posibilitar el hecho revolucionario. Naturalmente el hombre es un animal domesticable, ya sea por la coacción física o por la influencia espiritual. Por la fuerza física el Estado puede hacerse obedecer hasta crear el hábito de la disciplina de su autoridad. Puede provocar, con represiones cruentas, el complejo de la impotencia en el pueblo vencido. Sólo cuando el pueblo renuncia a la rebeldía se puede decir que ha sido derrotado. Entonces los caminos de la colaboración de clases se imponen como la evidencia misma, porque son los únicos posibles.

El pueblo español está demostrando una nueva vitalidad, muy por encima de los que derrotados en las batallas del pasado siguen, sin embargo, considerándose sus mentores o guías espirituales. El primer deber del revolucionario es evitar que los trabajadores españoles sean influenciados por ese derrotismo, cuando más necesitan de su combatividad para hacer frente al despotismo del capitalismo y del Estado. Si ese complejo de impotencia y derrotismo llegara a predominar, el franquismo habría ganado su batalla histórica: acabar con el espíritu revolucionario del proletariado español, reduciendo su combatividad a lo estrictamente necesario para el buen funcionmiento del sistema capitalista.

La dictadura impide que la clase trabajadora pueda organizarse, haciendo imposible una estructura vertebrada lo suficientemente amplia para que sea efectiva. Lo mismo ocurre con la difusión de la cultura, reducida a los estrechos límites de una cultura dirigida, de inspiración católica y burguesa de tipo reaccionario.

Desorganizado, el pueblo trabajador, puede llegar a ser reducido a la impotencia, a pesar del enorme descontento, para entrar definitivamente por el callejón sin salida del reformismo. Para impedir esta domesticación sólo queda un camino: la acción directa revolucionaria de las minorías más combativas, complemento indispensable de la combatividad sindicalista, para servir de ejemplo de rebeldía e insubordinación contínua; para apoyar las reivindicaciones de las masas obreras; para superar el complejo de impotencia de manera que el pueblo recupere el sentido de sus potencialidades revolucionarias; para crear el núcleo de agitación que haga estallar el descontento del pueblo; para señalar el camino de la revolución.

Las luchas de la clase obrera y el enfrentamiento del hombre contra el Estado van creando las condiciones para el resurgimiento de esa vanguardia revolucionaria. Constatar su necesidad y hacer lo posible por crear las condiciones de su desarrollo es un deber de todo revolucionario.

Labor sindicalista para pugnar por la conquista de mejoras inmediatas para la clase trabajadora, evitando que se integre definitivamente al sistema de explotación capitalista —como ha ocurrido en la Europa occidental— y labor revolucionaria para preparar las condiciones que puedan facilitar la caída del franquismo y su aprovechamiento para la causa popular, son los imperativos de la hora: dos labores complementarias y esenciales para el resurgimiento del movimiento revolucionario y abrir paso a la Revolución.

Ocaña SANCHEZ.

El «Plan de Desarrollo» del OPUS DEI

A finales del mes de septiembre el Secretario nacional del Opus Dei en España envió una nota al periódico francés Le Monde, en la cual salía al frente de las declaraciones hechas por el profesor Enrique Tierno Galván, en ese mismo diario, después de su expulsión por vida de la Universidad española.

Lo sorprendente del comunicado del Secretario del Opus estaba en el hecho mismo de su envio, al periódico francés, simplemente para desmentir la insinuación lanzada por Tierno Galván, en sus declaraciones, respecto al control casi total, por los miembros de la obra y sus afines, del actual gobierno español.

De manera firme, pero poco convincente, el Secretario de la Obra en España, dice que: «El Opus Dei jamás ha ejercido ni puede ejercer actividad alguna en materia política, dado que es una asociación cuyos objetivos son exclusivamente religiosos y apostólicos, que no tiene otra doctrina que la de la Iglesia misma, propuesta por el soberano Pontífice y por la jerarquía episcopal... Está, pues, claro que el Opus Dei no puede estar asociado a ninguna medida tomada por un gobierno, sea cual sea.»

Ya tiempo atrás, monseñor Escrivá de Balaguer, había dicho a los periodistas, en tono de irónico reproche: «El Opus Dei está acostumbrado a no ser comprendido».

Y es que el Opus, para estar a la moda española de hoy o por ser quizás el artífice teórico de la llamada liberalización, desde algún tiempo a esta parte intenta demostrar, a través de declaraciones y otras actividades, que su integrismo y su dogmatismo (doctrinal-político y práctico) de los años cuarenta ha pasado a la historia.

Pero la realidad, pese a este tinte democratizante con que ahora se quiere presentar el Opus, es bien diferente. Y lo afirmado por Tierno Galván, en sus declaraciones a Le Monde, es rigurosamente cierto: «Se trata de uno de los gobiernos más homogéneos —el actual— que el país haya tenido después de la guerra civil. Se puede llegar a decir que las personas que tienen las riendas del poder están, prácticamente todas, sometidas a una misma disciplina religiosa, moral y puede ser también política —yo quiero aquí hablar del Opus Dei.»

Efectivamente, como lo insinúa el profesor Tierno Galván, la composición ministerial del actual gobierno español no sólo es homogénea, «la más homogénea que el país haya tenido después de la guerra civil», sino que representa algo más que la simple reunión de destacadas personalidades, de la política y las finanzas, del bando vencedor de la guerra civil. Representa, por una parte, ciertamente la afinidad con el franquismo; pero trasciende, por otra parte, esta simple afinidad circunstancial —histórica y de clase dominante— porque responde a un proyecto más general de expansión y control de los resortes básicos —políticos, económicos y culturales— de la sociedad española, por un grupo de hombres formados, o aprovechados para este objetivo, por el Opus Dei, desde la fecha de su promulgación como Instituto Secular de la Iglesia.

La condición misma de su desarrollo —al cumplirse los 37 años de su fundación ha alcanzado su madurez orgánica— le ha impedido antes, y le ha permitido ahora, completar esta tentativa de copo —aunque el Secretario nacional del Opus lo niegue— del poder; precisamente en los momentos en que España, a la muerte o incapacitación física del caudillo, tendrá que completar definitivamente la etapa de su reincorporación al mundo occidental, del que la «asepsia» franquista —la guerra civil y el cuarto de siglo de totalitarismo fascista— la mantuvo separada, pese al tutelaje americano y las relaciones amistosas con las «democracias» del «mundo libre».

Así, la Obra, se sitúa en condiciones de excepcional ventaja para condicionar y conducir, este reintegramiento, por los senderos más propicios para la realización de su proyecto para «cristianizar la sociedad española» y «demostrar experimental-

mente, en la vida pública y privada, que el cristianismo es la única norma de vida válida para el tiempo y para la eternidad».

De 1957, año en que por primera vez entra a formar parte del Gobierno español —en su grado más alto—, pública y abiertamente, un miembro del Opus Dei, hasta el presente, en que casi todos los ministros son miembros conocidos o «simpatizantes» de la Obra, han sucedido muchas cosas en la vida española...

Entre otros acontecimientos de importancia capital, al menos para los intereses del Opus, destaca la puesta en marcha del «Plan de Desarrollo».

Para comprender hasta que punto el «Plan de Desarrollo» patrocinado por el gobierno español coincide, y no casualmente, con un plan de desarrollo de la Obra, será suficiente —a parte la presencia, en el Gobierno y en las carteras ministeriales más directamente ligadas al «Plan», de los opusdeístas: Ullastres, López Rodó, Navarro Rubio, López Bravo, etc.— con recordar la labor de introducción que el Opus Dei ha venido realizando desde su fundación en todas las estructuras dinómicas de la sociedad española.

Con la Universidad de Navarra, con las múltiples Residencias, con sus empresas editoriales, con sus revistas, periódicos y personajes importantes incrustrados en los puestos claves de dirección de la vida cultural, han logrado dominar la producción cinematógrófica, la radio, la distribución de películas, los centros de investigación, el Ateneo, etc.

Y con sus hombres de empresa y empresas propias, con sus Bancos y medios de presión financiera, han logrado jugar un papel determinante y alcanzar los puestos claves en el desarrollo, gestión y control de los procesos económicos.

La realización de este ambicioso proyecto, llevado «sin prisa pero sin pausa» por los miembros y las jerarquías del Instituo Secular de la Santa Cruz y del Opus Dei durante sus 37 años de existencia, tenía que culminar lógicamente, en el terreno político, con la incorporación de personas, primero en puestos secundarios y finalmente con la llegada de primeras figuras a los ministerios.

El nombramiento de López Rodó como ministro sin cartera y coordinador general del «Plan de Desarrollo», en el último reajuste ministerial, es suficientemente elocuente y revelador.

Siendo uno de los objetivos fundamentales del Opus el control de la economía, o si se quiere del proceso económico, y habiendo logrado en este sentido resultados impresionantes y decisivos, el «Plan de Desarrollo», elaborado para consolidar y desarrollar la economía española, no podía serle extraño.

Así lo evidenció la implantación de todo el equipo de tecnócratas del Opus Dei, con López Rodó a la cabeza, en la Comisaría General del Plan. Y así lo han evidenciado las orientaciones generales del «Plan de Desarrollo» y las manipulaciónes, más o menos ocultas, pero en exclusivo beneficio de los sectores financieros e industriales en los que el Opus cuenta con fuertes inversiones e intereses.

Era de suponer que, dadas las pretensiones de hegemonía cultural y económica del Opus y dada la ubicación estratégica en la Jefatura del «Plan de Desarrollo» de sus miembros, éste sería aprovechado para su plan de desarrollo propio, tanto en el sentido político, como en el económico y social.

El «Plan de Desarrollo» representa y es, sin lugar a dudas, una tentativa del capitalismo español —representado por sus sectores más dinámicos y más perspicaces — para aprovechar la actual coyuntura de equilibrio de la balanza de pagos —nivelación debida exclusivamente, como se sabe, a la entrada masiva, año tras año, de las divisas turísticas y de las no desdeñables logradas con el sudor y el sacrificio de la emigración económica— y propulsar un desarrollo planificado de la industrialización, de tal suerte que al fin de esos factores eventuales de nivelación la economía española haya logrado superar, o situarse por lo menos en condiciones de lograrlo, las grandes deficiencias estructurales que no le permiten incorporarse, en plano de igualdad, al desarrollo económico del «mundo libre». Es decir, al bloque capitalista de las naciones «desarrolladas».

En este esfuerzo de integración del capitalismo español a las directrices actuales

del capitalismo moderno de las naciones «desarrolladas», el Opus Dei representa la guía maestra capaz de imponer, sin necesidad de recurrir a otro tipo de coacciones, el cambio de mentalidad necesaria en las oligarquías económicas tradicionales, para posibilitar este reintegramiento al proceso de explotación capitalista del mundo occidental, en cuyo seno la España oligárquica puede encontrar las condiciones necesarias para su supervivencia.

Por esto, hace unos días, el señor López Rodó, dirigiéndose a los industriales presentes en la Feria de Muestras de Zaragoza, les dijo: «Yo quisiera que este encuentro de hoy se centrase en un tema de fondo, qu podría dnominarse «la mentalidad de desarrollo». La actitud mental ante los problemas social-económicos, que se había polarizado en torno a los postulados de libertad económica, primero, y luego del empleo, se centra hoy en la política de desarrollo, que ofrece una gama más amplia de objetivos y de instrumentos para conseguir la elevación del nivel de vida y favorecer el desenvolvimiento de la libertad y de la dignidad de la persona. Se trata de un desarrollo integral, que engloba el crecimiento económico y el progreso social solidariamente unidos.»

«Su importancia es indudable, toda vez que lo decisivo para el desarrollo es el cambio de mentalidad. No cabe transformar las estructuras productivas si previamente no se modifican las actitudes mentales. La mentalidad de desarrollo requiere un espíritu de entendimiento, de colaboración entre la Administración y los particulares, entre el sector público y el sector privado.»

Pero este objetivo —no claramente dicho, pero prácticamente puesto en marcha— de continuar el proceso político de hegemonía total de las oligarquías económicas sobre la sociedad española requería, y no podía ser de otro modo sin caer en el riesgo revolucionario permanente, de un proyecto que abarcara en toda su complejidad los diferentes procesos dinámicos que dan vida a la sociedad española. Y sólo el Opus Dei podía llenar este cometido y darse este objetivo.

Estando situados, después de 37 años de paciente labor de infiltración, en los centros neurálgicos del proceso económico, los miembros de la Obra han procurado no sólo aprovechar esta situación privilegiada para el engradecimiento de la Obra misma —en el sentido material y político— sino que han aprovechado también la oportunidad para favorecer el «desarrollo» de aquellas empresas y sectores industriales en los que las inversiones personales o familiares eran más interesantes.

De ahí algunos roces entre miembros de la Obra misma —muy apesar del vínculo común—, como las críticas del señor Ullastres al señor Rodó; o entre miembros de la Obra y otros miembros del régimen.

El «Plan de Desarrollo» tenía que resentir además de las naturales limitaciones que, al «desarrollo capitalista», impone una estructura agraria feudal y un Estado enfeudado por grupos de privilegio exclusivista —por su participación en la Cruzada—, estas otras limitaciones de la concurrencia personalista que impiden una planificación racional y una metodología de aplicación efectiva.

En este sentido comienzan a surgir los comentarios y las críticas, más o menos veladas, al «Plan» por parte de algunos sectores financieros que se percatan de las deficiencias e improvisaciones del mismo, debidas a los factores que acabamos de señalar.

En el Estudio Económico del año 1964, que publica el Banco Central, se resalta la forma improvisada y arbitraria en que la Comisaría del «Plan» recogió y aceptó las cifras de inversión que cada sector económico proponía, sin que la suma guardara la necesaria relación con la cantidad global de la inversión necesaria. Subraya con insistencia el hecho de que se aceptaran, sin oponer reservas, el ambicioso plan de carreteras del Sr. Vigón y el ímpetu urbanístico del Ministerio de la Vivienda, etc.

No es de sorprender todo esto dada la situación particularísima de los diferentes grupos de presión que integran el régimen actual. En efecto, «tan pronto como se inició la «carrera» del Desarrollo, los anhelos patrióticos reprimidos de los funcionarios ampliaron ya en el primer trimestre de 1964 los créditos del sistema monetario

al Sector Público en 9.361 millones de pesetas, mientras que, en el mismo período de 1963 sólo habían alcanzado la suma de 4.410 millones».

Y si a esto se agrega toda la serie de medias desordenadas —pero que han tenido la virtud de favorecer a determinados bolsillos—, de la Comisaría General de Abastecimientos, para resolver los problemas agrícolas más urgentes y para frenar el alza de los precios, se tiene un resultado muy elocuente: «la superposición del incremento del Gasto público y de los desembolsos de la Comisaría, originaron un aumento de los créditos del sistema monetario al Sector Público, en los tres primeros trimestres de 1964, de 26,698 millones de pesetas, mientras que en el conjunto de 1963 ese aumento habrá llegado a tan sólo 10,874 millones de pesetas».

Todo esto unido a la reforma fiscal, introducida por el Ministerio de Hacienda en el mes de junio de 1964 —que brindó un excelente pretexto a las empresas para justificar el alza de precios con un aumento, más teórico que real, de los impuestos sobre el gasto—, y al factor inflacionista natural representado por el empuje turístico, ha dado por resultado inevitable la fuerte inflación actual, que hace poner ya en entre dicho los resultados y los objetivos oficiales del «Plan».

Pero, pese a estas contradicciones, lo que si se puede afirmar, sin dudas de ninguna clase, es el verdadero significado que el «Plan de Desarrollo» tiene —en lo económico, político y social— para las oligarquías españolas, y, principalmente para el Opus Dei que se ha impuesto como tarea el modelar la sociedad española bajo las directrices del catolicismo —espiritual y materialmente hablando—, partiendo del control de todos los sectores de actividad productiva, cultural y de dirección política.

Existe ya, en España, un grado de concentración suficientemente elevado en la industria, para hacer comprender al capitalismo español del peligro que corre si no se moderniza, en mentalidad y estructuras (Como dijo el ministro comisario en su discurso) paralelamente a ese proceso irreversible del desarrollo capitalista.

La renovación de las estructuras arcaicas es hoy su principal preocupación, y el «Plan de Desarrollo» es un intento racional para lograr que esta renovación dé, a la vez, satifacción a la creciente necesidad de lucro de las oligarquías económicas y a la adaptación de la mentalidad burguesa y proletaria a las condiciones de coexistencia y estabilidad del mundo capitalista occidental desarrollado.

Por eso el Opus Dei se ha puesto a la cabeza del proceso de desarrollo, aprovechando al mismo tiempo la oportunidad para el desarrollo intensivo de la obra en todos los estratos sociales.

En la revista «Review of Social Economy», el profesor James A. Hart de la Universidad de Depaul, en un largo artículo titulado «Evaluación ética del sistema económica español», concluye sus anólisis de la manera sisguiente:

«España dispone de un número adecuado de funcionarios competentes para acelerar el proceso de desarrollo iniciado en 1959, con la liberación de su sistema económico, que cuenta, además, con el decidido apoyo del Jefe del Estado. El Gobierno está sinceramente dedicado a proporcionar a los españoles un nivel como el de los países más avanzados de Europa. Este progreso en el terreno económico, unido a la madurez política fomentada en los últimos años, hará que España sufra una transición ordenada el día que desaparezca Franco, y, cuanto más continúe la actual línea ascendente de la economía española, más ordenada será la transición».

Este es, pues, el verdadero objetivo perseguido por el franquismo y las oligarquías económicas, con el Opus Dei a la cabeza, a través del «Plan de Desarrollo». Y esto es lo que la clase trabajadora no debe perder de vista, ya que en este proceso histórico está en juego su legítimo derecho a transformar la sociedad de explotación capitalista, pues sólo con un desarrollo económico efectivo las clases poseedoras podrán prescindir, para garantizar sus intereses, de la camisa de fuerza de la dictadura, que representa un riesgo revolucionario permanente.

Octavio ALBEROLA.

PRIMERO, RESTABLECER LOS PUENTES

El impacto de la guerra civil española marca dos estados de espíritu en dos generaciones de españoles. Antes había la España negra y la España progresista. Los españoles de la meseta y los de la periferia. La España centrípeta y la España centrífuga. No importa si bajo la égida monárquica o republicana. El español centrífugo se estimaba postergado, frenado. Frustrado su vuelo europeo o universalista. Por los políticos de tierra adentro. Introvertidos. Siempre iguales a sí mismos. Hoy hay la España del Régimen. Que los hombres del Régimen consideran propia por derecho de conquista. Y la España de los vencidos que no renuncia al desquite.

Este esquema quiere ser superado por nuevas generaciones que se resisten a soportar la hipoteca de los viejos antagonistas. No quieren ser tratados como colonia de negros. Tampoco quieren ser «liberados» ni llevados de la mano por el «buen sendero». Aquéllos, con léxico distinto, hablan a sus sucesores con el mismo lenguaje. Y rivalizan en acaparar el auditorio.

Los jóvenes que no han vivido la guerra sienten una suerte de vejación. Contra el monopolio que se define épico intransferible. Consideran que se vive actualmente en un mundo distinto. Que requiere otra cosa que nostalgias, rencores, y rezongos quejumbrosos de tango.

El trasudor paternalista de los viejos contendientes les propone una parálisis del tiempo a partir del introito franquista. Una especie de Non Plus Ultra. Craso error la pretensión de que estas generaciones nuevas, bien que fugaces o reticentes, nos están prometidas a los viejos de este y aquél bando. Hoy, los hijos de los que estuvieron en ésta o la otra trinchera, están llegando a parecidas conclusiones, las suyas, por separado. No digamos desde compartimentos estancos. Pues, al parecer, se están desvaneciendo éstos desde que el homo Spanicus se mueve más por la peninsula y al exterior.

En 1896, tras un amago de tragedia que no pasó de entremés, perdimos el último baluarte del imperio de ultramar. A no ser por la procesión de casi-cadáveres repatriados en traje de rayadillo, los que eran jóvenes no se hubieran enterado. Y a no ser por el drama auténtico cubano de muchos años de calvario para isleños y peninsulares. La llamada guerra hispano-notreamericana y el imperio perdido, al fin, hubieran pasado inadvertidos para los adolescentes. El imperio llevaba más de un siglo tosiendo su tisis. Nos pillaban, pues, confesados.

Muchos de nosotros tomamos conocimiento de aquel «gran duelo nacional» por los tostones *o cantos de gesta que hubimos de aguantar a los viejos veteranos ya momificados, gárrulos incansables cara al sol. Y por el rasguear de guitarras acompañando «guajiras» y «habaneras». Y por el nuevo estilo militar de los generales, confinados a jugar a la guerra con moros y españoles. Cuando los moros llegaron a mayoría de edad las guerritas de Africa también se hicieron mayores. Estas y aquéllas fueron impopulares en Barcelona, algo en Cataluña y poco en el resto de España. Las «habaneras» han aguantado firmes la erosión de la moda. Eran aplaudidas hasta hace poco en la ópera («Don Gil de*

Alcalá», «Carmen», de Bizet) y en la zarzuela («La del manojo de rosas», etc.). El maestro Bretón eternizó el mantón de Manila en « La verbena de Paloma». Cuando en Manila se ha perdido hasta el habla castellana.

Se podrá discrepar del enfoque de las generaciones que no hicieron la guerra civil. Estas aprecian, menosprecian o desprecian nuestro mundo de ayer. Aquel mundo es, por encima de todo, nuestro mundo. Quizás porque no ha dejado de ser nuestro mundo siempre actual. El de los náufragos de 1939 y el de sus torpedeadores. Quererlo imponer como mundo de todos (como el único mundo posible) es pretender que el universo gira a nuestro en torno. Lo único veraz de la metáfora es que, evidentemente, estamos parados y todo transcurre en movimiento alrededor nuestro.

Nada tiene que ver aquí la razón o sinrazón de nuestra causa. La de los corsarios y la de los echados a pique. Con toda la razón del mundo podemos ser un estorbo para el tránsito archiatrafagado hoy. Podemos ser un estorbo para un nuevo amanecer de la consciencia de nuestro pueblo con nuestros conceptos estratificados y fosilizados. La consciencia, para ser consciencia, necesita averiguar por sus ojos. Llegar a conclusiones propias. Ni la lógica, ni la ciencia, ni la objetividad que se respete, puede admitir componendas con la hipoteca. Por muy romántico que sea el pretexto.

A las nuevas generaciones podrá parecer ligera de cascos su óptica de nuestro sacrificio. E injusto su meter las almas de héroes y villanos en el mismo armario. Puede parecer injusta o cómoda en exceso la plataforma de no comprometido en una contienda que fue en España cuestión de vida o muerte. Con todo y no ser contienda de los que no la vivieron sino por curva más o menos pronunciada de parentesco. La plataforma de no comprometido no deja de ser un compromiso.

Hay un pacto tácito en el abanico o gama de la discordante rivalidad republicana frente al común enemigo. Siquiera en la liz puramente crítica. Y hay también un común gesto repelente mecánico de ver como se nos enmarca a tirios y troyanos en un general denuesto. A la extrema izquierda, al centro más o menos desenfocado y a la derecha ultramontana. Sin que valgan pamplinas y fiestas. Las honras fúnebres no dejan de ser un homenaje macabro. Algo como rendir pleitesía al que inmediatamente va a ser fusilado.

Esto de arriba va para los jóvenes. Pero entre nosotros, en voz baja si se prefiere, nuestro prestigio de héroes no debe ser rama que oculte el bosque. Pues hubo en él un poco de todo. Errores, horrores y simples dislates. Ese pasivo se capta mejor desde la barrera que en el redondel. Como se capta mejor la geografía humana cuando interfiere la perspectiva histórica. Tengamos en cuenta los complejos de los que nos hicimos la guerra. Y los de aquéllos que, por haber nacido tarde, no la hicieron a nadie. Siempre habrá un saldo, todo lo pequeño que se quiera, a favor de éstos. Esta será su verdad : que en resumidas cuentas son los que nos van a sobrevivir. Aunque de haber nacido a tiempo hubieran fatalmente guerreado como el que más. Por la razón casi axiomática de que dos españoles reaccionan de la misma manera ante circunstancias exactas.

Por encima de estas subjetividades —puesto que lo son a fin de cuentas— hay un pleito de competencia. Los que acusan de incompetentes a los enmarcados en la vieja generación no son siempre felices en escoger los terminos de lenguaje. Posiblemente no estamos tan averiados para aspirar a jugar, siquiera, a título de utilitarios. Pero la autocrítica que interesa es la nuestra. Prediquemos con el ejemplo. Es

la manera de que la emulación induzca a nuestros flajeladores a que hagan la suya.

El mundo moderno (del que hemos estado en gran parte espiritualmente ausentes) lleva rumbos distintos. O se inspira en otras pautas. Incuestionable que todavía sufrimos el flajelo de las guerras más o menos cálidas. Pero es también innegable que cunde progresivamente una mística colectiva de seguridad. Los conflictos locales son hoy más que nunca los conflictos de todo el mundo. Todos estamos dispuestos a portar nuestro balde de agua a tiempo hacia la casa que arde lejos de la nuestra. Continúa haciendo furor la explotación del hombre por el hombre. Está en vigor la plataforma de lucha de clases. Pero los nuevos vientos orientan la veleta hacia la negociación, el compromiso y la coexistencia pacífica. En el orden diplomático, en el político y en el social.

Hay una nueva mentalidad abriéndose camino penosamente. Ya no se es tan propenso en apretar el gatillo. Ni en dramatizar los conflictos. Y si aun estalla la pólvora, por necesidad o por simpatía, la guerra de clases es más matizada. Debido a la pluidez de las clases mismas. Ya no se puede decir con desenfado que el capitalismo o el Estado no hace más que dar apariencia legal a las conquistas que se le arrancan por acción directa. La acción directa va desapareciendo y el nivel de vida sube. Porque ya no se cree, o se cree menos, que para explotar haya que matar de hambre.

El peligro, hoy más que nunca, está en el Estado, nuevo señor de horca y cuchillo a quien todos hemos amamantado. El culto a la Nación ha matado al ciudadano. La demagogia antiburguesa, las exageraciones contra la propiedad individual, el socialismo de nacionalización y colectivización centralizada ha creado el Estado patrón, dueño y señor de toda la complejidad económica. Puesto que se asimila la nación, la nacionalización y la propiedad colectiva con el Estado. O se hacen espléndidos regalos al Estado sin darse cuenta. Por incapacidad de evolución con el desarrollo de los hechos. Por el peso de la inercia y la incapacidad de anticipación.

La vieja guerra de posiciones fijas está siendo superada por la guerra de movimientos. La primera es la fe pura y simple en los principios absolutos. La segunda es una concepción dinámica de la estrategia a tono con las circunstancias. La vigente mística de los principios se define como una fidelidad a la tradición. No se puede involucrar el culto más respetable a una necesidad ética. O con un imperativo estratégico. El culto como principio de acción es un contrasentido. Una camisa de fuerza. Los principios tienen que ser dinámicos, no estáticos. Importan las obras no los proyectos en agraz. El realizador tiene que gozar de un amplio margen de libertad para que tome vuelos su espíritu creador. Los principios no deben ser signos cabalísticos sino ecuaciones algebricas. La fórmula einsteiniana E=mc2 no es una fórmula muerta sino intensamente dinámica.

Hecho este paso al frente, las nuevas generaciones no tengan tanta dificultad en interpretarnos. Y pueden avanzar a su vez. Y puede que se dejen de nihilismos, amoralismos y gamberrismos más o menos camuflados. Que arrojen el arma de sus resabios. No menores que los nuestros. El mejor pedagogo es el que no hace sentir al educando que él sólo es dómine. Si se quemaron las naves y se hicieron saltar los puentes, restablescamos mutuamente nuestra confianza. Readaptándonos en lo posible y mirando fijamente la realidad de cara.

José PEIRATS.

Toulouse, octubre 1965.

La crisis del campo español

Todo aquel que no reparte a los pobres lo que sobra de los usos necesarios es un ladrón, y si no es castigado como tal por las leyes humanas, lo es seguramente por las divinas.

JUAN LUIS VIVES.

EL CAMPO es el cuerpo más enfermo de la economía española. Lo que no equivale a afirmar que los otros sectores de la economía nacional disfruten de buena salud. La enfermedad del agro español tiene una doble significación: política la una ; económica la otra. La insuficiente productividad de la tierra ha mantenido al campesino en un estado de pauperización tanto material como moral. Reducido a una situación rayana en la indigencia ha sido presa fácil en manos del caciquismo y las oligarquías terratenientes, quienes han impuesto durante siglo y medio su política a la nación, paralizando con su actitud e intransigencia el desarrollo industrial y mercantil. Si a pesar de ese monopolio político España ha logrado cierto desarollo industrial, logrando inclusive mejorar el nivel de vida en las zonas industriales, la situación del campo no ha mejorado, sino que ha retrocedido. Y no se crea que ello es debido a la tan cacareada incapacidad del español para las labores que requieren perseverancia y tenacidad, o a una ociosidad intrínseca en el ibero. Tampoco se puede aludir a la falta de inquietudes políticas o la ausencia de soluciones. Soluciones las hay en la más remota tradición española, sin apelar a fórmulas exportadas. Entiéndase que queremos significar con ello la no aceptación de la propaganda franquista que combate cualquier idea, de libertad o justicia social, invocando su origen extranjero. Para nosotros todas las ideas que propugnen mayor libertad y más justicia serán siempre aceptadas, empero cuando además de las ideas en sí, existe una tradición o una corriente enrraizadas en una sociedad determinada, nos parece que éstas tendrán más aceptación.

Las soluciones teóricas existen. Expresando, éstas el pensamiento más avanzado de cada época. Podrán diferir entre sí, empero entre ambas existe una finalidad : mejorar el campo español y, por ende, la situación del campesino. Los economistas y los políticos más conscientes, alarmados por el estado deprimente del agro vienen batallando desde hace más de siglo y medio para imponer una reforma agraria que ponga término al atraso del campo español. A estos les faltó siempre la fuerza política que supierá imponerse a las vetustas estructuras de las oligarquías. Se pueden hallar soluciones en abstracto, ideales, pero cualquier reforma topa, en el momento de su aplicación, con las instituciones, los intereses creados que no se modifican invocando el bien fundado de las reformas. Cánovas del Castillo, político nefasto para España y para las clases menesterosas en particular, en cierta ocasión dijo ; « todo lo que no es posible en política es falso ». Y, efectivamente, el aforismo encierra una parte considerable de verdad. Es necesario dejar bien establecido que toda reforma, y si es radical con más razón, debe de contar con los medios materiales para su aplicación, de lo contrario se cae en la demagogía.

Tras 25 años de dictadura franquista, expresión de las oligarquías terratenientes y bancarias, la situación del campo no ha mejorado. La productividad agraria es una de las más bajas de Europa, la irrigación insuficiente, insuficientes los fosfatos, tractores y maquinaria moderna, bajos los salarios del campesino en una palabra : deprimente la agricultura en general, en un país eminentemente agrícola. Más adelante aportaremos datos para demostrar estas afirmaciones. Señalemos de paso que los espíritus inquietos empiezan a denunciar esta situación. No pasa semana que en conferencias y artículos de prensa, sea del interior de España como del exilio, se hable del campo español. En ocasiones se aportan soluciones verdaderamente revolucionarias, habida cuenta la mentalidad del latifundista español, que es al fin de cuentas el culpable de esta situación. Cuando agrupaciones políticas o, simplemente, personalidades literarias o economistas aportan soluciones a los múltiples problemas del agro, creemos que nuestra voz debe estar presente enfocando los problemas según nuestra dinámica. Simplificar los problemas no es siempre la fórmula adecuada para resolverlos.

Es en nosotros un deber de humanidad tener a disposición de todos, los bienes que Dios quiso fuesen comunes, ya que a todos los hombres entregó la tierra para que se sustentaran con sus frutos y sólo la rabiosa codicia pudo acotar y acaparar para sí ese patrimonio divino, apropiándose los alimentos y las riquezas dispuestas para todos los hombres.

PADRE MARIANA.

El latifundio en España, no será inútil recordarlo, tiene sus orígenes en la Reconquista. En pago a los servicios prestados en su lucha contra el Islam, las ordenes religiosas, la Iglesia y los señores recibían grandes extensiones de tierra. Estas estructuras de origen medieval, con ligeras varientas, han sobre-vivido a los siglos hasta nuestros días. Con la expulsión de Judíos y Arabes, comerciantes los unos, campesinos los otros, y el descubrimiento de América, tanto la agricultura como el comercio fueron mermando. Con los nuevos territorios de las indias el espíritu soldadesco y aventurero del español optó por el sable en lugar de la azada. El oro de ultramar hizo yermos los campos de España. Otra de las plagas de la agricultura fue la ganadería. Los ganaderos disfrutaban del apoyo real desde siglos. El ideal español era la vida pastoril. Los rebaños transhumantes asolan las tierras sembradas provocando violentos disturbios entre ganaderos y campesinos. En el siglo XVII los ganaderos poseían las seis séptimas partes del territorio nacional. La situación de la agricultura era tan desoladora que los campesinos morían de hambre. « En 1750, para evitar esta situación, toda la población de Andalucía decidió emigrar y costó mucho trabajo evitarlo. » (Brenan). A finales del siglo XVIII las teorías de los economistas agrarios triunfan sobre los ganaderos. La preocupación de estos será salvar el agro español. La nueva escuela inspirada por la teorías liberalistas de Adam Smith fueron encabezadas y defendidas en España, principalmente, por Campomames, Floridablanca y Jovellanos. A estos se oponía la corriente colectivista inspirada en los teólogos y juristas del siglo XVI, defendida por Flores Estrada.

La corriente colectivista se inspiraba también en la larga tradición comunal española y propugnaba reformas verdaderamente socialistas. Costa la llamara « escuela colectivista de economía ». Los partidarios de la nacionalización de la tierra o de su propiedad comunal fueron vencidos por los partidarios de la propiedad individual. Estos últimos gozaban del prestigio e influencia del pensamiento liberal imperante en esa época. La fórmula de Campomames se impuso, aún que no se realizara el deseo perseguido. Cada campesino español, decía, debe poseer su yunta de mulas o de bueyes y sus 50 fanegas de tierra de sembradera. A

partir de esa época las reformas agrarias llevarán la orientación trazada por Campomanes.

La primera reforma se realiza bajo el reinado de Carlos tercero. Se colonizaron regiones españolas con inmigración extranjera, alemana en su mayoría. Esta empresa llevada a cabo por el propio Olavide, viose frustrada por falta de entusiasmo y de medios materiales. Si bien las teorías de los individualistas triunfaban, los primeros ensayos de colonización interior tenían cierto influencia colectivista. A los campesinos les estaba vedado juntar, ni aun por causas de matrimonio, dos o más de dichas haciendas, medida esta encaminada a evitar una nueva concentración territorial. Fracasado este intento, por carencia de medios, el día 2 de Mayo de 1766 el conde de Aranda dictó una ley de reforma agraria en estos términos : « Se repartan entre todos los vecinos de los pueblos sus tierras baldías o consejiles ; por el derecho a que cada uno tiene a ser arrendatario de ellas, además de la preferencia que dicta la equidad a favor de los braceros que carecen de tierra propia. » Con esta reforma no se logró solucionar la precaria situación del campo. Se dió tierra a los braceros ; pero no el capital indispensable para su explotación. Por los demás, la influencia de los caciques era tan poderosa que las reformas dictadas desde Madrid no eran cumplidas.

Refiriéndose a los expedientes de esta época, así como a toda la polémica que éstos suscitaron, Joaquín Costa dice : « En esos expedientes consultativos se plantea todo un sistema de Socialismo agrario del más subido precio, que la sociología de nuestro siglo ha tenido en torpe e injusto olvido hasta el día de hoy ».

Las Cortes de Cádiz no podían pasar por alto tan grave problema. En 1811 al tratarse de la desamortización de los bienes concejiles, propios o comunales, varios diputados señalaron que era un peligro la venta de tierras pues éstas eran adquiridas por los ricos ; lo que conducía a una extensa concentración de la tierra. Se propusieron también fórmulas colectivistas ; pero aquí triunfó de nuevo el pensamiento de Jovellanos y se optó por la reforma agraría individualista, acorde, por lo demás, con el espíritu de la época que veía, en la propiedad privada y el librecambio, la más alta expresión política. Las reformas propuestas por las Cortes de Cádiz fueron barridas de un plumazo por Fernando VII y hasta 1837, con Mendizabal, no se hablará en España de reformas agrarias. El gobierno presidido por Mendizabal puso a la venta, entregándola a la explotación individual, propiedad territorial colectiva y de manos muertas valorada entre 4,000 y 6,000 millones de reales. Tampoco consiguió esta reforma el propósito perseguido, en lugar de reforma agraria en el sentido de hacer más productivo el campo y obtener mayor justicia entre el campesinado pobre, lo que se consiguió fue enriquecer una clase media ávida de riqueza y reducir a los braceros a un grado de miseria jamás conocido. De vuelta del exilio, tras la muerte de Fernando VII, Florez Estrada en su último intento de ver realizadas sus reformas somete, desde los escaños del Parlamento y las columnas del Periódico « El Español », a la opinión pública sus teorías colectivistas ; pero su autorizada voz, como escribiera un contemporaneo, no pudo reunir una quincena de votos. Su fracaso le amargó de tal suerte que se retiró de la política, confesando que su derrota la consideraba como una gran desgracia para España.

En 1855 se dió otro golpe a la propiedad de manos muertas y a las grandes extensiones comunales. El criterio liberal de nuevo se impuso. A toda costa se quería dotar al bracero sin capital, ni fuerza política para imponerse, de una tierra que no le era dado adquirir falto de medios materiales. Las tierras otorgadas a bajo precio acrecentaron el poderío de la clase media rural, acentuando todavía más la ya catastrófica situación del subproletariado agrario. Como consecuencia de esta situación surgen por España las partidas de campesinos armados, que atacan pueblos y diligencias creando un clima de guerra permanente. El nivel cultural del pueblo español descendió a un grado rayano en la barbarie. Para

sofocar el bandidismo, hijo de la miseria y de la opresión de los terratenientes, las clases directoras crearon la Guardia Civil, verdadero cuerpo de represión al servicio de las oligarquías.

A trancas y barrancas se fue rescatando palmo a palmo la propiedad de las instituciones eclesiásticas ; pero, como ya hemos señalado, estas reformas solo aprovecharon a la burguesía rural, reforzando inclusive el poder de los latifundios. A pesar del caracter unilateral e injusto inclusive, desde el punto de vista económico, esta reforma puso en circulación una tierra hasta entonces improductiva, lo que acrecentó la renta nacional, si bien acentuó las diferencias sociales.

Pasada la fugaz tormenta de la primera República, que fue un intento de la clase media ilustrada para imponer un sistema político sin raíces y sin fuerza política en el país ; siguió la restauración monárquica, urgida y realizada por el máxime representante de las oligarquías terratenientes, Don Antonio Cánovas del Castillo. Político de gran embergadura ; pero escéptico inveterado, incapaz de realizar una política de gran alcance. Cánovas no tenía fe en el pueblo que gobernaba. Para él, el pasado glorioso de España, era un episodio que no se repetiría, no creía en la capacidad del español para las grandes empresas colectivas, la misión pues de la clase rectora del país era ir dando largas a los problemas vitales con componendas y compromisos. Cánovas se complacía en repetir : « es español quien no puede ser otra cosa ». Se sirvió del Ejército para restaurar la Monarquía ; pero sabiendo cuan peligroso es un Ejército que se ocupa de política, supo distanciarlo del poder otorgándole favores y corrompiéndole. Lo propio hizo con la Iglesia. Sus métodos de gobierno fueron la fuerza y la corrupción De su paso por la jefatura del Estado quedó para decenios la organización y el trueque de las elecciones. Dotó de tal fuerza a los caciques que estos amañaban a su guisa las elecciones. Pueblo hubo que hizo votar a sus difuntos. « Dueña del Poder y de todos los resortes de la Administración la oligarquía disponía de la nación como patrimonio privado o finca de recreo, creada para su solaz ». Así se expresa el historiador Ramos Oliveira refiriéndose a esta época.

S. PASAMAR.

(Continúa).

LA HISPANIDAD EN INDOAMERICA Y LA SOLIDARIDAD REACCIONARIA

Hay una interpretación muy vaga sobre el vocablo «hispanidad». Se estima que tiene una determinada relación con España y para muchos ya basta. Ejerce, además, cierta atracción porque se ven en él atisbos de idealismo por esta terminación en *dad* que en el castellano suele encerrarse lo abstracto y no prosaico (caridad, humanidad, fraternidad, comunidad...).

El vocablo en sí, como todos, no carga ninguna bondad ni maldad puesto que éstas son aportadas después por los que lo convierten en bandera de determinados designios. Siendo el franquismo el factor determinante, en la actualidad, en usufructuar el término, cabe deducir que

la «Hispanidad» no es más que un ariete utilizado por el régimen de la España actual para penetrar en Indoamérica y contrarrestar otros arietes como son la «latinidad» y el «panamericanismo», explotados por Italia y Francia, el primero y por los Estados Unidos el otro.

Al poco tiempo de terminar la guerra en España, en 1940, se creaba en Madrid el Consejo de la Hispanidad, lo que pone en evidencia el interés del régimen franquista en hincar hondo en nuestra América. Desde entonces una gran suma de pesetas ha sido dedicada, programadamente, para introducir la cuña de la España franquista en el seno de las veinte repúblicas de América que han demostrado ser, siempre, muy alérgicas al franquismo, salvo cuando los *hombres fuertes* del consuetudinario Golpe de Estado y el cuartelazo se hallan en el poder. Basta abarcar un período determinado de años de la vida de un país, con margen suficiente para que comprenda un régimen democrático y un régimmen dictatorial, para que uno se de cuenta, en seguida, de que el país en cuestión ha tenido dos políticas frente a Franco, la primera, bien que generalmente pusilánime, muy reservada y la segunda abiertamente francófila. Una política ha tenido la Argentina de Perón y otra la de Illia ; lo mismo el Perú según gobernara Bustamante Rivero O Manuel Odría ; igual el Ecuador según fuera Arosemena o la Junta Militar actual ; Colombia, que importó cantidades masivas de falangistas cuando Laureano Gómez estaba en el poder, y que ya no obra igual con Lleras Camargo y León Valencia ; Venezuela, que con Marco Pérez Jiménez también viera la llegada de importantes efectivos de la policía española venidos a «enseñar» los métodos represivos a la Seguridad Nacional de Pedro Estrada, el Fouché del dictador venezolano, y que con Rómulo Betancourt y Raúl Leoni vuelve a observar una retirada, bien que tímida ; Bolivia, según fuera regido el país por Paz Estensoro o pasara a serlo por los militares, con Ovando a la cabeza ; Santo Domingo, que con Trujillo entabla unas relaciones de luna de miel con el hombre del Pardo pero que con el efímero período constitucional de Juan Bosch ya no ocurre igual ; con las repúblicas centrales donde la dictadura, salvo en la minúscula Costa Rica, es una enfermedad crónica y hereditaria. La propia Cuba de Castro, cuya dictadura izquierdista podría permitir una excepción a la regla, lleva a cabo con Franco relaciones verdaderamente idílicas, muy antagónicas a las de Grau San Martí y Prío Socarrás. La experiencia se repite tan insistentemente : las relaciones con la España franquista son prósperas bajo los regimenes dictatoriales de América y regresivas en los de tipo constitucional, que obvia extenderse sobre este particular. Baste añadir, si se quiere, que dos países, los de más raigambre democrático, Uruguay y México, han sentado siempre pauta de antifranquismo.

La Hispanidad, pues, tal como tan repetidamente nos suena ahora a los oídos de los habitantes de Indoamérica, no es más que un vistoso decorado detrás del cual, como el bosque del Macbeth shakespeariano, se hallan unas fuerzas que avanzan y se desperdigan por suelos de América ganando, para la causa del franquismo, a los indecisos y a los sobornables, a los reaccionarios y a los pusilánimes, a la «godarria», en una palabra, como suelen identificar aquí a la fuerza retrógrada del continente.

Ahora bien, el éxito de la Hispanidad no depende del fervor que los españoles radicados en América dediquen a esta causa sino del proselitismo que se logre en las filas del verdadero americano, el cruzado de español e india, de español y negra, y a éste, repito, le urgen otros problemas más importantes que éste de la ispanidad que pasa a ser,

mayormente, más, un pasatiempo parecido a la filatelia o a coleccionar mariposas. Añádase por otra parte, que al americano tampoco le dice gran cosa el «indigenismo» que suele circunscribirse, generalmente, en una celebración periódica de congresos en los que el indio está ausente.

También hay que tener en cuenta toda una secuencia de factores que se oponen a que el americano se proclame hispanista. Factores verdaderos unos, factores creados para desprestigiar a España, otros. Está lo que algunos autores interesados en el complicado problema del mestizaje han dado en llamar «el complejo de Edipo» refiriéndose a los sentimientos enconados que anidan en el hijo, frente a una madre india y a un padre español y que lo impulsan, como el Edipo helénico, a odiar al genitor y hasta a desear su muerte. (1) En realidad el mundo del mestizo no ha sido escudriñado todavía: «El mestizo —dice Madariaga— es un español prisionero de un indio; y un indio prisionero de un español. Esta situación crea entre las dos vertientes de su ser una tensión constante...» (2), y no basta el verbo soflamático de Waldo Frank, que a veces nos fuera grato hasta que supimos de su prostitución (3), cuando dice que «Por cualquier camino que fuese, una fuerza contradictoria le anulaba. El mestizo se hizo así una criatura ambigua, inestable, abúlica, infeliz, puesto que la felicidad es el fluir henchido y regulado de la energía. El indio había sido feliz, el español fanático lo había sido también. Y la felicidad de los dos engendró este trágico estancamiento» (4). No se ha efectuado, todavía, el «Nosce te Ipsum» en el mestizo. Es un ente en transición porque la demagogia política por un lado y la yugulación económica por el otro no ha permitido la estabilidad necesaria para que pudiera hallarse a sí mismo. España, que fue una mala «colonizadora» porque no arrasó con los aborígenes como hicieran los anglosajones, está siendo víctima de aquellos atisbos de humanismo que reflejan sus «Leyes des Indias» y nos paradójicamente, de las crueldades infligidas contra la carne india por las mesnadas de los aventureros sedientos de oro. En la América del Norte no hay anglofobia a pesar de que las colonias inglesas fueran más peyorativamente tratadas, desde la metrópoli, que no lo fueran las españolas. En el resto del continente existe, innegablemente, un sentimiento de hispanofobia que es el resultado y la consecuencia de un proceder distinto, hablando bajo el punto de vista colonial, al anglosajón.

Existen, además, las maledicencias forjadas por los que tienen interés en arrebatarle a España la positiva aureola que implicara el descubrimiento y, en cierto modo la conquista. «La exploración de las Américas —dice el historiador Carlos Fletcher Lummis— por los españoles, es la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia» (5) y hay una gran verdad en todo ello. En menos de un siglo el español recorrió todo el litoral americano, tanto del lado Atlántico, como del Pacífico; circunnavegó el mundo; conquistó imperios grandiosos como el azteca y el incario, con más habitantes que cinco Españas reunidas y superficies todavía más desproporcionadas (6); recorrió la América interiorana; navegó el Amazonas en todo su curso; salpicó de nombres hispanos los archipiélagos del Pacífico; no retrocedió, en fin, ante nada. En el zurrón de cada español que embarcaba para América había un diploma de «kamikaze» japonés.

Naturalmente esta hoja de servicios no puede ser atacada de frente. Hay que acudir a los contorneamientos, a los recovecos, al socavamiento de los cimientos. La buenas intenciones del Padre Las Casas se prestan para ello. Sus denuncias hechas contra los capitanes, adelantados, veedores y autoridades españolas en general se apoyan en una amarga experiencia. La inhumana explotación ejercida contra el indio

lo induce a cometer una inconsciente, pero tremenda, injusticia: la suplantación de la mano de obra indígena por la del negro encadenado traído del Africa. Sus escritos serán hábilmente explotados y tomará origen, de esta manera, la «Leyenda Negra» con la que se tratará de desprestigiar a España, y se logrará en gran parte. Las buenas intenciones de Bartolomé de Las Casas habrán servido para empedrar el camino del infierno, en este caso, el del desprestigio hispánico. Sin embargo, dos siglos más tarde, en 1763, los *civilizados* ingleses llevaban a cabo fechorías y crímenes, contra los indígenas, que sitúan al verdugo español en la categoría de santo, casi. En carta que el jefe de las fuerzas inglesas en las colonias de Norteamérica, Sir Jeffrey Amherst, le dirige al coronel Bouquet, le señala: «Hará Vd. bien en intentar contaminar a los indios (de la viruela) por medio de mantas así como en probar cualquier otro método que sirva para exterminar a esa raza execrable» (7). Posteriormente el coronel Bouquet tuvo ocasión de escribir a su general en jefe que «la misión ha sido cumplida».

Hay, además, una fuerza, popular ésta, que contrarresta la labor de las huestes oficialistas de la Hispanidad —embajadas, consulados, misiones religiosas, firmas industriales y comerciales, viejos emigrantes económicos, periódicos y emisoras de radio subvencionados, becas para estudiantes y profesionales para estudiar en la península, congresos «hispanoamericanos» convocados por cualquier pretexto, etc.— y esta fuerza es la que, desde hace veinticinco años ha estado dándose a manos llenas por todos los meridianos del continente colombino. Es la fuerza que integra el español exilado que los avatares de una batalla perdida —para el verdadero exilado la guerra contra el franquismo no ha terminado todavía— lo han arrojado en las cálidas playas del Nuevo Mundo y desde entonces no ha cesado de entregarse en la tarea de difundir cultura, trabajo, civismo y cariño logrando calar bien hondo en los corozanes de los americanos de habla hispana.

Estos españoles contrarrestan ventajosamente la labor «oficialista» de la Hispanidad bien que la presión económica que España ejerce, a través de sus embajadas, no cesa de martillar, monótonamente, al conglomerado indoamericano para tratar de influenciarlo.

Decimos «presión económica que España ejerce, a través de las Embajadas», y con ello hacemos alusión tan solo a una clase de presión y a una índole de vehículo como ya queda embastado unos párrafos más arriba. Las embajadas y consulados están en la cabeza, indudablemente, de la cofradía reaccionaria que trabaja en las tierras de Indoamérica en favor de una Hispanidad de cúspide en la que, de un lado, aparecen siempre fotografiados y reseñados los ministros, directores de Institutos creados al efecto, autoridades cimeras del réginen y el propio Franco y, del otro, los políticos, militares, intelectuales prostituidos, cortesanos que han hecho del medrar una segunda naturaleza y todos los personajes que llenan a diario las páginas que la prensa dedica a «Sociales» y a las cuales la vanidad del latinoamericano encumbrado es tan amante. Desde España llegan a manos llenas fuertes sumas de dinero que sirven para copar las juntas directivas de los centros regionales y las sociedades de Socorros Mútuos a los que el español es tan propenso; que son utilizadas para organizar recepciones lujosas el 12 de Octubre, el 1°. de Abril o el 18 de Julio, cuando generalmente la invitación va subrepticiamente acompañada de un billete de banco, la promesa de una beca o la oferta de una retribución; que se aplican para comprar la dignidad de un periódico local para que diariamente sea el divulgador en el país de los grandes «progresos» del franquismo. (8)

Las embajadas, además, ejercen presiones de otra índole que por diversos conductos alcanzan a las autoridades locales coaccionándolas a disponer represalias contra los españoles irreductibles, desde la simple amonestación hasta la expulsión pura simple, incluida en esta acepción la extradición.

Otro instrumento que trabaja con éxito en favor de la «Hispanidad» franquista es la Iglesia y dentro de ella —que indudablemente trata en primer término de beneficiarse ella misma, local y mundialmente—, muy especialmente, el Opus Dei.

Esta institución seglar, que llevaba, nacional e internacionalmente una vida vegetativa desde 1928, año en que se fundó, hasta 1939; adquirió un auge extraordinario desde entonces a resultas del fin de la contienda española y de la aparición, en marzo de ese mismo año, del libro que iba a revolucionar la institución: «Camino», escrito por José Maria Escrivá y Balaguer. Véase que a la distancia de un año se va a la creación del Consejo de la Hispanidad en Madrid, para lo cual influenció grandamente el Opus Dei que desde siempre ha tenido ambiciosas miras para el Nuevo Mundo. El fortalecerse en suelo americano ha sido una de sus finalidades más preciadas al extremo que Indoamérica constituye una zona de grandes desvelos para una institución que desea salvar el catolicismo de la bancarrota y ve en la población de nuestra América, profusamente marcada del aspergeo del rito bautismal de la Iglesia romana, una fortaleza contra la cual se rompan los embates del atéismo internacional.

La institución rival que va perdiendo puestos a medida que el Opus Dei avanza en su toma de posiciones, es la masonería que había logrado, desde los tiempos de la independencia, dominios claves en la mayoría de los Estados, hallándose la grevedad de la situación en el hecho de que el proselitismo opusdeísta se lleva a cabo mayormente, en los estratos de las esferas pudientes como lo demuestran unas estadísticas publicadas por la sociedad italiana «Giordano Bruno» según las cuales el 90 por ciento de los miembros del Opus Dei, en América del Sur, pertenencen a la casta militar, a la burguesía, a las familias ricas y a la clase media, quedando un diez por ciento tan sólo para los estratos populares.

Mancomunada con la Iglesia, la institución del Opus Dei logra hacer mella también, paralelamente a las embajadas, en pro de la ofensiva de la Hispanidad decretada desde el Pardo.

Otro factor importante en esta confabulación de solidaridad reaccionaria lo es el industrial y el comerciante españoles, salvo honrosas excepciones, que pasan por ser siempre «hombres de orden» y tienen interés en conservar las buenas relaciones con España. Su presión suele ser poderosa en las esferas donde su influencia incide y son, no siempre de buen grado, los grandes sostenedores de las finanzas particulares que complementan las que dedica el propio presupuesto español para esta única actividad. Existe en todos los países de América una perfecta organización consular que controla a todos los españoles que a lo largo de años han ido ubicándose en el continente y que conoce con mayor exactitud que los Ministerios de Hacienda respectivos, que deben gravar los impuestos directos de todo ciudadano de acuerdo con sus ingresos anuales, la verdadera situación económica de cada uno de aquéllos. Del conocimiento fidedigno de las finanzas de cada uno se logra, automáticamente, una contribución proporcional que, vista la gran masa de españoles diseminados en América, significa una suma con-

siderable destinada, mayormente, a la causa de la Hispanidad. Desde los «gachupines», como son conocidos los emigrantes económicos españles en México, hasta los «gallegos», como pasan a ser denominados en Argentina, toda la geografía americana cuenta con grandes conglomerados de españoles que han ido haciéndose una posición, económica y social, y cuya solidaridad, voluntaria una veces y coaccionada otras, en favor del régimen retrogrado de la España actual, es innegable.

Si los valores hispanos, absolutamente hablando, por lo que España encierra, en su espíritu, su idiosincrasia, su historia y su legado, no se han desmoronado completamente en América, ello obedece a la presencia de la diáspora que salió de la península en 1939. A la España Peregrina que le importa un bledo la «Hispanidad» o el «Indigenismo» y que trata de confundirse con el aborígen de todas las latitudes de América para marchar, juntos, hacia un ente que no sea de transición, como el mestizo actual, sino definitivo y con características propias de humanismo.

Victor GARCIA.

---

(1) *Esta Tesis la ha desarrollado en varias de sus obras Antonio Rebolledo, quien estima que en la primera etapa de crecimiento el niño mestizo siente amor hacia la madre ; en la segunda descubre que el padre, el «viril imitado, no siente amor por la madre» y estalla el conflicto psicológico en el fruto del cruce. Calificar empero, el hecho bajo el denominativo de «Complejo de Edipo» no nos parece rigurosamente acertado.*

(2) *Salvador de Madariaga. — «Presente y Porvenir de Hispanoamérica». — Buenos Aires, 1959 pag. 64.*

(3) *La prensa anticastrista continental publicó profusamente la fotocopia del cheque de 20.000 dólares que le pagara Castro para hacer el panegírico de la Revolución Cubana.*

(4) *Waldo Franck. — América Hispana. — Buenos Aires, 1950, pag. 69.*

(5) *Carlos Fletcher Lummis. — «Los Exploradores Españoles en el Siglo XVI», Barcelona 1922, pag. 13.*

(6) *Hay que tener presente que el Imperio del Inca se extendía desde Pasto, en la Colombia actual, ya al Norte de la Línea Equinoccial, hasta Santiago del Estero, en tierras ya argentinas interioranas, es decir, a lo largo del espinazo andino por una extensión de 3.500 kilómetros, de Norte a Sur, aproximadamente.*

(7) *Este hecho, desgraciadamente, se ha dado también en la América Hispana y lo ha denuciado el doctor Martín Gusinde a través de una publicación tan seria como lo es «El Correo» de la UNESCO, donde señala que los indios Onas, de Tierra del Fuego, fueron exterminados por los colonos que se instalaron allí. Los métodos de exterminación eran, entre otros : capturar niños para que contrajeran enfermedades contagiosas y entregarlos nuevamente a la tribu a fin de que se propagase la enfermedad y distribuir carne de carnero envenenada con estricnina, entre la población aborigen.*

(8) *Como caso concreto se puede citar «La Esfera» de Caracas que su exdirector y propietario, Miguel Angel Capriles, prostituyera por 48.000 dólares anuales en base a una página diaria volcada a la difusión del franquismo en Venezuela. Recientemente este diario ha sido comprado por otra empresa.*

La reforma de la enseñanza

¿MANIOBRA PUBLICITARIA U OPERACION DE SALVAMENTO?

EL PROBLEMA de la enseñanza preocupa visiblemente a las autoridades franquistas. Distintas personalidades civiles y religiosas han venido manifestándose últimamente en favor de una reforma del actual sistema de enseñanza, de su « democratización » y de su extensión a las « clases populares ». « La enseñanza, afirman, no concierne sólamente a un puñado de elegidos ; es un verdadero problema nacional que afecta a todas las clases de nuestro país ».

Resulta interesante analizar las razones avanzadas para justificar este repentino interés : las medidas previstas (en una rueda de prensa en la Televisión española el ministro de Educación nacional anunció triunfalmente que, la implantación en todo el bachiller elemental estaba « al estudio ») no deben hacernos olvidar el inmovilismo y la política « clasista » seguida hasta ahora, en el terreno de la educación, por el gobierno franquista.

Esta política se apoya en una larga tradición : Franco ha tenido un ilustre predecesor, Fernando VII, que marcó su clara aversión por la cultura mandando « cerrar las Universidades para reemplazarlas por escuelas de tauromaquia ». Los espléndidos estadios de que disponemos actualmente son el fruto de una política concertada. *Su objetivo : impedir el acceso del pueblo a una cultura auténtica e imposibilitar su preocupación social y política.*

Esta situación ha podido durar mientras España ha vivido, o mal vivido, al amparo de sus instituciones semifeudales y de una economía de simple subsistencia.

La decadencia de España provocada por la miopía y el egoismo de sus clases dirigentes, hizo de nuestro país una nación de tercer orden. España y los españoles tuvieron que acostumbrarse a vivir de espejismos brillantes.

Las naciones sobrealimentadas manifestaron su admiración por la enorme reserva de espiritualidad acumulada durante siglos de vida social vegetativa...

blo de sus derechos —siendo el derecho a la educación el más inalienable de ellos— puede poner en peligro los privilegios exorbitantes de la burguesía. Por eso calificamos de operación de salvamento esta campaña de prensa.

Creemos que, por una vez, no se trata sólamente de una hábil operación de camuflaje publicitario.

El problema planteado a los responsables del futuro « milagro económico » español es el siguiente : como convencer los sectores más reacios a toda innovación, que no hay transformación sin platos rotos, y que para llevar a cabo una reforma, juzgada inevitable, de la Universidad y de todo el sistema de enseñanza —como afirma un portavoz del régimen— « hay que quebrantar el inmovilismo que ha contribuído a anquilosar las estructuras universitarias estatales desde hace más de ciento veinte años ».

La burguesía española quiere, claro está, para España la alternativa « neocapitalista » aunque ella reclame ciertos « sacrificios » de clase e imponga como necesaria una cierta « democratización » no muy del gusto de sus sectores más reaccionarios y encumbrados. Y la quiere porque sabe que es la única manera de no caer inevitablemente en la alternativa « revolucionaria ».

Curiosa y sintomática es la polémica que el diario falangista PUEBLO ha entablado recientemente, sobre el tema de la « Formación profesional y Espíritu de clase », con el boletín de la HOAC, publicado por la Comisión Nacional de la Hermandad Obrera de Acción Católica.

El diario PUEBLO, saliendo al paso de la afirmación de dicho Boletín que, en síntesis, concluía que « la mayoría de los jóvenes trabajadores que estudían en escuelas profesionales salen desclasados », respondía —con ese tono demagógico que le es característico— que :

« Habíamos entendido que la lucha de clases es nefasta ; honradamente creíamos que luchando contra ese espíritu clasista que se obstina en establecer barreras y estereliza tantos esfuerzo, que buscando fórmulas de entendimiento y no adoptando posturas que disgregan o actitudes que repelen, sino nexos de unión y principios de convivencia..., es así como formaríamos una sociedad más justa, en la que el obrero, con toda la dignidad y jerarquía que confiere este título no tendría por que sentirse un « desplazado », una « clase » distinta y antagónica de cualquier otro estamento, sino un hombre en paridad con los demás hombres, partícipe y acreedor de todos los derechos que una sociedad cristiana, justa y civilizada otorga a todos por igual.

« Es decir, que el trabajador no renuncia a pertenecer a esa clase trabajadora en la que encuentra su dignificación sin que ello impida un justo deseo de promoción, aspiración, legítima de toda persona que busca para sí y los suyos un bien estar un ascender en el nivel de vida, un ascender a los bienes de la cultura, de la riqueza, de la clase dirigente..., **pero todo eso se puede lograr sin odio, sin rencor y, desde luego, por caminos muy distintos a los del articulista de la HOAC. »**

Leyendo lo anterior se comprende fácilmente como, los que repudian la « lucha de clases » no han repudiado en la práctica la « sociedad de clases » por la que hicieron y desencadenaron la santa « Cruzada », y porque crearon ese engendro demagógico clasista y « desclasador » llamado Universidades Laborales, exclusivamente para los hijos de los trabajadores, mientras reservaban la UNIVERSIDAD para los hijos de la « clase dirigente ».

D. A.

CINE

«LA HORA DE LA VERDAD»

de Francesco ROSI

Mito y realidad de la fiesta taurina en la obra de un gran cineasta de nuestro tiempo

ENTRE los cines que hoy día manifiestan mayor vitalidad y afán renovador figura el joven cine italiano de estos últimos años.

Junto a una abundante —y a veces estimable producción comercial— y al margen de las obras de los cuatro grandes de ese cine, Rosellini, Fellini, Visconti, (descartamos a de Sica, culpable de perseverar en un realismo «folklórico angelical» absolutamente inoperante), un puñado de jóvenes cineastas —de temperamento y sensibilidad distintos— utilizan el cine para vehicular sus ideas en la sociedad italiana del «milagro neocapitalista». «Deseamos ante todo —afirma Rosi— aumentar nuestra propia comprensión (y la de los demás) de la realidad cotidiana con objeto de participar en el desarrollo de nuestra sociedad».

No es éste un fénomeno aislado. En Francia la Nueva Ola —acabada en agua de borrajas—, la llamada Escuela de Nueva York en Estados Unidos, el «Free Cinema» inglés, han surgido pujantes al margen de los cines oficiales, en un intento de crear un cine auténticamente libre.

Festival de «Cinema Libre», el tercero de la serie, se llamaba el certamen celebrado en Italia en 1964. Certamen destinado a revelar al público cuantas obras —creadas al margen del cine comercial— respondiesen a estas características :

«Un cine abierto sobre la historia toda de nuestro presente, respetándose a sí mismo como experiencia cultural y estética y como medio de información de millones de espectadores considerados como adultos o susceptibles de llegar a serlo».

El joven cine italiano responde plenamente a este enunciado: a estos jóvenes cineastas «les duele Italia», les duele el hombre italiano, la sociedad en que viven, sus contradiciones, su historia, hecha o en devenir. Así Lizzani en el «Proceso de Verona», «El Jorobado de Roma», de Seta en «Bandidos en Orgoloso», Olmi en «Il Posto», Zurlini en «Crónica familiar», de Bosio en «El terrorista», en una cuyuntura histórica y económica que difiere notablemente de quella de la Italia miserable de la postguerra, demuestran ser los dignos continuadores del gran cine realista de esa época y de sus cineastas, los Zampa, de Santis, Rosellini, etc.

De todos ellos es posiblemente Rosi el que haya ido más lejos en la acusación y en el testimonio de las desigualdades que encubre el llamado «milagro económico italiano» Su cine es un cine esencialmente político, es decir un cine que Rosi utiliza racionalmente, con un máximo de eficacia, para comu-

nicar sus ideas sobre la sociedad contemporánea.

Un crítico ha afirmado que su obra «nos proyecta hacia el auténtico cine del futuro». Rosi que empezó trabajando como ayudante de dirección de Visconti en «La Terra Trema», ha hecho cinco películas que son otros tantos testimonios sobre conflictos de carácter social.

En «El desafío» (1958) denunciaba el «racket» de los monopolios que abastecen los grandes mercados. En «I magliari» (1959) un destino individual —el de un obrero italiano— le permite presentar el fenómeno de la emigración de los trabajadores a Alemania. «Salvatore Giuliano» (1962) lo proyecta del día a la mañana a la fama y provoca tal revuelo en Italia que el Parlamento italiano se ve obligado a ordenar una encuesta sobre las actividades de la Mafia. Con «La mani sulla cita» (1964) se ataca a otro problema candente : el de la especulación inmobiliaria y la complicidad que une a hombres políticos y grandes monopolios.

No obstante, Rosi es algo más que un simple polemista : su cine es eficaz porque utiliza para transmitir sus ideas una forma y un lenguaje modernos. Rechazando todo límite ideológico o moral a su creación artística, afirma —en una entrevista reciente concedida a la revista «Cinema 65»— que la preocupación esencial de todo cineasta debe ser la de «hacer coincidir el más alto nivel de creación con un nivel de comprensión también máximo».

Por eso siendo un gran realista, Rosi es algo más que un simple cronista de esa realidad : así «Giuliano» está construído sobra una serie de «flash-back» cuyo tiempo cronológico no corresponde forzosamente al desarrollo del tiempo real de la vida del bandido siciliano. Con esta técnica del relato nos obliga a reconstituir con los elementos de un «puzzle» su verdadera personalidad y por encima de ella todo un contexto político-social, el de una Sicilia subdesarrollada entregada —con la complicidad de los poderes públicos— a la acción tentacular de la Mafia.

Después de estas dos obras fuertes, Rosi tenía ganas de airearse, de salir de Italia. Sin ninguna idea preconcebida vino a España : después de haber asistido a las fiestas de San Fermín, erró por los pueblos, las aldeas de España, recorriendo Andalucía, Extremadura, la Mancha. Conversó con hombres, aprendio su idioma y se mezcló con ellos. Deambuló, filmó las fiestas, las labores del campo, los pueblos y los hombres de España. Entretanto, había conocido al torero Miguel Mateo. «Miguelín» «cuya mirada llena de tristeza le impresionó».

De este doble encuentro saldría una película : «La hora de la verdad», compendio de todo lo que Rosi había almacenado, visto y sentido durante su peregrinación por España.

El resultado es una obra densa, fuerte, importante, que nos hace vibrar en varias ocasiones y nos deja con un regusto final de haber visto algo incompleto, descabalado : algo así como si nos sentásemos delante de una mesa coja repleta de manjares suculentos.

Y es que el tema —España con una E mayúscula— es mucho tema para avarcarlo en tan corto espacio de tiempo aunque se posea la inteligencia y la curiosidad de Rosi y se transporte en el morral una cámara tan admirable como la suya. Italia no es España, aunque sus problemas tengan tanto parecido. Aunque Rosi crea lo contrario. La prueba : un año deambulando por la piel de toro le ha permitido reunir una maravillosa colección de imágines del campo español y un documental no menos admirable sobre la fiesta taurina ; antes que Rosi sólo Bardem, en algunas secuencias de «La Venganza», había sabido captar así la áspera belleza del paisaje español. Es imposible olvidar las imágenes que Rosi nos propone : la Semana Santa sevillana —su hórrida y fúnebre atmósfera— ; la de un campesino que come «como buen trabajador» —diría Miguel Hernández— «pan y cuchillo» al pie de la letrilla ; ese hombre abrumado de

cansancio sorprendido por la cámara al pie de un paso —que arrastra con otros desgraciados como él— y en el que trona, ídolo cubierto de pedrerías, la imagen de la Macarena; una capea de pueblo con sabor de aguafuerte goyesco, el toro cosido a navajazos, toro que luego revive —mítico, fabuloso— en cien combates distintos.

Rosi se nos muestra aquí como un gran documentalista, cuando nosotros esperábamos al cineasta lúcido de «Giuliano».

De ahí nuestra insatisfacción: porque su propósito —declarado— era hacer la película de un torero, el torerillo anónimo proyectado a la fama del día a la mañana, y desmontar ante nuestros ojos el mecanismo que empuja a cientos y miles de jóvenes a jugarse la vida para escapar a su condición de parias.

Por descontado no es la Fiesta en sí, su rito complicado y el fenómeno colectivo que representa, lo que interesaba a Rosi sino su problemática social.

«La Hora de la verdad» debía ser la ilustración de la frase famosa del Espartero el cual —interrogado sobre el miedo a las cornadas de los toros— respondió «que más cornadas daba el hambre».

Soló la ejemplaridad del destino de un torero impidió seguramente a Rosi escoger a un albañil o a un mecánico como personaje central: «deseaba —afirma— comunicar mis impresiones según una línea de gran sencillez. La más sencilla me pareció la de un muchacho de un país pobre que desea emigrar al Norte y que se mete a torero por ser ésta la única forma de escapar a la miseria».

Esperábamos —sobre este tema— una película densa, fuerte, construida con el mismo rigor que las precedentes.

«La hora de la verdad» nos defrauda porque al lado de sus evidentes valores artísticos, el soporte técnico, la construcción dramática son muy inferiores a la de «Giuliano».

En «Giuliano», la realidad es interpretada dialécticamente, a través del prisma de sus distintos aspectos contradictorios. En cambio, la dramatización del personaje central de «La hora de la verdad» es pobre, no alcanza nunca —porque carece de sombras y de aristas— esa dimensión trágica que requiere tal destino; destino —materializado en la presencia pavorosa del toro— y que no produce nunca en nosotros la conmoción esperada.

Así nos olvidamos de Miguelín para admirar las extraordinarias imágenes de la Fiesta. Rosi que afirma no interesarse a la tauromaquia, que pretende atacar su mito, acaba fascinado por él, olvidando de paso a su personaje: la cámara se le va de las manos tras la mancha carmesí de una muleta o prendida en los vuelos de una capa, para acabar inmovilizándose frente al toro, subyugada por la brutal belleza de su combate o de su agonía

Mientras tanto vemos a Miguelín recorrer las distintas etapas que lo separan de su trágico final: lo contemplamos a través de un cristal como si fuese un insecto vestido de oro y de luces, nunca como el paquete de nervios, de sangre y de músculos que ha hecho del vivir y del morir diarios una profeción.

Antes de agonizar en una mesa de operaciones Miguelín habrá conocido la Gloria, el dinero, la americana devoradora de torerillos incipientes y habrá asegurado una vejez tranquila a sus padres. Navegamos aquí en pleno tópico. Admitiendo que el torero vive —más que cualquier otro hombre— rodeado de ellos era preciso dar a esos tópicos una categoría dramática de que carecen en la obra de Rosi.

Acabaremos afirmando que es necesario ver «La hora de la verdad». Sus fallos están a la altura del empeño, que es grande. Quizás Rosi se ha equivocado queriendo tomar el pulso a España en ocho meses de turismo inteligente. Pero repetimos —con sus defectos evidentes— se trata de una obra sensible y generosa que explora además una veta a la que nos gustaría se atacasen ahora los jóvenes cineastas españoles.

Sergio DAN.

El premio Nobel de literatura

Otorgando el premio Nobel a un escritor soviético, parece que la Real Academia Sueca manifieste el deseo de congraciarse con los medios oficiales y literarios soviéticos, ulcerados en su amor propio marxista-leninista desde que esa recompensa fuera otorgada a un autor «decadente» «oliendo a naftalina», como así se complacen en denominar al autor del Doctor Jivago, los campeones de la nueva poesía rusa. No estará demás recordar que en el escándalo Pastenak, donde se orquestó una campaña de antisovietismo, según manifestara Ehrembourg, Cholokohv protestó contra la actitud oficial, si bien consideraba que la obra premiada no le merecía tal distinción, opinión ésta bastante discutida y que va ganado adhesiones.

La literatura, expresión de un contexto humano determinado, guarda una honda relación con los problemas políticos. Al hablar de la primera mentamos a la segunda. Máxime cuando se trata de un fresco épico historico, cual es la obra de Cholokohv, en la que los problemas humanos, y por ende políticos, son tratados con tal clarividencia, presagiando un futuro desconsolador que se vería confirmado por los hechos. Cholokohv es conocido en Francia, principalmente, por su «Don Paisible». Obra monumental —8 volúmenes— en los que relata la guerra civil en estas regiones del Don. Y por «Terres Defrichées », obra magistral en la que esboza con mano serena la campaña de la colectivización dictada por Stalin, sin omitir los errores, atropellos e inclusive brutalidades de esta política. Indiscutiblemente las simpatías del autor están con la línea oficial del partido y con los protagonistas encargados de aplicar esta política; empero trata de comprender la reticencia de los campesinos en ingresar en el «kolkhoz» y como estos prefirieron degollar el ganado antes de entregarlo a la colectividad. Por las páginas de «Tierras Roturadas» desfila todo un pueblo rústico, impregnado de una sabiduría milenaria. Los mujiks de Cholokohv huelen a tierra y a estiercol, llenos de vida y de vicios, con un lenguaje llano y brutal, rayano en lo grosero: como se expresan los campesinos cosacos. Una obra de arte, llena de vida y de historia.

Hoy sabemos, por las propias declaraciones de los dirigentes post-stalinianos, que la colectivización fue realizada de forma inadecuada, sin contar con una política coherente. El propio Stalin para poner remedio a la situación catastrófica debida a su propia política, publicaba un artículo el 2 de marzo de 1930, «El Vértigo del Suceso», en el cual para paliar sus errores, permite que los campesinos puedan dejar el «kolkhoz». La desbandada no se hizo esperar. Hubo de poner freno a la huída en masa. Cholokohv evoca este episodio, así como la situación ambigua y contradictoria de los secretarios locales y regionales del partido que no sabían a que santo encomendarse. Recientemente, para aseverar cuanto decía sobre Stalin, Kruchof presentó dos cartas escritas por Cholokohv durante la campaña de la colectivización, en las que denuncia los atropellos cometidos en el campo.

El primer tomo de «Tierras Roturadas» apareció en 1932 y el segundo vió la luz a fines de 59. Cholokohv ha manifestado con su silencio su oposición al estalinismo. Posteriormente fue expulsado por borracho del Presidium de la Unión de Escritores. Sabemos que Cholokohv como buen cosaco no desprecia las gracias de Baco y que, si la ocasión se presenta, sabe hacer honor a la vodka, ¿pero no habran influenciado en esa exclusión otros motivos que la bebida? Repetidas veces

tiene dicho Cholokohv que en la Sociedad de escritores sólo había almas muertas parafraseando a Gogol, y que toda la literatura de la época staliniana era gris y sin virilidad. En el XX congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Kruchef, inquieto, preguntaba: «si los escritores rusos no habían dejado debilitar sus lazos con la realidad». A lo que Cholokohv repuso: «¿Se puede acaso debilitar lo que jamás ha existido? ¿Pueden romperse los lazos que jamás se han estrechado?» La respuesta se pasa de comentarios.

A pesar de su desacuerdo e inclusive oposición a la línea oficial, Cholokohv, ha sido y es un comunista convencido. Siente, por lo demás, un desprecio olímpico por la literatura y el mundo occidental. Fenómeno éste muy ruso. Posiblemente no exista en ningún país de Europa un escritor que goce de la fama y el mimo de que goza Cholokohv. Sus obras han alcanzado a 35.000.000 de ejemplares, sus libros sirven de texto en las escuelas, han pasado al cine, a la televisión, al teatro, a la Opera. Cholokohv es la gloria oficial de la literatura soviética y su obra un pedazo de historia de este país.

PASA.

LIBROS

FRANCISCO CANDEL. «Los otros Catalanes». Barcelona 1965. 326 p.

Varias ediciones se hicieron ya en catalán y el libro está provocando interés y discusiones numerosas. Se trata de los españoles no catalanes que vienen a buscar trabajo en Cataluña, tienen hijos y se adaptan.

Esta emigración provoca conflictos que son los mismos que para toda minoría social emigrada en un país. Sea puertorriqueña en las Estados Unidos, antillana, portuguesa, norte-africana en Francia. Candel describe los problemas económicos, lingüísticos, de racismo a veces, que se van planteando. Hijo de trabajadores que vivieron en barracas, el autor compara los de ayer a los de hoy : la ausencia de solidaridad, la evolución.

Algunas barracas tienen la televisión. Cande explica el cómo :

«—Sólo tienen dos alternativas : o matarse o rebelarse. Optan por el camino de en medio : Comprarse un televisor. Es cierto. La televisión es su «soma», su alcohol, su lento veneno. Antes lo era el cine, una vez por semana. Ahora lo es la televisión cada día. C...) Como me decía una mujer cierta vez que mirabamos asombrados su transistor japonés, sobre la mesa mientras el techo pendía roto y agujereado, ya que pocos días antes un terrible aguacero lo había reblandecido, «Los transistores te los venden a plazos. El carbón, cuero o la ceralita, no.» (...) Hoy, la pobreza, también es así : una barraca con nevera, radio y televisión. (p 189 y 190).

Entre los muchos aspectos sociales que aborda Candel hay el de la emigración andaluza y la vida en Andalucía. La de la contrata de los obreros agrícolas : «Se hace una especie de subasta para contratar a esta gente que acude a las plazas, una especie de subasta al revés. Se ofrece un precio. Otro se ofrece por menos. Otro, menos todavía. Así la solidaridad y el compañerismo quedan subastados con esta clase de subasta. Pero ¿Qué van a hacer?» (p. 146).

El libro es muy interesante e informado, es una radiografía social de la Cataluña actual.

SABADELL.

¡RENACER DE LA DIGNIDAD EN LOS EE. UU.!

La actitud de una fracción de la opinión pública estadounidense, manifestando valientemente por las calles de las principales ciudades de los EE.UU. en señal de protesta por la política de guerra de su país en el Viet-Nam, es alentadora y merece ser debidamente tomada en consideración.

A través de manifestaciones y mítines en los principales centros universitarios y, finalmente, irrumpiendo en la vía pública, este movimiento de protesta ha logrado no sólo sensibilizar a la opinión pública americana y preocupar a su gobierno, sino que ha provocado fuera de los EE.UU. una corriente de simpatía y de admiración de parte de todos los hombres que repudian la guerra y las causas que la generan.

... la paz en la O.N.U. y la guerra en el Viet-Nam !

Esta corriente pacifista, que ha encontrado en la agresión bélica de los EE.UU. al pueblo vietnamita una justa razón para manifestar su repudio a la carrera de las grandes potencias para tener al mundo permanentemente al borde de la guerra, no es más que un reflejo de la creciente disconformidad de la juventud actual que no comprende la peligrosa demencia del mundo de sus mayores.

El gesto ejemplar del estudiante David Miller, rompiendo ante las cámaras de la televisión su cartilla militar, tiene una honda trascendencia combativa y es una lección a seguir por la juventud de todo el mundo para paralizar los designios de las castas militares de oriente y occidente.

Si EE.UU. representa la libertad y la democracia, éstas serán salvadas por esta juventud consciente y rebelde y no por los hombres que hoy ocupan el Pentágono y la Casa Blanca.

Dir. de la publication : PASAMAR Impr. E.P., 232, rue de Charenton, Paris-12

presencia

tribuna libertaria

SUMARIO

- **De una Oposición a otra**
  Redacción
- **La «herejía» del materialismo histórico**
  Edgar-Emilio RODRIGUEZ
- **El neomarxismo y el dogma**
  Octavio ALBEROLA
- **El «Diario Español» de Koltsov**
  Cristóbal BARCENA
- **La crisis del Campo español**
  Luis PASAMAR
- **Concepción Libertaria de la historia**
  Gastón LEVAL
- **Brasil : El gigante de paso lento**
  Victor GARCIA
- **Actualidad del Anarquismo**
  José PEIRATS

1966 Enero-Febrero

2

presencia

tribuna libertaria

présence (tribune libertaire)

Director :
L. PASAMAR

Redacción :
24, rue Ste. Marthe
Paris, X

Administrador :
Amador ALVAREZ

Administración :
87, rue de Patay
Paris, XIII
Giros : C.C.P. 15.712.51, Paris

Precio ejemplar : **3 F**

Bimestriel

Bimestral

INDICE

pág.

DE UNA OPOSICION A OTRA (D. A.) 1

LA CARTA MONARQUICA (M. R.) 5

LA «HEREJIA» DEL MATERIALISMO HISTORICO (Edgar-Emilio Rodríguez) 7

EL NEOMARXISMO Y EL DOGMA (Octavio Alberola) 10

EL «DIARIO ESPAÑOL» DE KOLTSOV (Cristóbal Barcena) 14

LA CRISIS DEL CAMPO ESPAÑOL (Luis Pasamar) 25

CONCEPCION LIBERTARIA DE LA HISTORIA (Gastón Leval) 28

BRASIL: EL GIGANTE DE PASO LENTO (Victor García) 35

ACTUALIDAD DEL ANARQUISMO (José Peirats) 40

ACTUALIDAD ESPAÑOLA (A. M.) 44

ACTUALIDAD INTERNACIONAL (A. S.) 46

De una Oposición a otra:

LAS INCIDENCIAS DE LA SUCESION DEL REGIMEN

HASTA hace pocos años el vocabulario oficial, las declaraciones orales o escritas de los dirigentes franquistas (nada tan parecido a una conmemoración del 18 de Julio como otra conmemoración del 18 de Julio) procedían de una ideología a la que los Principios del Movimiento —tablas de la Ley del Régimen— y unos cuantos mitos —mito de la Raza, de la Hispanidad, de la Cruzada, etc.— daban su carácter de perennidad.

Esta ideología y estos mitos ordenaron —con el complemento de un sistema represivo eficaz— la vida social española durante cerca de veinte años.

Ha sido el propio régimen el que se ha encargado de ir desmantelando progresivamente ese sistema, empujado más que por la aparición de auténticas fuerzas opositoras, por las transformaciones intervenidas en los países europeos a partir de 1950; siendo dichas transformaciones la creación de poderosas unidades económicas, el progreso tecnológico de los países industriales más avanzados, las nuevas formas de cooperación entre Estados, la puesta en marcha de asociaciones supranacionales: CECA, EURATOM, MERCADO COMUN.

Unida al capital europeo, por lazos de interdependencia cada vez más fuertes, no podía ignorar la burguesía española estos cambios; como no podía ignorar la inaptitud del aparato estatal español a dominar los nuevos fenómenos económicos.

Conscientes de la necesidad de transformar esas estructuras, para abordar la fase —ineludible— de la integración europea, los sectores más dinámicos del capitalismo español impusieron la llamada fase de «liberalización» que habría de plantear —al margen de toda intervención popular— el problema de la liquidación del franquismo clásico.

Para iniciar esta nueva etapa se lanzaría un Plan de Desarrollo, capaz de organizar la producción —y los intereses de las clases poseedoras— sobre unas bases modernas. Se toleró, y hasta se alentó, la aparición de una oposición cristiana y socialista «blanda». Se preparó la desintegración —controlada y progresiva— de los sindicatos verticales: su «democratización» (con la incorporación de elementos sindicalistas de la oposición). Y hoy día se ofrece una nueva Ley de Prensa y hasta se aprueba la revisión del artículo 222 del Código Penal reglamentando el derecho de huelga.

Es una gigantesca partida de cartas la que juega la burguesía española restaurando el resquebrajado edificio franquista y navegando, al mismo tiempo, entre el doble escollo constituído por los «ultras» de su propio bando y por las crecientes aspiraciones de la

clase trabajadora. En esta partida, el franquismo, ha demostrado ser mucho menos rígido de lo que presumíamos: tomando como punto de mira los sistemas neocapitalistas europeos ha sabido renunciar —al menos en parte— a oponer sistemáticamente su poder coercitivo a las reinvindicaciones de los grupos de oposición y, en ocasiones, a hacer las concesiones necesarias, siempre que dichas concesiones desvíen el impulso de la clase obrera y, por supuesto, no pongan en peligro la continuidad del «sistema».

Léase a este respecto las recientes declaraciones de Fraga Iribarne, Ministro de la Información: «Los conflictos de carácter social no sólo no son perjudiciales sino necesarios, a condición de ser debidamente encauzados...»

En la España «moderna» y proeuropea de 1965 los mitos han sido relegados al trastero de los juguetes ideológicos inservibles, y apenas si son exhumados un par de veces o tres al año para dar esplendor a los festivales político-folklóricos del régimen.

Hoy día no basta, para ser un buen español, con desear que la España de los 25 años de paz llegue a ser «grande y libre»: este es otro de los mitos inservibles. Hoy se reconoce un buen patriota a su «mentalidad de desarrollo» y al entusiasmo con que denuncia «el inmovilismo circundante». Los nuevos mitos se nombran: «bienestar social», «paz social», «voluntad renovadora», «desarrollo», «equilibrio de la balanza de pagos», «mentalidad exportadora»... *Así lo exige, como diría el camarada Solís, «el rigor de los tiempos».*

Para vehicular estos nuevos mitos era preciso utilizar a fondo los medios de difusión modernos: prensa, radio y televisión... y aflojar la camisa de fuerza de la censura para hacerles cobrar toda su eficacia.

EL CASO PRODIGIOSO DE EMILIO ROMERO Y EL DIARIO «PUEBLO»

Examinaremos el caso concreto de un periódico, el diario «Pueblo»», que ocupa una posición avanzada en esta nueva prensa y que goza en ella de cierta libertad de maniobra; libertad por supuesto «vigilada».

A Emilio Romero, su director, le ha tocado asumir, con el consentimiento tácito de las altas esferas oficiales, el papel de «enfant terrible del régimen».

El cálculo político no está ausente ni de la mente de Emilio Romero, portavoz de la «nueva ola» falangista, ni de las altas jerarquías que, de esta forma, instauran un «diálogo democrático» mantenido en unos «cauces razonables».

Los temas tratados en «Pueblo» son variados y abarcan toda la actualidad: la crisis del campo, los salarios y la productividad, los problemas de la emigración, la denuncia de los monopolios... y la defensa de «los países proletarios, pobres y explotados», frente a las «poderosas sociedades industriales».

Romero cumple concienzudamente su papel: su entusiasmo iconoclasta, la facilidad con que maneja (Romero dixit) la «dialéctica y sus sugestivas posibilidades», su hostilidad declarada (la antipatía del «farolillo rojo» por el corredor situado en cabeza) hacia el OPUS y sus sicarios (calificados de integristas disfrazados de tecnólogos»), el calor con que defiende (en nombre de los «sindicalistas avanzados») las causas del pueblo, pueden llegar en ocasiones a valerle algún que otro tirón de orejas de los guardianes —que aún existen— de la ortodoxia falangista (véase sino la polémica entablada con

Fernández Cuesta a propósito de la revisión del artículo 222 sobre el derecho de huelga).

Romero, ambicioso y buen maniobrero, se presenta, con picaresco y elocuente descaro, como hombre «con equipaje de futuro y con algunos itinerarios». Traductor de Brecht —el colmo del «progresismo» en la España de 1965—, Romero puede, sin perder la cara y simultáneamente, escribir un libro de polémica, «Cartas al Pueblo Soberano» (precio 225 pts.) que, como afirma su publicidad, «tiene un destinatario concreto: el pueblo español» ; denunciar las maniobras del Opus Dei y reafirmar públicamente la vigencia y la «legitimidad de la victoria del 39 y de la creación del Estado Nuevo».

Hombre-clave de una nueva coyuntura histórica y política, Emilio Romero, puede, efectivamente, llegar a seducir con sus alardes «oposicionales» y sus profesiones de fe criptomarxofalangistas.

Razón de más para analizar y denunciar la orientación y el fundamento de esta «oposición» de nuevo cuño, detrás de la cual se perfila una burocracia ambiciosa —la de los Sindicatos—, ávida de anexionar el movimiento obrero y de utilizarlo para realizar sus sueños de hegemonía política.

SOLIS Y EL NUEVO HORIZONTE SINDICALISTA...

Que esa burocracia tiene los dientes largos y que dispone, frente a los demás grupos políticos enquistados en el poder, de un número apreciable de bazas —que negociará con ellas a su debido tiempo— lo demuestra el discurso pronunciado ante las Cortes por el Delegado Nacional de Sindicatos, camarada Solís, el 19 de diciembre.

Haciendo un balance de la acción de la Organización Sindical en los cuatro frentes : «laboral, económico, político y social», Solís afirma : «en ninguna parte donde se proyecte un desarrollo es posible ni legislar ni gobernar a espaldas de los Sindicatos».

Refiriéndose a la acción sindical pasada :«Hemos visto morir hace treinta años un sindicalismo de lucha, violento, dividido y dramático. Hoy mostramos con orgullo otro sindicalismo que deben compartir con nosotros los supervivientes de aquel sindicalismo» *(llamada menos que discreta a las organizaciones obreras clandestinas o semiclandestinas para que avalen y den sus cartas de nobleza a este «sindicalismo nacional».)*

Y propugnando la necesaria transformación del sindicalismo «de papá» (algo así como el acta de defunción del sindicalismo vertical) : «debemos favorecer este proceso abierto, creador y dinámico que no expresa ningún síntoma de regreso al horizontalismo clásico sino la adecuación de la estructura representativa a la fisonomía socioeconómica de nuestra sociedad».

Todo ello evidencia que los jerarcas sindicales, conscientes de la ineficacia del actual aparato sindical, pretenden sobrevivir al franquismo ofreciendo sus servicios y su experiencia al nuevo capitalismo español.

Un sindicalismo disciplinado, propulsor de una «libertad planificada», capaz de encuadrar a la clase obrera dentro de un sindicalismo único («dogma sindical inapelable e irreversible») —formado a la imagen y semejanza del sindicalismo «democrático occidental»— constituiría la herramienta ideal para forjar —a cambio de eventuales concesiones de carácter «social» y salarial— el instrumento de la coexistencia de clases dentro de esa sociedad cristiana, neocapitalista y autoritaria con que sueñan los prohombres del régimen con «barruntos» de futuro.

UNA LEY DE PRENSA QUE PROMETE...

Dentro de este «brillante y prometedor cuadro político», y entre las muchas sorpresas —lárgamente anunciadas— que nos trajo el año que acaba de finalizar, destacó, por méritos propios, la célèbre Ley de Prensa que Fraga Iribarne prometiera a los pocos días de entrar en el Ministerio de la Información... y la censura.

Más de tres años ha necesitado nuestro ministro-polemista (?) (recuérdese su polémica, a sentido único, con los intelectuales y con Novais, al que trató de borracho, etc.) para poner a punto del espaldarazo «legislativo» su obra maestra: la Ley de Prensa que termina con la censura previa.

Podríamos resumir este magno acontecimiento, como lo hiciera uno de los voceros periodísticos nacionales «más autorizados», de ese periodismo que tan bien se adaptó con la censura y se identificó con el régimen: «después de 25 años de paz el pueblo español comienza a estar maduro para el aprendizaje de la libertad de expresión» (editorial del ABC).

El grado de «madurez» del pueblo y los métodos autoritarios para realizar este «aprendizaje », de la libertad de expresión, están muy bien definidos en las «limitaciones» a esta libertad y en las «sanciones» incluídas en esta nueva Ley «para su regulación».

El principal objetivo de la promulgación de esta Ley, a parte el cubrir el expediente —sobre todo hacia el exterior— para justificar la política de «liberalización», es el permitir y «regular» una libertad de maniobra política para los diferentes «grupos de presión» que, hasta ahora, han integrado el Poder y que forcejean ya públicamente para situarse en primera línea para la continuidad post-franquista.

Es ésta una Ley de Prensa que promete... a los Emilio Romero y Gonzalo Fernández de la Mora la posibilidad de ventilar, a la luz pública, sus enfrentamientos teórico-ideológicos y buscar una cierta base popular de respaldo para apoyar las ambiciones políticas hegemónicas de los grupos de intereses opuestos que representan. Por eso no es de sorprender que este enfrentamiento y esta polémica comience ya a ponerse «interesante» y permita a unos y otros —solo a ellos— el atacarse con más desenfado. Así vemos, una vez más, a nuestro criptomarxofalangista Emilio Romero responder a los ataques dirigidos contra los «ideólogos» por el portavoz de los «tecnócratas» opusdeistas, el «pedantón» Fernández de la Mora:

«... La política, sin embargo, ha estado tradicionalmente llena de miembros de consejos de administración, de terratenientes, de retrógados, *de servidores de los instalados, o de demagogos. Y finalmente: la tecnocracia ,la ilusión óptica de Gonzalo Fernández de la Mora,* no es una invención de las derechas, *sino de los ideólogos del socialismo. Ocurre luego lo de siempre: que hay una tecnocracia revolucionaria y* una tecnocracia reaccionaria. *Otra vez las «fenecidas» ideologías tienen que aclarar la situación.»*

Todo esto, después que Romero se ha despachado con la cuchara grande de la demagogia de «izquierda» que hoy le caracteriza:

«Todo el artículo —se refiere al de Fernández de la Mora— respira un vivo resentimiento contra los ideólogos de los dos últimos siglos, *a quien debe la humanidad por otra parte, la desaparición de las monarquías absolutas, la supresión del señorío, que se repartía la tierra y explotaba al hombre; la «puesta en forma» del proletariado —que era una manera de esclavitud general— contra la opresión del fenómeno económico de los capitalistas, dueños de los me-*

dios de producción; todos estos ideólogos han creado el derecho social, y han inventado la planificación económica, y han hecho la cooperación, la socialización, la diseminación cultural; en fin, toda la cara noble de la humanidad de nuestros días.» *(De la ya famosa «tercera página» de PUEBLO redactada por Emilio Romero).*

¿Puede pedirse mayor práctica de la libertad de expresión que la que ya comienza a existir en la «prensa nacional»?

No cabe duda que esto se lo debemos a las influencias anticipadas de la nueva Ley de Prensa, que promete.. libertad de expresión a los que hasta ahora no han tenido más limitación que la que les imponía su mancomunidad de intereses con el régimen. Esta Ley promete..., no cabe dudarlo algo inapreciable para todos; para todos. menos para la oposición auténtica. para el pueblo al que se sigue considerando inmaduro aunque se le prodiguen los calificativos de «soberano» por los «atrevidos» ideólogos de esta «nueva etapa».

La sucesión...
LA CARTA MONARQUICA

En el mes de noviembre, el ministro español de Información y Turismo, Fraga Iribarne, hizo unas declaraciones al «Times» de Londres, según las cuales el príncipe Juan Carlos de Borbón sería designado por el general Franco, en el transcurso del año 1966, para sucederle en la jefatura del Estado y ocupar el trono.

Poco después, según parece, el príncipe hacía una visita al Pardo para protestar contra dichas declaraciones, y un comunicado oficial, publicado en Madrid por el boletín de información del consejo privado de D. Juan, confirmaba tácitamente esta visita e indicaba, además, que el príncipe Juan Carlos había informado al general Franco de su negativa a sucederle en la jefatura del Estado, así como a sustituir a su padre en la sucesión al trono, ya que consideraba a este último como «titular legítimo de la corona de España».

Ante tales hechos se imponía una aclaración de todo lo sucedido, puesto que el rotundo mentís dado a las declaraciones de Fraga Iribarne al «Times», por el propio interesado, situaban al ministro en una posición desairada frente a la opinión pública. Pero la aclaración no se ha producido, y contrariamente a lo que se esperaba en ciertos medios, Franco sólo hizo una breve mención al problema de la sucesión en su mensaje televisado de fin de año.

«Nos proponemos —dijo— aclarar nuestra posición institucional para tomar las medidas que sirvan de garantía a la continuidad de nuestra obra y la estabilidad de las instituciones, más allá de lo que es posible hacer en el curso de una vida humana».

La vaguedad del General en su discurso sobre un punto tan candente en la actualidad, a causa de las declaraciones de un ministro de su gobierno, punto que el mismo General considera transcendente, revela una vez más la arbitrariedad con que el jefe del Estado español gobierna al país; vaguedad y arbitrariedad

que se conjugan en la síntesis de un criterio personal que trata de imponerse al pueblo español, incluso más allá de lo temporal.

Las declaraciones de Fraga, las protestas del príncipe —que ha sido mimado por Franco y preparado para el desempeño de sus funciones reales—, el silencio oficial, y la reservada actitud del propio General, sumado todo ello al hecho de haberse terminado recientemente en España un censo electoral que permite prever la posibilidad de un referéndum, más o menos próximo, ¿son síntomas de una descomposición interna y de la vacilación y desconcierto de un jefe de estado que no sabe hasta dónde puede llegar?.

Nada se sabe, ni nada saben los españoles, pero, indudablemente, tras todo esto se esconde una maniobra política susceptible de desdoblarse por vías diferentes, según las circunstancias; maniobra que responde a une política ya tradicional en el general Franco que le asigna siempre, y en todos los casos, el derecho a la decisión final, sin la intervención de los legítimos interesados en ello: los españoles.

LA SUCESION DE MUÑOZ GRANDES

Según rumores que circulan por Madrid, el capitán-general Muñoz Grandes abandonará próximamente, al alcanzar la edad del retiro, sus cargos de mayor responsabilidad en el Gobierno y en el Ejército.

Esto no tendría mayor importancia si no fuera por la significación de los puestos que Muñoz Grandes retenía entre sus manos: Jefe del Estado Mayor supremo, Vicepresidente del Consejo y miembro del famoso Consejo de Regencia, encargado de asegurar la transición política en caso de inhabilitación del Caudillo...

Como en casos anteriores, los rumores inciden, particularmente, sobre los posibles sucesores que, en estos cargos, podrán ser designados por el Caudillo, en caso de que Muñoz Grandes desaparezca definitivamente de la escena política. El nombre del almirante Carrero Blanco es el que más frecuentemente es citado como posible sucesor. Recordaremos que, al momento, ocupa el puesto de subsecretario de la Presidencia.

Si así fuera se reafirmaría la preponderancia del Opus Dei en el seno del Régimen, pues fue precisamente Carrero Blanco el que patrocinó la entrada masiva de los ministros «tecnócratas» en el Gobierno. Denominación bajo la cual prefieren esconder su filiación opusdeista los políticos de la Obra.

Así también se cita a López Rodó, actual ministro comisario del Plan de Desarrollo, como posible candidato a la vicepresidencia, en caso de que a Carrero Blanco le fuera ofrecido el puesto de Jefe del Estado Mayor supremo.

Todos estos rumores evidencian, de todas formas, un sintomático endurecimiento del Régimen, pues la consolidación de la influencia opusdeista en el Gobierno representa, pese a la «liberalización», la afirmación del integrismo político como línea general de la «institucionalización».

De cualquier manera, sean unos u otros los sucesores, la esencia autocrática y fascista del Régimen seguirá inmutable.

Abrimos esta sección con dos trabajos que, de seguro, suscitarán reacciones opuestas por su carácter, aparentemente contradictorio. Sin embargo, el punto de mira de nuestros dos colaboradores es el mismo : acabar con el dogmatismo que ha frustrado una unidad efectiva y necesaria de todos los hombres que se reclaman de una izquierda revolucionaria auténtica.

En los próximos números esperamos incluir nuevas colaboraciones que permitan ir desarrollando, por medio de una confrontación positiva de ideas y posiciones, este objetivo fundamental.

La « herejía » del materialismo histórico

ACABEMOS CON EL DOGMATISMO ANTIMARXISTA

Frecuentemente —estaría por decir siempre— los medios anarquistas se rebelan ante cualquier intento de interpretar el fenómeno social desde un punto de vista marxista. Se habla del materialismo histórico como de una doctrina nefasta y herética. El marxismo se ha convertido para los libertarios en una especie de horrible « coco », en un pecado mortal digno de la más implacable excomunión.

En la práctica, sin embargo, las organizaciones sindicalistas revolucionarias han operado y operan, en mayor o menor grado, aceptando inconscientemente la interpretación marxista de la sociedad. La lucha de clases, la importancia fundamental del factor económico, la función revolucionaria del proletariado, la necesidad de modificar radicalmente la propiedad de los medios de producción, todo ello revela una asimilación de las tesis de Marx. ¿Por qué, entonces, indignarse contra una teoría social y económica que se comparte y se utiliza? ¿Por qué pretender que todo el marxismo es patrimonio y coto exclusivo de un partido y una estrategia determinada?

Hay, quizás, algo peor que el dogmatismo marxista : el dogmatismo antimarxista, tan monolítico, inflexible y sectario como aquél. El anarquismo, concepción antidogmática por definición, debería rechazar de plano cualquier fanatismo, aceptando los aportes positivos de la sociología, independientemente de toda posición sectaria.

Considerar el materialismo histórico como sinónimo de abyección mental, oponer a Marx la filosofía de la libertad absoluta —una libertad en abstracto, una libertad con mayúscula, que no significa nada—, declararse bakuninista y lanzar anatemas contra Marx bajo pretexto de antiautoritarismo, supone un acronismo, una ingenuidad y una prueba de rigidez ideológica.

Lo curioso del caso es que, en la práctica, la aceptación del sindicalismo como sistema de lucha revolucionaria, el reconocimiento de la existencia del proletariado como fuerza motriz de la transformación social, son tesis de neto carácter marxista. Más aún, la propia existencia de la C.N.T. —con su implacable lucha revolucionaria a lo largo de tantos años— es una demostración palpable de que se interpreta la revolución desde un punto de vista marxista ; la prueba es que esa implacable lucha revolucionaria ha sido fundamentalmente un combate cuyas motiva-

ciones eran ante todo económicas : no sólo las motivaciones inmediatas, sino las más lejanas.

Dedicar tiempo, en 1966, a derramar lágrimas de indignación sobre el antagonismo del siglo pasado entre Marx y Bakunín, podrá ser tarea grata para los historiadores, los eruditos y los ratones de biblioteca. Para una organización que propugna la transformación social, supone un romanticismo inútil, decadente y negativo. Aprovechemos lo bueno de Marx y de Bakunín, sin convertir al primero en ogro y al segundo en ángel.

Evidentemente, sería ridículo y absurdo defender el marxismo en bloque, a la manera de fiel que acata unos mandamientos. Dejemos que sean otros los que levanten altares y quemen incienso. Se trata, simplemente, de valorar las aportaciones de una teoría social que, pese a haberse demostrado falsa en algunas conclusiones e hipótesis —quede la infalibilidad para los pontífices— constituye un sólido bagaje para la revolución.

Dígase lo que se quiera, la afirmación fundamental del marxismo sigue en pie : la economía —en su sentido más amplio, es decir, la estructura económica de la sociedad— es el sustrátum sobre el cual se erige toda la superestructura exterior. Pretender cambiar ésta sin modificar el sustrátum, supone limitarse a una reforma sin ningún contenido vital. Derribar un gobierno, conservando al mismo tiempo la estructura económica que le permitió existir, equivale a un cambio anecdótico sin raíces. La revolución, pues consiste fundamentalmente en modificar la propiedad de los medios de producción, modificación indispensable para poder crear una nueva superestructura.

El materialismo histórico no es, como equivocadamente se ha venido creyendo o pareciendo creer en los medios anarquistas, la « propiedad privada » del partido comunista. Tanto peor para éste si ha caído en el infantilismo de defender una especie de religión marxista. Y tanto peor si pronuncia excomuniones en nombre de unos principios sacrosantos. El marxismo adorado de rodillas, con santos, vírgenes y mártires, es tan retrógrado como la adoración ciega y bobalicona a Bakunín, a San Francisco o a Robespierre.

En realidad, generalmente los discípulos superan en rigidez y dogmatismo a los maestros. El caso de Marx no es el único, y bastaría citar a este respecto el ejemplo de tantos freudianos, más fanáticos que Freud, y el de muchos tolstoianos, más intransigentes que Tolstoi. Si bien una característica fundamental del genio es « la capacidad de exageración », ésta sufre con el tiempo una nueva deformación por parte de discípulos, adoradores y admiradores, sedientos de emular al que les inspiró y de demostrar incluso mayor pureza y ortodoxia que él.

Pero vayamos al terreno práctico e intentemos —a riesgo de provocar el escándalo en un anarquismo enfermo de lírico romanticismo— una interpretación de la actualidad española desde el punto de vista del materialismo histórico. La primera conclusión es que el franquismo no queda simplemente definido con la existencia de Franco, ni siquiera con la existencia del movimiento falangista, ni siquiera con la influencia preponderante del clero. Todos estos hechos son simples efectos, no causas. Lo que define, lo que caracteriza esencialmente al actual régimen español, es una determinada estructura económica —repitámoslo, en su sentido más amplio—, la cual ha permitido que se edificara sobre ella toda una superestructura política, religiosa, social e incluso cultural.

Reconocido esto, es evidente que el régimen de Franco no podrá ser modificado —en lo hondo, en lo que realmente interesa— si no es a costa de una profunda transformación económica. Y bien. ¿cuál es la clase que deberá desempeñar el papel principal en ese cambio? El proletariado y el campesinado. ¿Acaso existe otra clase, además de la obrera y la campesina, susceptible de dar el impulso necesario a una revolución « verdaderamente revolucionaria »?

El hecho de que la C.N.T. exista es la mejor prueba de esa capacidad —al menos objetiva— del proletariado y el campesinado. La C.N.T., que ha hecho siempre marxismo quizás a pesar suyo, es la demostración palmaria de que la revolución no podía ni puede venir de otras clases que aquéllas. ¿O es que alguien

tiene todavía la suficiente inocencia para pensar que es posible hacer revoluciones —verdaderas revoluciones— apoyándose en la burguesía? ¿O es que aún queda candor para esperar que una clase sea capaz de traicionar sus propios intereses por amor al prójimo o por puro idealismo?

Vale la pena recordar que las condiciones objetivas de una revolución social no siempre coinciden y se confunden con las condiciones subjetivas. De ahí que sea erróneo acusar al marxismo de fatalista. El marxismo, al contrario, defiende la necesidad de crear las condiciones sujetivas de la revolución, partiendo naturalmente de las objetivas. En cuanto a España, el hecho de reconocer la función objetivamente revolucionaria de las clases obrera y campesina, no debe hacernos olvidar que por el momento están lejos de darse las condiciones subjetivas que una revolución necesita. Precisamente, se produce a veces la paradoja de que una clase « objetivamente no revolucionaria » parece alcanzar en ocasiones las condiciones subjetivas. Pero el caso no debe despertar falsas ilusiones : la intelectualidad, los estudiantes, la pequeña burguesía, son y serán incapaces de concretar un descontento ocasional en movimiento auténticamente revolucionario. Por más idealismo que pregonen, por más frases líricas que pronuncien en pro de la libertad.

Sé que, al leer esto, la mayor parte de compañeros prorrumpirán en exclamaciones escandalizadas. Hablarán de la fuerza del idealismo, se emocionarán invocando « el poder del espíritu », lanzarán anatemas contra « el vil materialismo ». Pero, tal vez sin darse cuenta, como el personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, seguirán obrando con el convencimiento —afortunadamente, digo yo— de que sólo las clases obrera y campesina pueden impulsar una revolución.

Puede haber —y los hay— idealistas que « traicionan » sus intereses de clase. Hay que felicitarse de ello, y Marx no ignoraba el hecho. Pero esto no es obstáculo para que, al analizar el fenómeno social, se llegue a la conclusión de que, en general, el hombre reacciona en su calidad de individuo perteneciente a una clase. Y, no la olvidemos, tal conclusión, de una evidencia indiscutible, es marxismo puro. Aunque no nos guste. Aunque provoque las protestas de los idealistas que declaman y se enternecen invocando la « bondad innata ». Aunque indigne a los que se conmueven ante la pretendida omnipotencia del ideal. Puede haber idealistas, lo repito —y alegrémonos de que los haya— ; pero la sociedad humana no se mueve por idealismo. Como de costumbre, las excepciones confirman la regla.

Y entonces, ¿qué? ¿Aceptar el marxismo —aclaremos : varias tesis marxistas— obliga a convertirse en stalinista, o en aspirante a diputado, o en « chekista », o en fraile de una iglesia con ritos, oraciones y decálogos que suponen un dogma de fe? Nada de eso. Aceptar la aportación del marxismo significa estar en condiciones de analizar objetivamente —sin prejuicios idealistas ni ilusiones románticas— la realidad social. Para llegar a la consecuencia de que no se pueden hacer revoluciones apoyándose en fuerzas motrices que no son tales, ni en esquemas mentales llenos de buena voluntad pero carentes de realismo.

Si bien se mira, en todo esto hay una buena dosis de sentido común. Sentido común que, por cierto, ha caracterizado en general la actuación de la C.N.T. en sus largos años de lucha en España. Se negaba el marxismo, se consideraba el idealismo como un principio « trascendente » y todopoderoso, se afirmaba que el materialismo era un pecado de lesa majestad, se sostenía que el factor económico era una motivación « inferior »... pero, de hecho, se actuaba de una manera claramente materialista —como así debía ser basándose en la lucha de clases y en la realidad económica para avanzar por el camino revolucionrio.

Si el anarquismo fuera simplemente una teoría kropotkiniana, o si consistiera sólamente en una serie de teorías bakuninistas, aceptar el marxismo supondría, en efecto, una heterodoxia digna de condena. Pero, afortundamente, no es ése el caso. El anarquismo es una síntesis de teorías y aportaciones que exige, ante todo, una actitud abierta y crítica : para asimilar todo lo aprovechable, para acep-

tar las conclusiones positivas de cualquier pensador —sea cual sea su etiqueta—, sin rechazar sistemáticamente lo que pueda venir de « los herejes ».

¿Anarquismo marxista? Tampoco. La posición crítica a que aludía antes significa el rechazo de todo dogma monolítico : tan absurdo —y tan antilibertario— es prosternarse ante Marx como condenarlo tajantemente ; tan necio adorarlo como excomulgarlo.

...Salvo, claro está, que se prefiera seguir aprovechando el pensamiento marxista al mismo tiempo que se lo niega. Que es, al fin de cuentas, lo que los anarquistas hemos venido haciendo hasta ahora.

Edgar-Emilio RODRIGUEZ.

EL NEOMARXISMO Y EL DOGMA

El marxismo, como doctrina económica, filosófica y política, se ha extendido, si no prácticamente sí por lo menos oficialmente, por los cinco continentes. En los círculos intelectuales, en las universidades y, en muchos países, en toda la estructura burocrática del poder estatal, el materialismo histórico de Marx constituye hoy materia de estudio académico y dogma infalible para la explicación y resolución de los complejos problemas de la sociedad.

Poco a poco, el marxismo, ha sido objeto de un reconocimienta de más en más extenso. Escritores, pensadores y políticos de izquierda y de derecha, ateos y creyentes, han comenzado a valorizar las concepciones fundamentales del materialismo histórico y a compaginar sus posiciones políticas y sus creencias filosóficas o religiosas con una afirmación satisfactoria del «marxismo científico».

En España el fenómeno ha tenido, como era de esperar por la persistencia de la dictadura, repercusiones considerables. El régimen consideró necesario declarar al marxismo doctrina oficialmente reprovable, y, con ello aumentó dóblemente su poder de atracción sobre las nuevas generaciones de intelectuales.

En su nombre, liberales y ex-integristas, «revolucionarios» y partidarios de la «reconciliación nacional», y hasta simples novelistas..., descubren hoy su inconformismo político (?) y encubren su pasiva actitud frente a la dictadura.

Quizás, nunca habían sido tan afirmadas las tesis marxistas en libros, periódicos, revistas y declaraciones, como lo son hoy por esta nueva ola de marxistas de izquierda y de derecha que, dentro y fuera del país, pretenden interpretar nuestra realidad, y marcar los caminos para su superación, con los conceptos y esquemas clásicos del marxismo.

Esta renovada inquietud y necesidad de afirmar y afirmarse en las teorías marxistas, que va desde las declaraciones y tesis de un Tierno Galván hasta los intentos de formación de organizaciones (FLP) y grupos políticos disidentes del Partido Comunista —pero reclamándose marxistas auténticos—, coincide, precisamente, con unas circunstancias excepcionales : la aparición, como fuerza, del «tercer mundo» en la escena política internacional ; la instauración de la «sociedad de la abundancia» en muchos países del occidente desarrollado ; la profunda crisis que sacude todos los confines del campo comunista mundial ; y la lenta pero progresiva desintegración moral de la dictadura franquista.

Esta coincidencia de causas tan excepcionales no tendría mayor significado e importancia si no diera lugar, como veremos, a poner en flagrante evidencia y contradicción el dogmatismo y el conformismo de todo lo que hoy se reclama en nuestro país del marxismo de partido y en serias dificultades teóricas y prácticas a los grupos de sinceros marxistas excomulgados.

Veinticinco años de dictadura han impuesto a nuestra vida cultural, política y social, formas de expresión rutinarias y de un formalismo decadente, que no sólo

han paralizado la innovación espiritual sino que han adormecido toda inquietud política popular. El culto del Imperio, de los «valores eternos», de los «maestros» elevados a la categoría de Ídolos del 98, y de sus discípulos oficiales actuales, ha sido el pan nuestro de cada día durante todo este largo período. Todo esto, junto a un clima de terror policíaco que salvaguardaba las sacrosantas tumbas y los altares del culto oficial con un celo político inigualable. La consecuencia de este ambiente, de cementerio espiritual y material, no podía ser otra que el empobrecimiento del espíritu crítico y una tendencia al escapismo formalista-teorizante.

Las convulsiones del mundo exterior han tenido, pues, escasa repercusión en el seno de la sociedad española y, particularmente, en los círculos de intelectuales de izquierda. El escapismo común a estos círculos ha sido —era de esperar— la teorización marxista, con sus ribetes de exaltación folklórica-verbal del castrismo, del benbelismo, etc.

Inconscientemente se ha caído, por repulsión al antimarxismo oficial, en la exaltación simple y pura del «marxismo téorico»; sin detenerse a comprobar la vigencia de las tesis y los esquemas marxistas clásicos a la luz de las recientes experiencias históricas.

Muchos de nuestros intelectuales han pasado, así, de un estado de exaltación dogmática de derecha a uno de izquierda. Todo y combatiendo, en base a un aparente rigorismo científico, los otros dogmatismos de izquierda : principalmente los del liberalismo, que se afirma está demodado, e ignorando consciente o inconscientemente la profunda experiencia revolucionaria del 36 frustrada por el intervencionismo extranjero.

Pero, veamos brevemente —sin pretender minimizar lo que de valía hay en el método de análisis marxista de la sociedad capitalista— los apuros en que se encuentra actualmente una de las tesis clave del materialismo histórico, que los epígonos del marxismo habían elevado a la categoría de dogma : nos referimos, claro está, al papel de la economía como fuerza determinante dentro de las estructuras y la dinámica de las formaciones sociales.

Como todos los movimientos ideológicos de ese género, el marxismo, no sólo se ha dado una doctrina sino que se ha colocado como el resultado final necesario de toda la historia humana, cuya columna vertebral «es la historia económica».

Con un criterio bastante simplista y generalizador, pese a su pretendido rigorismo cientificista, el marxismo afirmaba, como conclusión final del materialismo histórico, que la humanidad había pasado por «cinco modos de producción» : el comunismo primitivo, la esclavitud antigua, el feudalismo medieval, el capitalismo y el socialismo que, finalmente, desembocaría en el comunismo.

Este fatalismo histórico fue llevado a sus límites dogmáticos más extremos por el stalinismo, que lo elevó a la categoría de ley histórica infalible en sus catecismos.

Mientras duró el período staliniano, pocos marxistas se atrevieron, dentro o fuera de Rusia, a poner en discusión este esquema fundamental del materialismo histórico, pese a no desconocer los resultados de serias investigaciones científicas en el dominio de la historia económica, y pese también a que las propias experiencias históricas que se estaban viviendo lo ponían seriamente en tela de juicio.

Actualmente, pasado el terror staliniano —denunciado hoy por todos los marxistas, menos pos los chinos— han comenzado a aparecer obras teóricas (Lukacs, Kosik, Horsch, Gramsci y algún español) en las que se procede a un replanteamiento y a una revisión de las principales tesis del marxismo clásico. Se pretende, y hay que felicitarse de ello, no sólo poner al día la doctrina —al igual como lo está haciendo la Iglesia—, sino superar las flagrantes contradicciones entre las deducciones teóricas y las realidades de la praxis reciente.

Porque ahora, denunciado el despotismo staliniano, resulta difícil de explicar, a la luz del materialismo histórico, que una estructura económica socialista haya podido dar como resultado no el hombre «económico-socialista» —no ya el comunista—, sino el Estado stalinista (todavía no superado, aún tomando en cuenta el

período de «deshielo» Krutcheviano —muy parecido a nuestra «liberalización»—) con sus «nefastas consecuencias» en todos los dominios de la actividad cultural, política y económica, de la sociedad rusa.

Las insuficiencias y deficiencias de los análisis marxistas que, en muchos casos, se han presentado con un dogmatismo tan repelente y negativo como los dogmatismos de las doctrinas idealistas, se han puesto nuevamente en evidencia al interpretar los actuales procesos de descolonización —tan parecidos a los que en su tiempo afrontara la América latina— y de aparición de la «sociedad de la abundancia» en algunas naciones capitalistas superdesarrolladas.

Así, son hoy los propios intelectuales marxistas del occidente —que no están sujetos a presiones oficiales de «Estados marxista»— los que denunciam las exageraciones dogmáticas del marxismo doctrinal.

Nuestros «intelectuales-marxistas» también se han adherido a este movimiento de revisión y renovación del «marxismo de papá» (véase Cuadernos de Ruedo Ibérico y algunas obras incipientes) que ya no se quiere presentar con el fatalismo del materialismo histórico de antaño.

> *Así se dice ahora: «Si examinamos sin prevenciones el materialismo histórico —tal como resulta de los textos de Marx y Engels— debemos reconocer que no se trata de un* materialismo *sino de un verdadero* humanismo, *que pone en el centro de toda consideración y discusión el concepto del hombre. Es un* humanismo realista *(reale Humanismus), como lo llamaron sus propios creadores, que aspira a considerar al hombre en su realidad efectiva y concreta... El marxismo afirma una filosofía activista,* voluntarista, *dinámica, la filosofía de la praxis, que es exactamente lo más opuesto que pueda darse al materialismo, pasivo, mecanicista, estático». (Rodolfo Mandolfo en «El humanismo en Marx».)*

Este esfuerzo por dar al marxismo una más amplia profundidad conceptual, situándolo como un motivo de especulación filosófico-humanista, corresponde, como decíamos antes, al desenlace del proceso de concentración capitalista en los países del occidente desarrollado; en los que se va entrando paulatinamente en la etapa de la «sociedad de la abundacia» capitalista... Todo lo cual va teniendo repercusiones insospechadas en las masas, y, por ende, en las líneas y actitudes políticas de los propios movimientos marxistas de esos países.

El mito de la proletarización —con todos sus atributos revolucionarios— como resultante del proceso de industrialización ha sido completamente abandonado, pues en la práctica el resultado ha sido completamente contrario a los que la teoría marxista había previsto. Agregando a esto la tendencia actual a la estructuración tecnológica que obliga progresivamente a reconceptuar la idea del proletariado y sus aspiraciones, los actuales teóricos del marxismo no han tenido más remedio que hacer una denuncia seria y valiente de los dogmatismos que lo habían estancado como doctrina y praxis social.

La práctica inexistencia o escasa influencia política de los partidos comunistas en los países del mundo occidental —sin que represente gran cosa la existencia de millones de afiliados a estos partidos en Francia e Italia— ha dado origen, junto al pánico en la recaída staliniana, a diversas posiciones y opciones de parte de teóricos destacados del movimiento marxista europeo, que no se resignan a la simple repeticion del dogma. Entre otros el polaco Kalokowski, el húngaro Lukacs y el físico y filósofo alemán (Alemania oriental), Havemann, que defiende, afrontando la persecución policiaca del régimen de Pankow, «la democratización del comunismo».

Havemann se enfrenta a realidades históricas que han evidenciado lo equívoco del dogmatismo marxista (la caída de la república de Weimar y el período stalinista) y concluye: «¡Y todavía hay quien nos dice que, en posesión de las teorías marxistas, se puede prever el curso de la historia como la marcha de un reloj!»

Esta sinceridad y esta inquietud teórica, parece tener, como decíamos antes, una influencia saludable en parte de los jóvenes intelectuales marxistas de nuestro

país, aunque hasta ahora no parecen haber sacado todas las consecuencias lógicas de las transformaciones político-sociales que se han ido operando dentro y fuera de España en este último cuarto de siglo.

Principalmente las derivadas de las prácticas revolucionarias en los procesos de descolonización, que han sido cantadas pero que no han tenido la virtud de estimularles a pasar del estadio de la especulación teorizante al de la praxis revolucionaria, para transformar las realidades objectivas de nuestra sociedad moldeada, por la dictadura, con demasiada impunidad por esta carencia revolucionaria de la izquierda española.

Celebramos, de cualquier modo, el comienzo de la demistificación de los dogmas que habían paralizado hasta ahora la acción de una izquierda que, en lo físico y en lo espiritul, había comenzado a envejecer peligrosamente. Sólo si se acaba con el dogmatismo de uno y otro lado podrá llegarse a una síntesis teórica y a una praxis revolucionaria común a todos los sectores de una izquerda auténtica. Para ello, es necesario repetirlo, no es suficiente con denunciar los excesos dogmáticos, aunque sea ya un buen comienzo :

> *«En esta metafísica de la totalidad ha caído, a veces, el marxismo, lo que le ha valido la severa crítica del positivismo moderno y, más justificadamente, la de Sartre. Pero es sobre todo bajo el stalinismo cuando esa escolástica llega a gangrenar completamente el pensamiento marxista (en su sector comunista), convirtiéndolo en un* catecismo de totalidades *abstractas y anticientíficas que, en vez de derivarse de un análisis científico de los hechos, son a menudo simple emanación justificatoria de las decisiones del Comité Central o, más concretamente, de su secretario general.» (Francisco Fernández-Santos, en «Marxismo como Filosofía». — Cuadernos de Ruedo Ibérico).*
>
> *«Comprendo que, en multitud de casos, los medios para una revolución, para una acción, pueden ser duros, apretados,* pero los medios no pueden deformar el fin propuesto. A partir del momento en que el fin se ve deformado por los medios, hay que decirlo.» *(Sartre, en sus declaraciones a Cuadernos de Ruedo Ibérico).*

Por eso, aplicando la norma a nuestro caso concreto, España, añadimos :

> *«En contra de lo que ingenuamente pudiera suponerse el daño no es privativo de los sectores «liberales». La misma inhibición, el mismo conformismo prosperan en el campo marxista. Contagiados de la prudencia ambiente y el respeto enfermizo a los valores consagrados, los escritores adictos a dicha ideología se limitan en muchos casos al comentario y paráfrasis de los clásicos del materialismo histórico : sus ensayos, por lo general, traslucen un empacho de lecturas mal digeridas y una repetición exhaustiva de las tesis de los maestros, sin ninguna aportación original. En lugar de aplicar la dialéctica del marxismo al análisis de los problemas culturales y estéticos de la actual sociedad española trasplantan mecánicamente a ésta conceptos y esquemas que, cercenados de la realidad histórica y social en que surgieran, resultan infecundos e inoperantes. Desconociendo voluntaria o involuntariamente las perversiones teóricas y practicas del marxismo durante los últimos cincuenta años obran y escriben todavía en 1965 como si la abolición de la propiedad privada de los medios de producción anulara automáticamente la explotación del hombre por el hombre, la distinción entre trabajo enajenado y no-enajenado, las jerarquías y diferencias de clase y de función. Un respeto formal a la letra de la doctrina sustituye el libre examen de ésta. Como entre los «continuadores» del Noventa y Ocho el miedo a la herejía retrae y paraliza la crítica. El espectro de los teólogos e inquisidores oscurece el horizonte. A la postre los ídolos son distintos y la esterilidad idéntica». (Juan Goytisolo, en Cuadernos de R.I.).*

¡Acabemos, todos, con los dogmatismos y el conformismo general de la izquierda que se pretende revolucionaria!

Octavio ALBEROLA.

EL « DIARIO ESPAÑOL » DE KOLTSOV

CRONICA PARCIAL Y ADULTERADA

Desde hace algún tiempo viene observándose una reactualización de la guerra de España en la literatura universal. Aquí y allá aparecen nuevos libros de carácter diverso: novelas, historias generales o parciales y ensayos más o menos enjundiosos. También suelen publicarse traducciones o reediciones de obras ya conocidas, con algunas otras claro es, de que apenas se tenía noticia en los países de lengua española. Entre éstas se encuentra la del periodista soviético Mijail Koltsov, titulada «Diario Español» (1), que apareció en 1938 en edición original (Moscú) y desapareció en seguida de la circulación, recogida y destruida, sin duda pués su autor, aun siendo stalinista obediente, cayó en desgracia y —como casi todos los rusos supervivientes de la experiencia española— fue pronto liquidado.

Tras la muerte de Stalin, rehabilitada la memoria de Koltsov, los trabajos de éste fueron recogidos en una serie de obras completas (tres volúmenes en 1957, y no creo haya aparecido ninguna más); uno de los tomos agrupa las crónicas del «Diario Español». De esta edición, y no de la de 1938, procede la traducción española, detalle del que nos previene la propia editorial diciendo en su presentación que «el acceso a los textos impresos en vida del autor nos ha sido imposible». Tal franqueza sirve, naturalmente, de rechazo anticipado de algunas críticas que, impuestos de la significación del libro, los editores debían prever. Sin embargo, la dificultad de consulta que se aduce, no representa una justificación válida, pués es muy propable que, sin recurrir a Moscú — donde hasta los catálogos son expurgados— pudieran haber resuelto el problema dirigiéndose a alguna biblioteca especializada, si no en Europa occidental, en Estados Unidos.

Queremos creer que, al fijarse en la obra de Koltsov, los editores no han pensado —como con los demás títulos de su ya copioso catálogo— sino en el interés o la curiosidad que para el lector español o hispano-americano podía constituir un testimonio soviético escrito en plena pelea y debido a una pluma que, a través de las crónicas de «Pravda», gozó en aquellos años de cierta notoriedad. Más hay en esas páginas demasiada propaganda, demasiada consigna, demasiado partidismo, en suma demasiado cuento, para que, por nuestra parte, encajemos el golpe y lo pasemos en silencio. Creemos más bien que cabe señalar el abuso, produciéndose, como se produce, so pretexto de objetividad. En lugar de objetividad da la impresión de alineamiento, sobre todo cuando en la presentación, aun admitiendo que el autor «cae en contados momentos de su libro en lugares comunes de la campaña de deformación de ciertos hechos» se ofrece un contrapeso de elogios meramente publicitarios, repetidos y desproporcionados, de donde resulta que el deformador se convierte en «veraz en la narración», «justo en la interpretación» y el libro en «inestimable», «revelador», etc. En verdad, el «Diario Español» es un trabajo destinado al público soviético, escrito dentro de los cánones y para un mundo adoctrinado, es decir, repleto de ditirambos dedicados a los suyos y de ironías o chismes para todos aquellos que, en el campo obrero, antifascista y revolucionario, no se plegaban a las conveniencias stalinianas.

RETOQUE E ITINERARIO DE LA SEGUNDA VERSION.

Añadamos a esas características de la primera forma del «Diario» (ed. 1938), las deformaciones mayores impuestas por la censura post-staliniana, cuyo celo ha logrado transformar en ciertos aspectos la propia historia de la intervención comunista, al extremo de no mencionar personajes españoles tan en boga entonces,

(1) *Ruedo Ibérico, París. Col. «España contemporánea».*

como el Campesino (2) o Jesusín Hernandez (3), y ni siquiera —aunque las Brigadas Internacionales aparecen cada dos por tres— se cita al «amado» dirigente francés y famoso comisario general André Marty. (A este respecto y en descargo de los editores, merece consignarse otra suerte de equilibrio, o sea el haber incluído en el abundante aparato gráfico —con Durruti, García Oliver y hasta Andrés Nin— una foto del Campesino y el facsímil de un cartel que recoge un llamamiento al Ministerio de Instrucción Pública con el nombre de su titular al pie, o sea el censurado Hernández. De Marty, el pobre, si te he visto no me acuerdo.)

Claro queda que, mediando la liquidación del autor, la intención política del «Diario» ne se ha corregido, sino que aumenta, a distancia, el partidismo interpretativo. De todos modos, el libro tiene páginas que se leen con agrado, como una parte de la defensa de Madrid, que es crónica de calidad, y también el paso del autor por Francia durante su segunda excursión al País Vasco. El dinámico corresponsal, con sobrado oficio para hacer ameno el reportaje, tuvo además privilegios que le permitieron correr, visitar frentes, volar e incluso meter la nariz por puestos de mando y centros oficiales. En este sentido, mejor que los testimonios de Hemingway y Fischer, las propias páginas del «Diario» revelan que todas las puertas le estaban abiertas, hasta la de las reuniones ultrasecretas de comandancias u órganos de gobierno (4). En contraste, sin embargo, con la difusión que alcanzaron muchas de las crónicas enviadas por Koltsov a su periódico, frecuentemente reproducidas en países diversos y algunas recogidas en folletos por los comunistas españoles y los psuquistas catalanes —sobre todo aquellas que podían contribuir a caldear el ambiente contra los «incontrolados» y los «trotskistas»—, el «Diario Español» quedó reducido a la difusión, no muy prolongada, dentro de las fronteras de la U.R.S.S. Cuando ya el libro había pasado al olvido, la rehabilitación del autor vino a servirle de publicidad, elevándolo a la altura de un «best-seller» (1957), y como es de rigor, asegurando su lanzamiento triunfal en los países satélites: así pues, la traducción húngara salió de las prensas en 1958 (Budapest), la polaca en 1959 (Varsovia), la checa en 1960 (Praga), la alemana ídem (Berlín-Este), etc.

Faltaba, para completar el éxito, el salto del talón, mas la tarea era un poco complicada para la propaganda oficial, pues hecha la supresión de nombres ayer notorios en las filas comunistas, podía dar motivos a ataques de los adversarios y en particular a reacciones desagradables por parte de los antiguos brigadistas. Este inconveniente dejaría de serlo, o al menos parecería atenuado, en cuanto la crítica ajena al Partido le hiciera un poco el árticulo al «camarada» reivindicado, y en fin vino a cumplir ese deseo, sin duda impensadamente, el socialista italiano Aldo Garosci que en su libro «Gli intelletuali e la guerra de Spagna» dedica a

(2) *Unicamente se le alude: «...el jefe es un hombre de poca talla, chaparro, de fisonomía gitana, espesa barba negra y aspecto atemorizador...» (p. 215). Poca cosa para una figura tan cotizada entonces, que se exhibía en todas las esquinas; los rusos llegaron a honrarla con el sobrenombre de «Chapaiev español», incluyéndola en una selección de estampitas que llevaban las cajas de cerillas.*

(3) *Aparece también por alusión: «El joven ministro de Instrucción Pública (...) ha tomado sobre sí el trabajo político y de enseñanza en el frente y en la retaguardia» (pág. 143).*

(4) *Se pueden citar varios casos, mas bastará uno: hablando del problema de los presos de Madrid y la necesidad de su evacuación (p. 168) da cuenta, como si estuviera en ella —y debía estar—, de una reunión del Comisariado: «Se subrayó —dice— que todos los partidos representados en el Gobierno cargan con la responsabilidad ante el pueblo por haber dejado en Madrid, en un momento peligrosísimo, a una columna de ocho mil hombres, reunida y organizada, en realidad, aunque haya sido en la cárcel, por las propias autoridades de la República. Los comisarios se sobresaltaron. Del Vayo interrumpió la sesión y cruzando el rellano fue a ver al ministro».*

Koltsov todo un capitulo (5). Esta presentación, pues, ilustrada con citas abundantes del «Diario» (citas traducidas por la esposa de Garosci) facilitó en seguida la edición del libro en Italia (1961), edición por cierto menos importante que la efectuada más tarde en español.

CABALLERO EN EL GOBIERNO: UN DICTADOR-BUROCRATA.

El carácter ridículamente propagandístico del libro salta a la vista aún sin hacer una lectura de corrido, pues no importa por donde se abra el volumen pueden encontrarse muestras de ello. Leyéndolo con un poco de detenimiento —y mucha paciencia— se observa la explotación calculada de las consignas que pudiéramos llamar de mayor vigencia, pues sobre tales se remacha el clavo, adáptandolo a todos los últimos sucesos para tratar de demostrar el acierto de la línea general sin tener en cuenta tropiezos y errores del camino, sin confesar —¿para qué?— el más mínimo fracaso. En vez, pues de reflejar lo que se entiende por «frescura», la lozanía de la crónica, o sea la expresión de los hechos conforme se aprecian en el momento en que se producen, esta obra no hace, en su conjunto, más que desfigurar el ambiente e interpretar capciosamente la actuación de unos y otros.

Veamos, por ejemplo, la manera de tratar el caso Largo Caballero, a quien todo el mundo sabe que los comunistas, poco antes de la guerra, le adulaban llamandole «Lenin español», y aun luego, hasta fines del 36 por lo menos (en el Norte me consta que más tarde) le hacían la rosca con cartelones en que exhibían su silueta y encarecían su honradez, su lealtad, su perspicacia... Contra todo eso, que era tema hasta de las coplas de pioneros, Koltsov reacciona. Ya en agosto, apenas comenzada la guerra, siendo Giral presidente del Consejo, el cronista soviético pretende burlarse de Caballero y dice —con cierta razón, mas una razón sobre la que los comunistas habían puesto el velo piadoso— cuanto extrañaba su revolucionarismo cuando «durante decenios ha defendido las posiciones más reformistas y conciliadoras en el movimiento obrero» (p. 58); luego, constituido el primer gobierno de dirección caballerista (en septiembre), acusa al lider de que «hundido por completo en el burocratismo, en los papeles, no deja que nadie obre con iniciativa, no permite que se nombre, sin su consentimiento, ni un solo sargento» (p. 115); llegado el peligro de Madrid «le falta decisión y honradez para explicar al pueblo la catastrófica situación militar» (p. 169) y «teme a la movilización general y espontánea del pueblo» (p. 170).

Por si fuera poco, el reportero ruso cuenta que, ya abandonada la capital por el Gobierno —un gobierno reforzado por los anarquistas—, Caballero, en vez de socorrer a los combatientes, no tuvo más preocupación que la de enviar un mensajero a Miaja para informarle que «al partir no tuvieron tiempo de llevarse consigo la vajilla de mesa y la mantelería» del Ministerio de la Guerra y pedirle que «facilitara el transporte necesario» para el traslado de este material a Valencia

(5) *Garosci ha merecido siempre la mejor simpatía por su actitud consecuentemente antifranquista, y además debe contársele entre los escritores más enterados del problema español. Eso no impide que, como todo el mundo, cometa de vez en cuando algún error. Southworth le ha señalado uno importante, como es el haber presentado en ese estudio a un pronacionalista conocido, H.R. Knickerbocker, con la calificación de «miglior corrispondente che il mondo democratico avesse dalla loro parte». («El mito de la Cruzada de Franco», nota 267.) También es error de bulto el haber reservado tantas páginas de su libro al «Diario» de Koltsov, pues parece, por la extensión, que nos halláramos ante el documento más importante sobre la guerra. Ese fallo de proporciones sólo se explica en Garosci, que suele ser prudente, por dos razones: una, la de que no conocía del «Diario» sino cierto número de páginas, quizá las de narrativa más brillante y menos corrompida por el partidismo, y otra, la de haber tenido que inflar a última hora el libro para alcanzar cierto número de páginas, exigencia ésta que siempre suele perjudicar a la seriedad de un trabajo.*

(p. 216); poco después la crítica sube de tono: «A Largo Caballero le censura todo el mundo;... los papeles de capitalísimo valor operativo militar se acumulan en enormes montones, sin examinar, sin cumplir. Ocurra lo que ocurra, Largo Caballero se acuesta a dormir a las nueve de la noche» (p. 330). Ya, en fin, expulsado del Gobierno —operación política capital del P.C., pues a partir de entonces había de poder nombrar no ya sólo sargentos, sino cuantos cargos militares o civiles le viniera en gana— el nombre de Largo Caballero se substituye en el vocabulario pecista por el de «dictador-burócrata» (p. 412). Vivir para ver.

TROTSKI Y SU BANDA EN LA DANZA.

Al referirse al P.O.U.M. y a los trotskistas, metiéndoles siempre en el mismo saco, Koltsov descubre mejor el apasionamiento de aquellos días de purga o de terror en su tierra, con invenciones de espionaje y sabotaje, que el conocimiento de la corriente poumista desgajada del comunismo, corriente que apenas tenía importancia en España (era de raigambre más bien catalana) y que se le ha dado gran publicidad fuera de las fronteras en virtud de las estupideces que en torno a ella hicieron circular los propios agentes del Kremlin, fácilmente rebatidas, claro está, por las minorías socialistas revolucionarias o la izquierda comunista y trotskista de distintos países.

Nada más, pues, entrado en materia, es decir, llegado a Barcelona el 9 de agosto, Koltsov encuentra que «desempeña un papel de provocación y desmoralizador el P.O.U.M., organismo trotskista» (p. 13) seguidamente recurre al truco de la amalgama, y dice: «Franco tiene en su retaguardia al multimillonario Juan March, a los monjes con aritmómetros bancarios, a la Gestapo, a Trotski con su banda» (p. 41); e indica luego que la sección española del P.C. está dispuesta a terminar con esta gente, de modo que con motivo de un juicio contra varios antiguos colegas, «el Comité Central se ha dirigido al tribunal declarando que para los trotskistas, antiguos miembros del Partido, consideraba deseable, no una atenuación de la sentencia, sino una agravación» (p. 49); más adelante, por boca de Mije —el de los tristes destinos— se divulga la aprobación de la limpieza de «trotskistas y derechistas» en Rusia (p. 212), aviso para los españoles; y luego el mismo Koltsov refiere una investigación efectuada por él en el P.O.U.M. de Madrid, de la que resulta una larga andanada enumerando requisas, saqueos, arbitrariedades y complicidades con el enemigo (p. 311 a 315), vuelve a la carga en la página 350: «por más que los trotskistas se hayan esforzado en difamarle, la idea del Frente Popular se ha justificado»; p. 371: «los provocadores de Trotski aseguran a los trabajadores que no tienen por qué ni para qué batirse, que no tienen casa ni la tendrán nunca»; p. 415 (Dolores dixit): «el putch trotskista de Cataluña tenía por fin romper la unidad proletaria»; p. 425 (ya en plena represión): «por fin (la policía) no ha aguantado más y ha comenzado a eliminar los nidos más importantes del P.O.U.M., ha detenido a los cabecillas trotskistas»; p. 246: «En la organización de espionaje, junto a los miembros de la antigua aristocracia reaccionaria de la Falange española, trabajan los dirigentes del P.O.U.M. Aparte del trabajo de espionaje, se trataba también de preparar para un determinado momento una sublevación armada en las calles de Madrid». Para completar el cuadro se añade al «Diario» una crónica especial de «Pravda» (importantísima, por lo que se verá) que da la noticia del descubrimiento en Barcelona de nuevos nidos fascistas, los cuales (p. 469) distribuían hojas que comenzaban «con la defensa del P.O.U.M. y con ataques contra el Partido Socialista Unificado», y concluían con el grito «Viva el invencible Franco». Ni más ni menos.

DESCUBRIMIENTO E IMPRESIONES DE LA C.N.T. Y LA F.A.I.

Koltsov trata no menos aviesamente, pero con más hipocresía, a los anarquistas. Marrullero siempre, debe tener en cuenta el arraigo, la influencia de los organizaciones libertarias y el valor indiscutible de sus hombres, avezados e infatigables. La realidad de esa fuerza de vanguardia le lleva a interviuvar a dos de sus militantes entonces

de mayor relieve (Durruti y García Oliver), pero no desperdicia la ocasión para lanzar paletadas de cieno o decir memadas que no ridiculizan sino a su propio autor, y de rebote a sus padrinos. Para dar una idea de la ligereza de los comentarios del Koltsov en cuanto a los libertarios se refiere, copiamos la impresión de su entrada en la capital catalana, donde encuentra que: «La C.N.T. y la F.A.I. han abierto sus filas a una enorme masa de gente nueva, en parte obreros atrasados, sin tradiciones revolucionarias, en parte proletariado bajo, sin sentido de clase, o, simplemente malhechores del barrio chino» (p. 13). Soltada la calumnia —nunca más torpe, pues si la C.N.T. y la F.A.I. engordaron así, teniendo, como ya tenían, lo más granado del movimiento obrero, ¿dónde hizo su recluta el P.S.U. catalán, nacido precisamente en esos días?— quiere aliñarla unas lineas más adelante, y dice: «Algunos jefes anarquistas intentan, como pueden, separar la mejor parte y la más organizada de los obreros anarquistas y dirigirlos por los cauces del Frente Popular, de la lucha auténtica contra el fascismo, por ahora es poco lo que logran». Los lectores rusos, como quintos, podían interpretar que quien dió allí la batalla fueron los mismos amigos de Koltsov, es decir, unos cuantos monos a los que apenas se les vió el pelo en las primeras jornadas ¡Quién lo hubiera dicho!

Ya hemos indicado que el periodista stalinista interviuvó a García Oliver y Durruti. Ambos encuentros, aparentemente simpáticos por parte del interviuvador, no tienden sino a burlarse de los interviuvados prestando a sus palabras intenciones equívocas. Del primero («moreno, guapo, con una cicatriz en la cara, cinematográfico, hosco, con una inmensa parabellum al cinto»), dice en conclusión: «Me estrecha la mano y pide que los obreros rusos reciban información verídica acerca de los anarquistas españoles». (¿Qué información? Koltsov, cínico nos lo va a precisar: «¡No es cierto que ayer los anarquistas hayan asaltado las bodegas de Pedro Domecq! ¡No es cierto que los anarquistas se nieguen a entrar en el Gobierno!» [p. 17]). En cuanto a Durruti, la semblanza inicial, entre amable y burlona («se impone a los que le rodean, pero hay en sus ojos algo excesivamente emocional, casi femenino, con una mirada a veces de animal herido. A mí me parece que le falta voluntad»), conduce a presentarnos un tipo incoherente, más charlatán que Fidel Castro («veinte discursos por dia») y cierra el capítulo (p. 32) refiriendo que el mismo Durruti, responsable del más amplio sector del frente de Aragón, hacía obsequios con bonos de Intendencia, y antes de separarse extendió un vale de suministro para el periodista y sus acompañantes, con lo que salieron cargados de vituallas, e inclusive —¡pasmense!— una gallina viva. No se dirá, pues, que el «Diario» descuida las menudencias.

Todos los tipos libertarios que tropieza a continuación el lince de «Pravda» son de folletín; ejemplo: «en los suburbios y alrededores (de Barcelona) hemos encontrado numerosas patrullas, en su mayor parte anarquistas, vestidas con andrajos romanticos; es gente alborotadora, a menudo está achispada» (p. 18). Parece curioso que hasta esa época los comunistas no hubieran descubierto en los anarquistas semejante debilidad; antes, por el contrario, solían reprocharles el perder el tiempo con sus propagandas puritanas contra las tabernas. Pero Koltsov llevaba cristales de aumento: todo lo veía, según las conveniencias, abultado, desmesuradamente abultado: «la mayor parte de las patrullas —dice luego— no tienen poderes de nadie; entre sus miembros hay, sin duda, enemigos y espías» (p. 19). De excursión por Toledo, el «camarada» encuentra «en los viejos puentes, gente vestida al estilo de los bandidos mejicanos, con sombreros de paja terminados en punta, con cintas de seda de color atadas a los fusiles». Y esos hombres, ¿de dónde salían? El viajero solo atestigua que le pusieron en su salvoconducto un sello: «Anarquistas de Toledo C.N.T. - F.A.I.» (p. 78). Se había pensado que el descubrimiento de aquello de las «tribus» era cosa de Comorera, pero no: se le debe, por lo visto, al insigne Koltsov.

LOS ANARQUISTAS EN LOS FRENTES DEL CENTRO.

Si entresacamos del «Diario» los juicios sobre la conducta de los anarquistas en los frentes necesitaremos demasiado espacio, y como, por lo demás, en esos juicios

abundan —es de rigor— las repeticiones, con unos pocos ejemplos bastará para apreciar la buena fé del autor. Pues bien; en Toledo, dos unidades están comprometidas en una tentativa de asalto al Alcazar. Una de tales unidades es comunista; la otra, anarquista. Ha avanzado la primera, claro es, la comunista. ¿Qué hace la segunda? Pues la segunda, «la unidad anarquista no se atreve a subir» (p. 102). La cosa no queda ahí, y Koltsov lo explica en la página siguiente: «Permanecemos echados (los comunistas), pero los refuerzos no llegan. Así nos quedamos largo tiempo y el tiroteo va poco a poco apaciguándose. Llega la hora de la comida. Debajo de nosotros, en el monasterio de Santa Cruz, los anarquistas están comiendo. Detrás, en el Alcazar, encima de nosotros, los fascistas están comiendo. Nosotros estamos solos, muy hambrientos y con una sed espantosa» (p. 103). Otro cuento toledano: «el Alcazar ya estaba libre, los milicianos anarquistas, desmoralizados habían abandonado sus puestos y las barricadas» (p. 108). Y sigue la bola: «ya retiradas las fuerzas hacia Aranjuez, los rojinegros quieren, a todo precio, llegarse a la capital». De pronto el sagaz reportero oye un tiroteo: «Damos la vuelta —dice— hacia ese lugar; un combate encarnizado con carreras por las vías, lanzamiento de granadas, con heridos y muertos en infernal revoltijo. Era que un batallon anarquista, había decidido tomar por asalto el tren para Madrid... ¡Si hubieran combatido así en Toledo!» (p. 111).

A ningún anarquista —¡que yo sepa!— se le ha ocurrido decir que la defensa de Madrid fuera obra exclusiva de las Milicias Confederales. Pero, vamos, nadie puede poner en duda que allí intervinieron milicianos confederales, y que algo —por poco que fuere— debieron contribuir al éxito de aquella gran empresa del pueblo en armas. Leyendo, sin embargo, a Koltsov no se ha visto a los libertarios madrileños por parte alguna, y si se cita, entre varios otros, un nombre confederal, el de Mera, una errata lo desfigura poniendo «Mena». En cuanto a los catalanes de Durruti ¡menuda tropa! «...se han rebañado cañones en toda la ciudad —asegura el ruso— para ponerlos a disposición suya, la aviación republicana ha efectuado dos vuelos sobre las posiciones de los facciosos en la Casa de Campo, los «chatos» han patrullado sobre la columna salvaguardándola de la aviación fascista. Todo ello no ha servido para nada, los anarquistas se han asustado ante un fuego de ametralladora bastante débil y no se han lanzado al ataque» (p. 232), a lo que se añade: «Durruti quería reanudar hoy el ataque en la Casa de Campo, pero mientras su Estado Mayor y sus batallones se ponían de acuerdo en cómo atacarían, los propios facciosos han comenzado a atacar. Los moros han pasado el río y han entrado en la Ciudad Universitaria» (p. 233), y un poco más lejos vuelve a lo mismo: «Durruti está muy abatido por el hecho de que ha sido precisamente su columna la que ha dejado penetrar al enemigo. Pero quiere resarcirse del fracaso con un nuevo ataque, en el mismo lugar en que los anarquistas han fracasado» (p. 238). Luego, muerto Durruti, el oficiante moscovita le bendice: «¡Qué pena, Duruti! Pese a sus errores y extravíos era, sin duda, uno de los hombres más brillantes de Cataluña y de todo el movimiento obrero español» (p. 240). Muy generoso. Mas con Durruti entierra la contribución libertaria de aquellas dos semanas de angustias que vivió Madrid, lo cual, para el lector poco enterado, como el ruso a quien se dirige el «Diario», debía suponer un respiro o un suspiro de alivio, pues milagro parecería para él que, con tanta espantada anarquista, Madrid hubiera podido resistir. Prueba de que no hubo tal, es que el propio Koltsov, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, concede poco después: «Un batallón de anarquistas lucha magníficamente en Villaverde. En cuatro días ha tenido veinte muertos y cincuenta heridos» (p. 254). ¿Un batallón sólo? Pues, sí: uno, y nada más.

MADRID Y SU UNICA PRESENCIA: EL P.C.

Koltsov hace creer, por otra parte, que el artífice de la defensa fue —va de suyo— el Partido Comunista, creador del Quinto Regimiento, en el que se reunían «los mejores proletarios madrileños, los más arrojados», que se convirtieron en los «primeros soldados y los más firmes del ejército antifascista» (p. 89). Eso del

Quinto (con el quinto, quinto) se ha explotado mucho, pues ya es sabido que todo visitante de marca que caía por Madrid en los primeros meses de guerra, era conducido a los cuarteles de esa brillante unidad, en cuya plana mayor había hábiles intérpretes encargados de dorar la píldora de su disciplina, combatividad, etc. No es, pues extraño que el reportero ruso, encandilado, alabe en distintas ocasiones la obra del Quinto y pierda al fin el sentido de la medida. Lo mismo, exactamente lo mismo, ocurre en cuanto se refiere a las labores de ayuda, obra también exclusiva del Partido, que, por su cuenta y riesgo, «reune fuerzas y recursos para la defensa de Madrid» (p. 70); «trabaja magníficamente» y «es el único (partido u organización) cuya presencia se nota en Madrid» (p. 211). Más aún Largo Caballero decidió evacuar la capital, «solo los comunistas querían quedarse» (p. 184), y cuando se trataba de constituir la Junta Delegada, resulta que todos los designados para formar parte de ella «habían abandonado la capital sin autorización, excepción hecha del comunista Mije» (p. 190). Eso se llama valentía, y lo demás...

Pero a pesar de repetir el elogio o la especulación sobre el propósito comunista de mantenerse en Madrid, mientras todos, todos huían, Koltsov ve con desagrado que alguien, sin ser sus compinches, tratara de cerrar el paso a los fugitivos o desertores. Y escribe al efecto, en la página 200: «Resulta que ayer retuvieron a algunos destacados funcionarios de los altos organismos oficiales, se burlaron de ellos y por poco los fusilan». Claro, como quien efectuaba esa operación de control en la carretera de Valencia era, porque tenía a su cargo el frente inmediato, una unidad confederal, Koltsov vuelve a abrir la espita de los denuestos contra los anarquistas: nada ni nadie debe desteñir la gloria comunista de la defensa de Madrid. Es más, conociendo a su público, Koltsov recurre —cuando no le basta la letanía de que los comunistas lo hicieron todo— a coplillas publicitarias de este estilo: «fue la proyección de una película soviética lo que infundió al pueblo madrileño la valerosidad y el tesón en el combate».

PASEO POR LAS PROVINCIAS NORTEÑAS.

Aparte de Aragón, donde los anarquistas dominaban la situación, pero, naturalmente, se tumbaban a la bartola —otra calumnia comunista que ha rodado por el mundo con la complicidad de ciertos políticos oportunistas o de sacristanes seudoprogresistas— en las demás regiones ocurría, al decir de Koltsov, lo mismo que en el centro. Fue, por ejemplo, a Asturias, y dice: «Los comunistas, en la situación de guerra, se han situado en el primer plano, mas el Comité (provincial) procura no destacarlo, no quiere desplazar de la dirección de esta zona a los socialistas... Anarquistas, aquí, hay muy pocos» (p. 127). Aunque parezca mentira, eso se dice en Gijón, no en las Batuecas, en octubre de 1936. Es curiosa la ignorancia del corresponsal respecto a la presencia anarquista, notoriamente predominante —si no en toda Asturias— en esa ciudad, y decimos que es curiosa porque en otros sitios desorbita presencias de menor consideración o simplemente ridículas, como es el caso hablando de Santander, donde dice: «por las aceras nos cruzamos con una cantidad enorme de público burgués, de hosco aspecto; muchos —precisa— llevan perros de la cadenita» (p. 125). ¿No habrá confundido Santander con Berna? Pero volvamos, aunque sólo sea un instante, a Asturias: allí, «liquidados los dueños de las fábricas y de la industria minera, la autoridad local —dice— se ha preocupado y, a la vez, ha socializado la industria pequeña artesana y el pequeño comercio, todo, poco menos que hasta los limpiabotas». ¿Cómo —preguntará el lector— se hizo eso? Koltsov no suelta prenda: con haber dicho que sus colegas se situaron en el primer plano, sobran las explicaciones. Mas, la verdad, es que en cuanto se hizo en Asturias apenas intervinieron los comunistas, a los que precisamente en esta región, antes y mejor que en las demás, socialistas y anarquistas los habían puesto en cuarentena.

Pasando después a Bilbao, Koltsov vuelve a sus enfermizos sueños, asegurándonos que «los batallones comunistas de la milicia popular desempeñan aquí aproximadamente el mismo papel que el Quinto Regimiento en el frente central.

Son reconocidos como batallones modelo por su disciplina, por su capacidad militar y por su intervención en los combates» (p. 140); a lo que añade: «Los obreros católicos ingresan ahora en el Partido Comunista porque éste, rectificando sus antiguos errores, apoya el sentimiento nacional de los vascos contra el españolismo de gran potencia de la altanera nobleza» (p. 140). Esta estampa idílica no responde a la verdad nada más que en un aspecto, o sea en el cambio de veleta comunista después de la proclamación del Estatuto, pues como lo nacionalista parecía más rentable que la lucha de clases de los buenos tiempos de Perezagua, el Partido se quiso hacer una base popular conquistando obreros despistados y casheros.

Pero el contento con que registra Koltsov esa nueva línea se convierte en agria impresión cuando hace su segundo viaje a Euzkadi (junio de 1937), pues resulta que todo lo encuentra descompuesto, incluído el tinglado del Partido. Como siempre hace falta una cabeza de turco para salvar la gloria de la secta, Koltsov culpa de los disparates pecistas de Euzkadi a Astigarrabía, secretario del Partido, que, pasado de rosca, «obra en dictador», se mantiene «inaccesible respecto al Comité Central de Valencia» y «ha salido con la teoriíta de que el Partido de los Vascos no es una parte del Partido Comunista Español, sino que mantiene fraternales relaciones, es decir, posee frente a él derechos iguales e independientes» (p. 397). Si bien era sabido que ya en los años de la guerra había conflicto de dirección con el secretariado vasco —más digno en esto, a pesar de todo, que el equipo de Comorera—, el comentario de Koltsov parece lo que en la jerga teatral se llama «morcilla», pues cuesta creer que, sin haber mediado aún la expulsión de Astigarrabía —o al menos hecha pública su condena— un periodista fuera tan lejos en la crítica del correligionario. De todos modos, escrita por Koltsov para la edición de 1938 o añadida luego por cualquier amanuense, el censor no ha reparado en la brutal contradicción que, entre dos fechas, el «Diario» nos ofrece; lo que confirma, de un lado, que el vasquismo de los comunistas no pasó de recurso proselitista de circunstancias, y de otro lado, que su cacareada influencia era simple espejismo.

GUADALAJARA: OTRA FACTURA INJUSTIFICADA.

Otra deformación grosera, a más no poder, es la de la batalla de Guadalajara, pues leyendo a Koltsov parece que, sin comunistas ni «internacionales», los italianos del otro lado hubieran llegado de paseo hasta el corazón de Madrid. Esa falsificación, explotada también a caño abierto por muchos comentaristas extranjeros que no vieron España más que por un agujero, y que aún hacen daño —el film de Rossif «Mourir à Madrid» adolece, entre otros, del defecto de haber utilizado sin tino esas fuentes tendenciosas— es una de las más repugnantes de la guerra civil.

Pues bien, Koltsov, eludiendo toda mención de las distintas unidades, grandes o pequeñas, que, sin estar bajo mando comunista, intervinieron en la batalla, abusa de citas referentes a sus amigos, héroes entre los héroes, aunque no hubieran visto al enemigo sino con catalejo y cuando ya corría en desbandada por tierras de la Alcarria. Como justificación, pues, de sus amigos españoles, relata, por ejemplo, una ceremonia: «El jefe de División Enrique Líster y el comisario Carlos (que no era español), en el frente, han entregado en persona al general Miaja la bandera fascista italiana capturada a una de las unidades mandadas para conquistar Madrid» (p. 358), y para que se vea que los «internacionales» pusieron el resto nos cuenta una visita al puesto de mando de Lukács, de quien recoge estas palabras: «Les hemos dado una zurra. Como a unos Jaimitos. Y aún les daremos otras» (p. 362).

Mera y los demás peleones de trinchera no aparecen en ceremonias ni tienen nada que contar. Koltsov les impone esta discreción, con lo que, naturalmente, puede pensarse —debe pensarlo el lector no iniciado en el estudio de la guerra civil— que estaban sesteando, o templando la guitarra, o borrachos perdidos, o repartiéndose gallinas; cualquier cosa menos que se hubieran roto el pecho persiguiendo a las huestes de Bergonzoli. Así se escribe la historia.

DISTRIBUCION DE ELOGIOS.

Llama también la atención la forma en que, a lo largo del libro, se distribuyen los elogios o las críticas respecto a los militares profesionales que quedaron en el campo republicano. Como ello responde —huelga decirlo— al grado de sumisión que se observara para con el Partido, la palma de los parabienes se la lleva, más que Miaja, Vicente Rojo, y la carga mayor de imprecaciones Asensio. De Rojo no cabe poner en duda sus méritos, pero no sólo ellos, desde luego, le abrieron el camino hacia la cumbre de la jerarquía militar republicana, sino también y sobre todo la bendición pecista. Koltsov influyó en ello, y se jacta, por cierto, de haber sido el descubridor del jefe: exhibió su silueta en «Pravda» y luego, deslumbrados, dedicáronle columnas y más columnas los colegas españoles; picaron en seguida en el anzuelo los socialistas anticaballeristas y todo fue luego coser y cantar.

De los políticos, lo que principalmente parece haber preocupado a Koltsov es la reproducción de las frases tontas que por cualquier motivo se pronunciaban aquí o allá, en una revista o en una conmemoración, a favor del P.C. o de la Unión Soviética. De ahí la simpatía evidente con que es citado Alvarez del Vayo, y la más o menos fingida que se reserva a Giral, Azaña, Aguirre, etc. Con esto se iba dando el timo, en Rusia, como si de arriba abajo, toda España (excluido el anarquismo y el trotskismo) estuvieran en la línea. Pero la gran rifa de adjetivos entusiastas —culto de la personalidad sin tasa— es exclusiva del equipo dirigente: cien veces, por lo menos, sale a relucir la Pasionaria —en los frentes, en la tribuna, en su despacho, en los talleres, hasta... en una corrida de toros en que se le brinda un bicho (p. 51)—, y luego, en segundo plano, Pepe Díaz, vehemente y triunfante, que «a todo infunde seguridad, a todos llena el alma de gozo» (p. 46). Los demás, siempre y cuando las circunstancias les hubieran llevado a pintar algo —pero luego no descarrilaran, como el Campesino, Hernández o Castro— tienen su parrafito medido, racionado.

AYUDA Y ESTAMPA DE PAIS SUBDESARROLLADO.

El «Diario» se infla, además, con referencias a la ayuda que el pueblo ruso dispensaba a la España antifascista. Precisamente por ahí comienza el libro: «En seis días —dice— las colectas... han alcanzado la suma de doce millones ciento cuarenta mil rublos» (p. 4). Sin duda fue así. Nuestro amigo Martín Gudell comprobó durante su visita a la U.R.S.S. la generosidad de los obreros rusos, que con sus donativos costeaban barcos enteros de víveres; él asistió a colectas destinadas a un barco determinado, mas ¿cuál no había de ser su sorpresa cuando, de retorno a España, le tocó a él mismo verificar facturas de suministros soviéticos, entre las cuales se hallaban las correspondientes al barco aludido? El gobierno «proletario» se hacía, pues, pagar por partida doble (6). Koltsov, claro está, no tenía porqué saber esas cosas, y si las sabía no vamos a caer en la inocencia de esperar que las contara. Su cometido era el de la propaganda, y por ello nos hablaba de cartas entusiastas, como las de las obreras de la fábrica Triof Gor (Tres Montañas) (p. 85), y recordaba posiciones oficiales, como la adoptada por el jefe supremo, el padrecito Stalin (su propio verdugo), al dirigir a Pepe Díaz aquel famoso telegrama en que se refería a la «causa de la humanidad avanzada y progresiva», y que en España produjo «una impresión enorme» (p. 141). Añadamos el relato de los festejos que se organizaban cuando llegaba un barco soviético, en cuanto se aproximaba una conmemoración —con arcos de triunfo y todo— y tendremos una nueva demostración de la intoxicación propagandística del libro.

Falta citar que, como la mayoría de los visitantes extranjeros de aquellos días, Koltsov ve España algo así como lo que hoy suele llamarse «país subdesarrollado»,

(6) *El dato, con muchos otros no menos sabrosos, figura en el libro titulado «Lo que oí en Rusia», que debe estar agotado desde hace varios años. Se ha publicado una edición en sueco. Es lástima que no se haya hecho una divulgación mayor del texto español.*

de modo que, aun sin querer, deja traslucir cierto menosprecio. Habla, pues, por no callar, de la improvisación, la rutina, la ociosidad, el atraso y todo eso porque va a poner un telegrama en Barcelona y le hacen danzar de un lado para otro, le aburren (p. 33); repetido el caso en Madrid, se solivianta —como si no ocurriera igual en cualquier otro lugar del mundo, sin duda en Rusia mismo— y por su intervención —lo que le honra poco— se expulsa del trabajo «a dos individuos culpables de lo ocurrido» (p. 149); asiste a la llegada de un barco soviético (p. 107) y ¡qué país! los encargados de la recepción «no se han preocupado de preparar vagones frigoríficos para el transporte de la mantequilla» (p. 107). Así un montón de chirigotas. Mas donde desborda de modo especial es al contar sus impresiones de Barcelona (¡si aún se tratara de Bilbao!), nada más llegar, donde encuentra que corre el alcohol y se bebe mucho vino: «lo beben —dice— hasta los niños más pequeños, lo beben como parte de la comida; los obreros, empujándose ante las baras de los bares, además del vino sorben a vasitos mezclas tóxicas, aperitivos malolientes de botellas con etiquetas chillonas» (p. 14). Patina igual cuando generaliza sobre el sometimiento de la mujer y describe «el sofocante encierro de la casa-cárcel (p. 86). No vale la pena alargar la cita de tal suerte de lucubraciones.

IRONIAS DEL DESTINO.

Sin referirnos a la utilización que el Partido Comunista hizo de los pobres universitarios e intelectuales que, por miedo o por necesidad, se dejaban acariciar y pasaban a ser controlados por los servicios especializados, hemos de hacer notar, con pena, que el «Diario», mejor que todas las críticas de los adversarios de la España republicana, descubre los manejos que se hacían tras el telón del Congreso de Escritores celebrado en Valencia en 1937. Aquella reunión costeada por el gobierno, pero preparada y dirigida por los activistas del Partido, degeneró, pese a la presencia de no pocos hombres valiosísimos e independientes, en un vulgarísimo acto de propaganda ursiana. El mismo Koltsov, que además de ser uno de los organizadores, presidía la delegación soviética, ni siquiera trata de ocultar la deformación, pues se ve que identificaba la causa republicana con los intereses rusos, y su proprio discurso, más que la defensa de la cultura que representaba el pueblo español en armas contra el fascismo internacional, fue una repitición consumada de los temas publicitarios del Kremlin, con soflamas antitrotskistas que no venía a cuento y con denuestos estereotipados contra los arrepentidos del comunismo, especialmente contra Gide. Varios delegados siguieron el mismo guión (e incluso un español que podía merecer mejor consideración si no hubiera repetido tantas veces sus adulaciones serviles—; y Gide, aun siendo antifranquista, fue condenado por la publicación, en aquellos días, de su libro «Retour de l'U.R.S.S.».

En resumen, el «Diario» de Mijail Koltsov es todo lo contrario de lo que han pretendido sus editores españoles. Aparte de una treintena de páginas escritas con elevación y dignas, sin duda, de una antología de reportajes de guerra, es un libro farragoso, sectario, rematadamente malo. No se justifica siquiera su edición como testimonio comunista, puesto que —ya lo hemos dicho— está capado, adulterado, falsificado. Si se deseaba únicamente honrar la memoria de un soviético que estuvo en España y fue víctima de Stalin, debió haberse escogido —si lo hubiera— un texto que explicara la causa real de la desgracia, porque lo que es ese «Diario» de encargo no pudo influir en modo alguno. Está demostrado que el corresponsal ruso marcaba el paso y seguía al dedillo el pliego de consignas, especialmente en lo referente a la lucha antitrotskista (7), luego cabe preguntar ¿qué se le achacaba para pronunciar su ejecución? Si se tratara de una inmoralidad cualquiera, es provable

(7) *En España, además de la reproducción de muchas de sus crónicas sobre el tema —a veces en media docena de periódicos el mismo día— se le publicó en 1937, en Barcelona, el folleto «Pruebas de la Traición Trotskista», editado también en catalán.*

que nadie se hubiese preocupado de rehabilitaciones de ninguna especie, y puede suponerse —el fenómeno se ha puesto de relieve en distintos procesos del último período stalinista, pero en las democracias populares— que, influido por el recuerdo de España, Koltsov hubiera expresado en algún momento reacciones de independencia; es decir, que el hecho de haber sido testigo de las intrigas y miserias impuestas por la razón de Estado le hubiese impulsado de manera más decente que a otros (Ilya Ehrenbourg, por ejemplo) y en su reflexión comprendiera mejor el afán de libertad y emancipación que animaba al pueblo español, sintiéndose así —como tantos extranjeros comunistas— menos sumiso, menos instrumento y un poco más persona; un poco más cerca, por consiguiente, de los anarquistas a quienes reitaradamente había difamado.

No pretendemos que se nos acepte la hipótesis, aun cuando valga tanto como otra cualquiera, pero sí podemos decir que si la rehabilitación de la persona implicaba en Rusia —cosa natural— la rehabilitación de la obra, el hacerlo igual en español carece de sentido o constituye un descaro. Mucho mejor hubiera sido olvidar el pecado; es decir, no haber tomado en consideración ese «Diario» alineado y vergonzante de los días de euforia stalinista. No se ha hecho; pues que cada palo aguante su vela.

Cristóbal BARCENA.

RUSIA 1965

«Moscú, 13 enero. — Los diarios Izvestia han confirmado el miércoles por la noche la detención de los escritores Siniavski y Daniel. El artículo, extremadamente violento, deja preveer la abertura próxima del proceso contra los dos escritores detenidos en el otoño último. Pero nada permite aún concluir que este proceso será público, como lo piden numerosos intelectuales. Hay que recordar a este propósito que los estudiantes que distribuían octavillas pidiendo la publicidad del proceso fueron, hace algunas semanas, dispersados por la policía que detuvo a varios de ellos. Parece que la emoción suscitada en el seno de la «intelligenzia» soviética y en el extranjero ha sido suficientemente grande para obligar a los funcionarios de las letras soviéticas a revelar un asunto que ellos habrían preferido cubrir con el silencio. »

«El artículo de Izvestia es más que una requisitoria. Su autor, Eremine, escritor de segundo plano, premio Stalin, actual secretario general de la Unión de Escritores de Moscú, pronuncia en él prácticamente la condena de los «dos renegados», que no tienen ni siquiera derecho a las «circunstancias atenuantes», ni a «la clemencia». Los escritores Siniavski y Daniel, al hacer publicar en el extranjero, bajo los seudónimos de Tertz y Arjak, «calumnias sobre su patria, sobre el partido comunista y sobre el sistema soviético », son juzgados entonces por sus obras: «Verdaderos testimonios de una total desviación moral, son páginas llenas de basura y deshechos...»

«(...) Le Fouquier-Tinville de las letras soviéticas concluye : «Sus obras son en realidad balas tiradas contra la espalda de un pueblo que lucha por la paz, por el bienestar universal... Su actividad es hostil a su patria...»

(De la nota de prensa publicada en Le Monde del 14 de enero de 1965.)

La crisis del campo español

SEGUNDA PARTE

LA Restauración borbónica, con ligeras variantes, se prolonga hasta 1931. El programa agrario de las oligarquías en el poder fue estrecho y limitado: conservar sus privilegios y limitar toda expansión industrial que pusiera en peligro sus intereses. Toda su política estaba centrada en proteger los cereales y el olivo, inclusive en detrimento de los demás productos del campo.

No faltaron, hacia principios de siglo, los proyectos, contraproyectos y las consecutivas enmiendas a los proyectos; no faltaron tampoco las lanzas oratorias en los escaños del Parlamento, ni la diatribas en las columnas de la prensa. Todo ello fue ineficaz ante el muro de indiferencia de los terratenientes encerrados en su caciquil estulticia. El republicanismo, maltrecho de sus primeras experiencias gubernamentales, trata de agrupar en torno suyo las balbuciantes clases medias ausentes de la escena política española. Joaquín Costa fue uno de sus máximes representantes y quizás el hombre más dinámico e intrépido del siglo XX. Costa veía en la sequía de nuestro suelo el mayor peligro para la agricultura, pensaba que el deber de toda administración pública era regar el máxime de territorio. A tal efecto propugnó la creación de un Ministerio de las Aguas. Su ahinco e infatigable espíritu batallador consiguió crear la Unión Nacional y la Cámara Agrícola del Alto Aragón, a través de las cuales se manifestaba su pensamiento político y su afán de reformas. Definió su política hidráulica como la «expresión sublimada de la política económica de la nación». El pensamiento conjunto de Costa y Macías Picavea logró concretizarse en una obra oficial: «El Plan de obras Hidráulicas», dirigido por un grupo de ingenieros en los cuales destaca Ortega y Gasset, padre del insigne ensayista José Ortega y Gasset. Refiriéndose a esta época dice Madariaga en su «España»: «La tendencia general con la labor realizada en relación con la propiedad de la tierra es más bien hacia el estudio y la preparación que hacia la ejecución y legislación, que suelen ser mediocres. Ello se debe, en parte, a la influencia política de los propietarios de la tierra y en parte a la inestabilidad de la política española».

Las reformas preconizadas por Joaquín Costa no lograron aplicarse. Este quiso expresar el pensamiento y los intereses de la clase media, y a ésta —cual sus predecesores en el siglo XIX— le faltó fuerza y dinamismo. Toda la política española se resentirá de la ausencia de las clases medias: ese «macizo de la raza» que sólo reacciona cuando sus intereses están en peligro de muerte. Salvo una mínima parte, en el momento de las opciones decisivas, ésta se lanzará a los brazos de las derechas.

La bandera de las reformas y de la revolución mantenida enhiesta hasta entonces por el republicanismo pasará a manos de la clase obrera, que con los primeros años del siglo empieza su carrera política y revolucionaria. Costa expresó como nadie los deseos de progreso social y material fulminando contra el espíritu aventurero y militar y la «España de carnaval vestida». Hay que echar doble llave al sepulcro del Cid» y suya es también la frase no menos expresiva de todo un programa social «Escuela y Despensa».

Antes de proseguir más adelante será necesario destacar los dos factores principales que han entorpecido el desarrollo del campo español. Por una parte tenemos

las estructuras político-históricas que han mantenido el latidifundio en tierras de Extremadura, Andalucía y gran parte de Castilla, y el minifundio en Galicia donde la parcelación de la tierra ha mantenido a la agricultura en un estado de explotación primitiva. Y el otro factor es la constitución del suelo español. España es pobre. Y como la pobreza ruboriza un falso sentido del amor patrio, se empeña en mantener una visión paradisiaca del semidesierto que es nuestro país. Harta conocida es la obra de Mallada la cual clasifica el suelo español de esta suerte: el 10 por ciento del territorio son rocas peladas, 35 por ciento de terrenos poco productivos, 45 por ciento de terrenos medianamente productivos y un 10 por ciento que nos hace suponer que hemos nacido en un país previlegiado. Esta tesis ha formado escuela y la aceptan historiadores como Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga, ensayista como Unamuno y Ortega, economistas tales como Ramón Tamames y geógrafos como Emilio Huguet del Villar el cual llegó a conclusiones similares en su obra el Valor Geográfico de España publicada en 1921. Ramón de Tamames en su libro Estructuras Económicas de España (1960) dice textualmente: «desde el punto de vista agrónomo la tierra de España es de calidad mala o mediocre.» Mas explícito y categórico es Sánchez Albornoz cuando escribe «el hambre de los españoles ha contribuido a forjar su idiosincracia» y no se hable de la sobriedad hispana, miseria y no sobriedad se exclama indignado Albornoz. (España un Enigma Histórico).

Empero, esta constatación objetiva de la pobreza del suelo español, en forma alguna puede justificar el atraso de nuestra agricultura ni la miseria del campesinado, tampoco se pueden justificar en última instancia las estructuras actuales que son la causa, posiblemente la principal, de nuestro atraso agrario. La función del hombre, por su actuación política y social consiste en modificar las estructuras ineficaces por otras más justas y eficaces.

Para que el lector pueda percatarse de cual era el nivel de vida de los campesinos, oigamos la voz autorizada de un testigo ocular; Gerald Brenan. En la parte de España, escribe el autor británico en su Laberinto Español, —que había sido catastrata hasta 1929, de 1.026.412 propietarios o colonos que pagaban impuestos 847.548 ganaban al día menos de una peseta. En una provincia típica de Castilla, como es la de Avila, de 13.530 contribuyentes 11.452 tenían unos ingresos diarios inferiores a una peseta, y sólamente 320 por encima de un duro. Tales cifras muestran el grado de pobreza, concluye Brenan, en que viven.

En 1930, solo en Andalucía, había 200.000 jornaleros desempleados la mayor parte del año. Otro economista extranjero nos ha dejado el testimonio siguiente: «Visitando en 1935 una granja experimental dedicada a la cría de cerdos en una zona escondida de Andalucía, destacaba en la obscuridad, a un extremo del edificio, el resplandor de un fuego. Me acerqué allá y encontré a toda una familia de labriegos en cuclillas en torno a un hogar alimentado con ramas verdes que despedían tan áspero humo que apenas se podía respirar. Aquella maloliente inmundicia contrastaba con las bien fregadas pocilgas que acababa de ver. A mis preguntas contestó una mujer vieja.» Sí, aquí vivimos, peor que los cerdos». A lo cual el propietario que me acompañaba respondió indignado. «Estáis debajo techo. ¿Qué más queréis?».

La situación del campesinado era tan agobiadora que aceptó con júbilo la huída desesperada de Alfonso XIII. Quienes durante siglos habían esperado impacientemente su redención, creyeron que la República sería algo así como el Mesias que daría solución a sus problemas. Hoy, las cándidas ilusiones puestas en la República, nos hacen sonreir, por no decir bostezar. No queremos negar las buenas intenciones de los reformadores republicanos. Posiblemente jamás ya, logre el republicanismo español poseer el núcleo de hombres de tan altas cualidades. Tanto en su formación política, como en sus concepciones humanistas, fueron la expresión más ilustrada de las clase media. Pero las reformas no sólo se logran con las buenas intenciones. Querer mantener en equilibrio a la sociedad española totalmente divorciada por intereses irreconciliables, era obra de romanos, que ninguna de las clases

en pugna estaba dispuesta a aceptar. Es inegable las buenas disposiciones de la República para con el problema agrario. Algo intentó. Pero, ¿las reformas propugnadas por la República podían dar satisfacción al labriego español?. Antes de responder a esta pregunta, de capital interés, para enjuiciar la obra reformadora de la República, será pertinente echar un vistazo a las estructuras del campo y en particular a las formas de propiedad.

La situación de la aristocracia terrateniente contrasta escandalosamente con la del labriego. Sí, en la provincia de Avila, la renta media del campesino es de una peseta, la renta de los terratenientes extremeños es de 18.000. Los dos grandes propietarios de Badajoz acaparan el 60 por ciento de la renta agrícola. En la Mancha, 2.132 señores poseen el 34,46 por ciento de la renta territorial. En Sevilla el 5 por ciento de los terratenientes se embolsan el 72 por ciento de los ingresos de la provincia. Ni que decir tiene que éstas fuentes de ingresos corresponden a la posesión territorial. En la Mancha el 28,81 por ciento del territorio engloba fincas superiores a las 500 hectáreas. En Extremadura las fincas mayores de 500 hectáreas suman el 19,31 por ciento. Granada cuenta propiedades superiores a las 5.000 hectáreas, este género de fincas abundan en las provincias de Jaén, Sevilla, Cádiz. Con razón se ha dicho, que España es el país de los contrastes. Por un lado tenemos grandes extensiones de terrenos en manos de un solo propietario por el otro Galicia y su minifundio donde el término medio es de menos de una hectárea.

Ante esta configuración del campo español donde reina con mano ferrea la avaricia del oligarca se puede admitir que éste aceptara cualquier reforma por mínima que fuera, que pusiera en peligro sus privilegios seculares? Apartados momentaneamente del escenario político con el advenimiento de la República, los oligarcas en pocos meses reaccionarán violentamente contra las moderadas reformas que atacaban sus bienes pero dejaban en pies las estructuras que las sustentaban. Las loas cantadas a una República que se impuso incruentamente, cara las pagaría todo el pueblo español. Las revoluciones de gabinete a la larga resultan más cruentas que las callejeras. La República en su afán de colmar las justas exigencias de los campesinos, trato de realizar una reforma agraria sin perjudicar en su esencia los bienes del latidifundio. Una vez más el liberalismo español nacía tarde.

La reacción oligárquica se expresaba en dos corrientes políticas, que podriamos definir de izquierda la una de derecha la otra, sin que estos términos quieran expresar en este caso políticas radicalmente opuestas. «El Debate» era el portavoz de la primera, expresión directa de la Iglesia en los asuntos políticos cuya orientación tenía el beneplácito de la Santa Sede, Gil Robles Abogado y gran propietario terrateniente era, uno de sus pro-hombres. La finalidad de este grupo en el que hallamos convencidos monárquicos pasados al campo republicano como son Alcalá Zamora y Maura, su finalidad es, repetimos, adaptarse a las nuevas circunstancias republicanas y evitar desde dentro del sistema toda revolución. Para esta corriente, caída la Monarquía lo que interesaba era conservar sus privilegios. La otra corriente, la derechista tiene su portavoz en «ABC» fundado por el Marqués Torcuato Luca de Tena, y es la expresión de la aristocracia olivarera andaluza. Aristocracia de sangre considera necesario conservar al rey por aquello de que muerto el rey se terminó la aristocracia. Estos, que hasta entonces llevaron una vida parasitaria en la corte, totalmente despreocupados por los asuntos políticos desarrollaron una intensa actividad subversiva. Eran partidarios de la lucha violenta contra el régimen de abril y no cejaron hasta que lograron arrastrar a toda la nación a la lucha fratricida de 1936.

La República se proclamó el 14 de Abril de 1931, y en el parlamento se dijo que la reforma agraria quedaría promulgada en septiembre. Se expropiaría a los grandes terratenientes unos miles de hectáreas y se les indemnizaría por su valor total con

(Continúa en la pág. siguiente.)

Concepción Libertaria de la Historia

NO negaremos la importancia, con frecuencia dominante, de los acontecimientos y de los hechos políticos. El Estado y el gobierno han jugado en la Historia un cometido que siempre hemos tenido interés en poner de relieve: un cometido en muchas ocasiones determinante en la organización, la vida y el desarrollo de las sociedades. Este cometido, lo hemos visto, generalmente es más negativo que positivo, he aqui la razón por la cual es dóblemente lamentable que sea dominante, pues bajo las estructuras de administración autoritarias y de dominación gubernamentales, los elementos se encuentran dominados. Elementos que constituyen la infraestructura, la base, la vida real de los pueblos.

Esto es lo que nos dicen los partidarios de la escuela marxista cuando nos recuerdan la existencia de los hechos económicos, los cuales aunque menos visibles o aparentes para el observador superficial, no dejan de tener por ello una importancia primordial. Mas lo que es una verdad parcial, y cuan importante, que reconocemos y que Proudhon había señalado antes que Marx, se convierte en error cuando se erige en verdad universal y total. Se puede oponer a la interpretación económica de la Historia la interpretación politico-autoritaria; demostrar con muchísimos ejemplos, como el hecho gubernamental y estatal, el hecho político, empezando por el hecho de la guerra, ha determinado con harta frecuencia el hecho económico. Hay acciones y reacciones diversas según las circunstancias, los períodos de desarrollo o de decadencia de los pueblos y las naciones. Roma se derrumbó económicamente a consecuencia de la política de guerra y de conquista que durante siglos la corrompió, pervirtió, envileció, y la condujo a la centralización estatal, arruinando

---

(Viene de la pág. anterior)

papel de Estado, a un alto tipo de interés. La aristocracia no soportó más y en Agosto lanzó su primer ataque. Sanjurjo blandió su espadón en Sevilla. Se fracasó en esta ocasión pero la complaciente pasividad de la República para con los sediciosos alimentó el ánimo combativo de la reacción.

Por su parte, la clase obrera —semetida durante siglos por el caciquismo de los oligárcas— no más proclamada la República cree llegado el momento de exigir reformas que le den entera satisfacción. La lentitud de las instituciones republicanas contrastan no sólo con las exigencias del campesinado, si no inclusive con la situación calamitosa del campo. Pasarán 17 meses, contando la caída de la Monarquía, hasta que no se promulgara la reforma agraria sobre el papel. Antes de realizar la reforma agraria se introdujeron ciertos decretos inaplazables ; Jurados mixtos o comisiones arbitrales para derimir los conflictos de clase, ley de accidentes de trabajo ; laboreo forzoso en las fincas yermas, se estableció además un salario mínimo de 5,50 pesetas por jornada ordinaria y de dos pesetas para la siega, lo cual suposo un aumento de un 40, a un 50 por ciento, se extendió por último la jornada de ocho horas.

L. PASAMAR.

la vida de los municipios y la iniciativa creadora. Con la caída de Roma se derrumbó el Occidente.

Todo esto no nos permite captar, abrazar los factores permanentes y, por así decir, biológicos, la masa de los elementos y de actividades que caracterizan la vida de la Humanidad. A la interpretación político-autoritaria o económico-marxista de la Historia, podemos oponer la interpretación humanista y libertaria, en el sentido que la mayor parte de la Historia se ha desarrollado al margen de la actividades gubernamentales y de las instituciones del Estado, y, en muchas ocasiones, contra esas actividades o esas instituciones.

Para tratar este problema a fondo, nos sería necesario tomar de nuevo el desarrollo total de la civilización. Pues la Historia de la Humanidad es inseparable de esta creación y de este enriquecimiento que elevan siempre la vasta colectividad humana repartida sobre nuestro planeta. Primer hecho primordial: el hombre aparece como un hecho determinándose a sí mismo, o determinado por la evolución biológica. A menos de creer en la existencia de un creador dueño del Universo, debemos de reconocer que no es la obra de una autoridad cualquiera. El hombre se constituye de antecesores gradualmente desarrollados que dieron lugar a la aparición del prehombre, y su evolución hacia un estadio superior es un hecho natural. ¿En qué se diferencia de sus parientes inmediatos?. Sobre todo porque posee una inteligencia que le permite reaccionar contra lo que en su entorno es contrario a su vida; además, modificar este medio según sus necesidades, de actuar sobre él, de aprovecharse de lo que le es favorable, de hacer elementos nuevos de los cuales él es el creador.

El mesolítico y el paleolítico nos lo muestran creando las primeras técnicas, utilizando la piedra astillada y después la piedra pulimentada, fabricando herramientas y armas de toda suerte, hachas, raspadores, cuchillos, agujas, harpones, flechas, sea de pedernal o de hueso, sea de cuerno o de madera, según las épocas y los continentes. La variedad de esos instrumentos es inmensa. En muchas ocasiones son adornados y a veces no se puede distinguir si sus estrías o sus dientes son perfecciones técnicas o adornos, o ambas cosas a la vez, pues aquí parece que se repita el paralelo de los barcos utilizados para el comercio, con objeto de cambios necesarios y útiles para el progreso de las poblaciones mediterráneas, a la par que practicaban la piratería: el desarrollo de la humanidad conlleva, a menudo, los elementos más dispares.

Las colectividades sedentarias o transhumantes, por aquel entonces, vivían de la caza, la pesca y las cosechas, y tienen que recorrer distancias inmensas para asegurar los medios de vida a sus componentes.

Mas aparece la agricultura. El Hombre —y parece sobre todo la mujer— observa que los granos, caídos de la plantas llegadas a su madurez, hacen crecer nuevas plantas que se reproducen de estación en estación. Le viene la idea de plantar con sus propias manos y de esperar las nuevas germinaciones. El hombre ha creado así el cultivo de las plantas, que durante los siglos ha ido perfeccionando; en sus viajes ha transportado vegetales nuevos, simientes de árboles hasta entonces desconocidos en todas las regiones habitadas.

Aparece también la domesticación y la cría de animales. Existen todavía, en el Amazonas y en la Nueva Guinéa, tribus donde se ve a las mujeres nutrir con sus senos a lechones, perros recien nacidos, corderos, caballos; el ser humano está tan cerca de la naturaleza que no se separa en absoluto del animal o de ciertos animales sociables. Y así parece que nació la domesticación, que hizo dar un paso inmenso a los medios vitales de los cuales han dispuesto las diferentes familias étnicas de la humanidad. Cuando el reno, el búfalo, el azno o el caballo. el camello, el elefante, el perro hijo del lobo, el cordero o la cabra, se convirtieron en auxiliares, abastecieron la carne, las pieles, el pelo para fabricar vestiduras y una porción de energía utilizada en las actividades materiales, nuestros antepasados superaron etapas decisivas en su desarrollo.

Todo esto ha sido la obra de los hombres, no de los gobiernos ni de los Estados, ni de las estructuras políticas, las cuales a menudo todavía no existían. Pero ha habido, además, muchas otras cosas. En primer lugar el Arte. Decía más arriba que no se podía discernir cuando las estrías, en los harpones o en las flechas o los dentellones tan frecuentes en los instrumentos del neolítico, eran perfecciones técnicas u ornamentaciones. Esta doble hipótesis es plausible, pues, poco a poco, y a un mismo tiempo, las manifestaciones artísticas se van manifestando. Pienso en los dibujos parietales de los Bouchmen de Africa del Sur, realizados en tal grado de perfección que causan nuestra admiración, cuando sus autores fueron incapaces de fabricar la alfarería más elemental. Quedamos estupefactos ante las pinturas de las grutas de Lascaux, la veracidad, el porte de los caballos y otros animales; la belleza de los colores; como admiramos los bisontes y los renos de Font-de-Gaume, y las maravillas de las grutas de Altamira. La explicación vulgar del economismo histórico es que se trata de intenciones mágicas, nacidas del deseo de sus autores en procurarse la carne de los animales reproducidos; pero deberíamos entonces preguntarnos ¿por qué los dibujaron y pintaron con tanta perfección? ¿por qué reprodujeron escenas de combates entre diferentes animales? ¿por qué reprodujeron también escenas de combates entre grupos de hombres?. Había algo más que la mera intención de comer carne, había la necesidad de expresar la fuerza creadora del espíritu. Hay, además, lo que hizo nacer las primeras leyendas, las primeras fábulas que compusieron la literatura oral, transmitida de boca a oído durante muchos milenios, en espera de que se creara la escritura. Se sabe que las fábulas de Esopo, los cantos de Homero, los primeros elementos del pensamiento de Tales llegaron, de esta suerte, hasta los que posteriormente les dieron forma definitiva o escrita, de generación en generación, gracias a la creación del genio colectivo. Ese mismo genio que ha enseñado a hacer el fuego y a servirse de él, construir y perfeccionar las moradas más rudimentarias, los refugios, las chozas construídas con hojas de diversas plantas, después de tierra y más tarde de madera y ulteriormente de piedra... El que encontró el medio de fabricar tejidos con las materias primas de origen vegetal o animal, y las herramientas primitivas sirviendo a su confección y el telar, lejano antecedente de nuestros telares modernos.

Estas necesidades del espíritu, y más en la humanidad primitiva siempre en plena evolución, se extienden, se desarrollan, se multiplican. Porque el espíritu es memoria, inteligencia, meditación, reflexión, curiosidad, sed de conocimiento. Cuando imagina seres sobrenaturales, animales hablando entre sí, hombres hablando con los animales o cosas dotadas de lenguaje, de una intención, de una voluntad, y, más todavía, la supervivencia de los muertos o la relación entre los sueños con los seres desaparecidos, dotados de poderes maléficos, el hombre mezcla todos estos hechos, todas estas relaciones a la búsqueda de la explicación del origen y del misterio de la vida. También por ser él hijo de la tierra, y de cuanto en la tierra vive, porque el cielo está por encima de él: con sus astros, el sol y su calor, la lluvia, el relámpago, la tormenta, la luna y su forma cambiante, el hombre se eleva a la interrogación del cosmos. Y como todavía no puede explicárselo por el conocimiento, se lo explica por la imaginación, pues es más fácil imaginar que observar, clasificar y deducir.

En las leyendas primitivas, recogidas durante este siglo, el mundo, el hombre y los animales, son siempre obra de un ser extraordinario. La ignorancia de la composición del Universo, de sus leyes físicas, de su inmensidad, no ofrece al espíritu humano otra posibilidad de explicación. De ahí nace, no sólamente una literatura sino que aparecen los seres míticos que más tarde serán dioses.

Pero el mito abre, como la técnica, la vía de la ciencia a la exploración inteligente y racional, después de los secretos de la Naturaleza y del Universo. La Mitología es la hermana gemela de la Astrología, y el dios Râ de los egipcios es a la vez el lazo de unión y la síntesis de esta evolución. Las religiones nacen como una necesidad del espíritu humano; son una tentativa de respuesta a los problemas

de la vida y de la muerte, a los problemas metafísicos que angustian al hombre, así como un medio de perfección, una guía en el comportamiento, manantial de elevación que el hombre proyecta al exterior de sí mismo para seguir el modelo o los mandamientos.

El hombre transciende continuamente sus propias adquisiciones. Las ciencias, hijas de la técnica, en un principio, no tenían otra finalidad que ayudar la existencia material — Primum vivere deinde filosofaré. Las ciencias, decíamos, aparecen. No faltarán quienes, según la interpretación marxista, nos dirán que fue como consecuencia de la organización material, económica de la vida, que los Caldeos, los Egipcios tuvieron que aprender a medir las tierras cultivadas, lo que hizo aparecer la agrimensura, la aritmética, la geometría y que lo observación de las lunaciones, propicias o no a la agricultura, por el registro de las estaciones en relación con las revoluciones solares, dió nacimiento a la Astronomía. Pero tendría que explicarse entonces por qué las matemáticas superiores, que habían empezado a desarrollarse fuera de las necesidades inmediatas y materiales en la Caldea y en Egipto, alcanzaron un grado que conocemos también en Grecia, donde no había necesidad de estudiar el curso de los astros para cultivar el trigo, la viña, el olivo. ¿Por qué las especulaciones de carácter metafísico y físico, dieron nacimiento al álgebra en la India, en geometría condujeron a Euclides, en física a Arquímedes, que algunos consideran el genio más grande de la antiguedad, y que fue el padre de Descartes, de Leibeniz y de Newton, como dice con razón un historiador de la ciencia? ¿Y qué finalidades materiales perseguía Aristarco, que precedió de 23 siglos a Copérnico afirmando la existencia del sistema solar, y qué finalidades perseguían todas las escuelas filosóficas y científicas a la vez, que de la Iónica a la Sicilia mezclan en la Gran Grecia la búsqueda de la sabiduría con el conocimiento, del cómo y el porqué de la vida?. Anaximandro proclama que el movimiento es eterno, dando los primeros pasos hacia la concepción física y cinemática del Universo. Anaxímenes afirma que la fuente de todo es el aire, de donde se desprenden todos las formas de la vida y el movimiento; para Heráclito el fuego es a la base y el desarrollo dialéctico por el conflicto y la lucha de los contrarios, tiene una interpretación física; para Pitágoras y los pitagóricos, el mundo entero es harmonía y números. Al mismo tiempo Leucipio y Demócrito, y un poco más tarde Epicuro, afirman la constitución atómica de la materia y Anaxágoras establece una síntesis entre la Física y la Filosofía moral.

La escuela maravillosa de Alejandría recoge y desarrolla todos estos descubrimientos. El «primum vivere» queda lejos. El espíritu vive para sí. Para sí, el hombre busca, descubre por el placer de descubrir. Reconozcamos —nada jamás es absolutamente uniforme en la vida, ni en historia de los hombres—, que un rey, Ptoloméo Soter, contribuyó poderosamente, rodeandose, gracias a los medios de que disponía, de una parte de los genios más arriba citados y de otros muchos, lo que ayudó a la ciencia a hacer grandes progresos. Pero inclusive en este caso, los sabios, los pensadores, los artistas, que respondieron a la invitación de un hombre de Estado excepcional no eran la creación de este hombre de Estado. Su pensamiento, su ciencia, su arte, eran el resultado de trabajos elaborados por generaciones de hombres ignorados, de buscadores, de individualidades poderosas y de escuelas diversas, gracias al ambiente favorable de las ciudades griegas donde la necesidad de aprender y de saber estimulaba la búsqueda. Que el libro de Euclides «Elementos» haya sido el libro, durante mucho tiempo, más leído después de la Biblia, he aquí que nos sorprende; pues ello prueba como el espíritu humano obedece a su propia ley y no a la ley de los reyes. Se cuenta que Ptoloméo, protector de los sabios y de Euclides, le pidió en cierta ocasión a éste de iniciarle a la ciencia de la cual era la cúspide, evitándole las dificultades que le molestaban, a lo que respondió Euclides, «Es imposible, en geometría no hay un camino previlegiado para los reyes». Esto resume la interpretación de la Historia tal y como la entendemos.

Los progresos en el conocimiento de nuestro globo marchaban parejos y se descubrió, por inducción matemática, la esfericidad de la tierra y la existencia de continentes todavía mal delimitados. Pero al mismo tiempo que estas ciencias

exteriores al hombre físico, otras ciencias relacionadas con el hombre físico se desarrollan. Y, en primer lugar, la medicina. Se sabe que los primeros curanderos de la humanidad primitiva eran tanto brujos como médicos. Aún se encuentran en nuestros días en las regiones del Amazonas y en el continente negro. Su arte está compuesto de magia como de conocimientos acumulados por prácticas milenarias; de la misma forma que en la Edad-Media la alquimía se mezcló a la química. Unos se perdieron en charlatanismo vano, y otros acumularon experiencias aunque, a veces, hicieran su parte de charlatanismo. Pero, de generación en generación, elementos positivos sobre el arte de curar fueron recogidos, elaborados, fijados. Se clasificaron las formas de curar, y ello condujo a la farmacología, a Hipócrates, a Avicena. Se estudió el cuerpo humano, y ello condujo a Galiano, a la Anatonomía, a la Fisiología, a la Ginecología que continuaron de perfeccionarse y dieron nacimiento a todas las otras ciencias del hombre como organismo vivo, complejo y maravilloso.

Simultóneamente se desarrollaron las técnicas industriales. Tomemos los medios de transporte. Para desplazarse: los ríos, mós que los caminos terrestres, facilitan el contacto entre los hombres. Con objeto de utilizar los ríos se empezó usando fajinas sobre las cuales se montaban dirigiéndose con las manos. Posteriormente utilizaron los diferentes medios primitivos flotantes que ya conocemos: armadias, troncos de árboles macizos, y despues vacíos en forma de piraguas, esquifes hechos con pieles de animal aparejadas y cosidas como las emplean los esquimales, o de pápiro como hacían los lejanos egipcios. Ulteriormente aparecieron las barcas a las cuales se añadieron velas, después que durante años se habían conducido con los remos. Transcurrió mucho tiempo antes de que fuera inventado el timón, otros barcos —respondiendo a nuevas estructuras y a las diversas condiciones de navegación y utilidades diversas— fueron apareciendo. No podemos aquí seguir paso a paso el desarrollo de la marina mercante en todas las épocas y bajo todas las latitudes. Pero es gracias este desarrollo que los hombres han logrado multiplicar sus relaciones a través de los mares y los océanos, estableciendo intercambios comerciales y, viajando sin cesar, han logrado establecer una de las actividades mós considerables de nuestro planeta.

Tomemos, por ejemplo, el perfeccionamento de las técnicas del trabajo. Todos los pueblos dependen los unos de los otros. El Occidente ha recibido mucho del Oriente, entre otras cosas el carro de ruedas, y ya sabemos cuan importante es este elemento técnico: la rueda. Pero los primeros medios de transporte terrestre, que empezaron por los carros sin ruedas arrastrados por animales domésticos, han conducido a través de los siglos a los medios de transportes modernos que se han perfeccionado hasta las locomotoras modernas.

Y siempre, siempre, la misma constatación se impone. Todos estos descubrimientos, desde el collar del caballo hasta el tornillo, que nos viene de Arquímedes ,del molino de agua al molino de viento, de la azuela a la noria, de la carretilla como a la utilización del vapor, ¿no son el producto del genio humano, del trabajo, de las búsquedas, del espíritu inventivo del hombre? ¿Es el Estado, el gobierno, o son los hombres de Estado y de gobierno que los han creado?. No. La humanidad debe más a Jacquard y a Watt, a Stephenson y a Gutemberg y otros impresores que inventaron los caracteres movibles, que a los hombres de Estado más celebres o los menos dignos de censura. Los inventores de la clepsidra o del reloj, los creadores del alfabeto o de la pila eléctrica, los innumerables especialistas que fundaron la química, la botánica, la biología, y permitido la aumentación de la producción agrícola; los trabajadores de la tierra y de la industria que a través de los tiempos han trabajado la madera y forjado el hierro; todos los técnicos que inventaron el acero y la utilización diversa de los metales; todos los sabios, los buscadores, que encarnizadamente han descubierto nuevas máquinas aligerando el esfuerzo del hombre y multiplicado los resultados; he aquí el espectáculo dominante que nos ofrece la Historia de la humanidad, y la humanidad haciendo su Historia. En ese hormigueo de trabajos, de creaciones incesantes, de perfeccionamiento, de búsqueda, la explicación político-autoritaria

¿es que no aparece minúscula al que se representa, que imagina, ese vasto poema creador, en muchas ocasiones doloroso, del destino verdadero de nuestra especie?. Y la explicación marxista, atribuyendo a los sólos cambios de modo de producción las etapas recorridas ¿no es también, a pesar de la parte de verdad que encierra, una insuficiencia lamentable?. Pues, y de ello hace mucho tiempo —remonta a Alejandria— que las invenciones técnicas, en su mayoría, son el fruto de la búsqueda desinteresada. La ciencia aplicada, que es la técnica y la tecnología, es hija de la ciencia pura. Todo reacciona sobre todo, tanto en bien como en mal, y no se puede explicar el progreso material de nuestros días excluyéndolo del progreso intelectual. Cuando Franklín logró captar la electricidad, no se podía imaginar la inmensa revolución industrial a que conduciría su descubrimiento. Y Volta, inventando la pila que lleva su nombre, no podía imaginar todas las consecuencias materiales que ofrecía a los hombres. La búsqueda pura de Copérnico ha conducido a Galileo; Galileo ensanchó el camino que condujo a Kepler, cuyo genio doloroso desarrolló los descubrimientos astronómicos que permitieron a Newton sus descubrimientos colosales; posteriormente Einstein añadió a la atracción universal la ley de la equivalencia materia-energía. Todos estos hombres, sobre todo los primeros, ignoraban las repercusiones prácticas que tendrían sus descubrimientos. Todos estos hombres eran los hijos y el fruto de la humanidad, y no del Estado. Lo eran no solo porque biológicamente de ella proceden, si no porque también aprovecharon los trabajos de legiones de buscadores oscuros o poco conocidos que aportaron su esfuerzo a las figuras de mayor relieve; descubrimientos técnicos de los artesanos que les facilitaron sus medios de búsqueda, los instrumentos de óptica, o quienes los construyeron en las generaciones pasadas.

Hoy en día, el empleo del átomo, está a su vez transtornando la vida social, las condiciones de existencia de las poblaciones industrialmente avanzadas y no tardará mucho en influenciar a las otras. Pero este descubrimiento del átomo ¿no es la consecuencia lejana —hace de ello 25 siglos— de los trabajo de Leucipo y Demócrito, de Epicuro e inclusive de las alquimistas del Renacimiento empeñados en descomponer, transmutar o transformar, la materia? ¿Y nuestros descubrimientos en las matemáticas, en la física o en la astronomía, que nos permiten explorar el cielo a una distancia de veinte mil millones de años luz no son el coronamiento de las primeras búsquedas, que hicieron inventar las lejanas cosmogonías?.

Añadamos que, lejos de ser el fruto de las formas estatales y de la autoridad política, los inventos, los descubrimientos han sido en general, el fruto de la libertad. No hay en la historia humana ningún período comparable por su fecundidad, a los seis siglos vividos por la Grecia antigua antes de la era cristiana. Casi todos nuestros conocimientos presentes hunden sus raices en esa época. Ahora bien, esta época, en su conjunto, se caracterizó por la libertad de los ciudadanos en las ciudades de la Gran Grecia. Libertad insuficiente, cierto, asaz limitada en los períodos de guerra civil, y sabemos (porque además correspondía, desgraciadamente, a las costumbres de época) que se practicaba la esclavitud, aplicada a los «bárbaros» hechos prisioneros en los campos de batalla. Pero junto a estos aspectos negativos, existían los positivos, la libertad cívica, individual, intelectual, la libertad del espíritu, el derecho a buscar y expresar sus pensamientos que caracterizaron al hombre griego. Sí, ya sé, Sócrates bebió la cicuta por haber expresado un pensamiento revolucionario en su época. Pero, además, el pueblo de Atenas que lo condenó, fue uno de los más limitados de la época; hemos de reconocer que se trató de una excepción.

Lo esencial es que la Grecia Antigua fue una nación donde el Estado jugó un papel absolutamente secundario, cuando lo jugó, pues largas épocas hubo en las que no tuvo papel alguno. En todo caso, no logró alcanzar (salvo en Esparta, que en nada se distinguió por su creación intelectual) la importancia, la amplitud y el peso que alcanzara en Persia, ni que logró alcanzar posteriormente el imperio romano. Aquí el contraste es concluyente. Roma practicó mucho más sistemáticamente que Grecia la aplicación de las técnicas industriales; pero no aportó ningún

invento científico esencial. La búsqueda desinteresada no tuvó lugar. La dominación del aparato estatal, no sólamente en la práctica administrativa, sino en los espíritus y en las costumbres, daba la prioridad al ciudadano estatizado y no al hombre, al animal político y no al individuo libre, en el sentido integral, tanto que posible de la libertad.

Esta correlación entre la ausencia de libertad humana, en el sentido hancho y profundo, y la pobreza de la creación intelectual, aparece también en el período que va de fines del siglo quinto al treceavo de la Edad Media. Esta época fue violentamente autoritaria, si no estatal. La opresión del hombre por el hombre, llevado a cabo por el sistema feudal, fue la más dura de la Historia de Occidente. Dominación política y dominación moral, por el aplastamiento de los espíritus dominados por la Iglesia. Durante este período, inclusive los descubrimientos técnicos más elementales, la invención de instrumentos de trabajo, fueron nulos. Para crear, para descubrir, el espíritu del hombre debe ser libre; sólo en un clima de libertad general puede el hombre manifestarse plenamente.

Tampoco puedo en este trabajo esbozar la historia del arte de la cual he facilitado ciertos elementos en este trabajo, señalando particularmente los primeros pasos realizados por nuestros lejanos antepasados, o por las poblaciones primitivas cuyos ejemplos podemos hallar en los museos de etnología. Pero el lector sabe que las sinfonías más bellas de Beethoven, como las más bellas catedrales, los monumentos más magníficos son, también, el fruto del arte, de la técnica, del genio de los arquitectos, del trabajo de los artesanos, del fervor de los pueblos y de la perfección de las técnicas que, por ejemplo, permitieron mejorar los cristales con colores más hermosos.

Con el tiempo, los hombres crearon los oficios, desde, el neolítico han aparecidos talleres y lentamente, según las regiones habitadas por el hombre se han multiplicado, los oficios nacidos; aparecieron las industrias; se organizaron las corporaciones; aumentadas las materias primas, los productos del trabajo variaron, los cambios de mercancías dieron lugar a la aparición de formas monetarias, que fueron indispensables para los sistemas de créditos, que han facilitado las relaciones entre las poblaciones más avanzadas. Es cierto que la explotación del hombre por el hombre ha constituído el aspecto negativo de ese desarrollo; pero cabe señalar que el aspecto positivo de sus realizaciones no ha sido la obra del Estado ni de los sistemas políticos dominantes. En su conjunto, el Estado, ha medrado en todas las actividades económicas, explotando las corporaciones o las industrias nacientes, cargando de impuestos las industrias florecientes, desvalorizando la moneda para su provecho propio, como en tiempos de Pedro el Grande o de Luis XIV. Este mismo Estado fomentó cierto desarrollo industrial con el objeto de obtener los medios que necesitaba y que era incapaz de crear por sus propios medios. Mas, a pesar de ello, nuevas industrias aparecieron con las manufacturas, las fábricas, las ténicas, productos de los especialistas. El incremento de la producción hasta nuestra época moderna, hasta nuestros dias, ha sido la obra de los hombres que han obedecido a sus leyes propias, como en las ciencias y las artes.

Si eliminamos el problema de las clases, de la injusticia social, de la cual el Estado es también en parte responsable (lo que escapa con demasiada frecuencia a los historiadores influenciados por el marxismo) podemos concluir que este constante caminar, ésta ley del progreso humano, por muchos ignorada, es la única fecunda y prometedora de un futuro mejor. La humanidad debe de tomar conciencia de lo que ella es, que es obedeciendo a su ley propia, a su impulso biológico natural que alcanzará, por medio de una organización funcional, y no por organismos políticos situados fuera de su vida, el máximo de felicidad, de libertad y de dignidad. Tal es la interpretación libertaria de la Historia que debemos eregir en principio, y sistematizar al máximo, para hacer de ella una teoría directa, que será el faro alumbrando el camino del futuro.

Gaston LEVAL.

BRASIL:

EL GIGANTE DE PASO LENTO

SE tiende, con excesiva ligereza, a englobar al Brasil dentro de una «idiosincrasia» latinoamericana cuando, por poco que se hurgue en la historia de Indoamérica se podrán percibir detalles que evidencian una bifurcación de caminos entre los países de habla hispana y el Brasil lusitano.

Desde el mismo día en que Iberia irrumpe casualmente en América —España, confiada a la febril imaginación de Colón, tras las huellas del Gran Kan de Catay, y Portugal por un desvío involuntario de Alvares Cabral que tiene como objetivo dirigir las naos lusitanas a Calicut—, las posiciones de España y Portugal en el Nuevo Mundo sufrirán el impacto de políticas bien diversas.

Por otro lado, la ausencia de sólidas culturas y civilizaciones precolombianas en el Brasil, como la azteca y la maya en México, y la chibcha y la incaria en los Andes, y una mayor afluencia en el Brasil de habitantes africanos, también escinde, de la parte aborigen, la uniformidad absoluta de Indoamérica.

Debido a ello, Portugal, nunca tuvo mayores problemas con su colonia americana como los tuviera, y continuamente, España con sus virreynatos. Mientras desde un comienzo, con los mismos Fernando e Isabel, Carlos V, Felipe II, España debía ahogar violentamente las ambiciones de los peninsulares —los parientes de Pizarro y Almagro y muy sobresalientemente a Lope de Aguirre—, así como el espíritu independentista de los Tupac Amaru, Tupaj Catari, los comuneros de Colombia y grandes conglomerados ubicados a lo largo del espinazo andino; Portugal podía, con pocos hombres, adueñarse de grandes superficies de maraña amazónica y cuatro mil kilómetros de litoral atlántico, escasamente poblados.

Cuando el Brasil independiente decidió darse un baño ennoblecedor de pretérito insurreccional contra la metrópoli y encomendó a los historiadores el hurgar en el pasado, a fin de sacar a la luz un hecho de rebeldía en la colonia, vió, desilusionado, que hasta 1789, es decir, a casi tres siglos de su descubrimiento, no había nada digno de ser puesto de realce.

Y, en 1789, ¿qué ocurrió?

Poca cosa de trascendental, pero que para un país virgen de hazañas manumisoras tenía que fungir de fecha cumbre, a fin de que en las escuelas los niños brasileños pudieran asirse a algo que les permitiera mirar hacia el pasado sin que sus ojos se deslizaran, desolada e ininterrumpidamente, sobre una superficie lisa sin oteros de ninguna índole.

En el mismo año en que los franceses tomaban la Bastilla el alférez Joaquín da Silva Xavier, que ejercía de dentista, fue detenido por las autoridades portuguesas y acusado de conspirar contra la casa de Braganza. El hecho, conocido después como la «Inconfidencia Mineira», fue tan intrascendental que Capistrano de Abreu, uno de los más connotados historiadores, se olvida de señalarlo en sus «Capítulos de Historia Colonial».

Joaquín da Silva Xavier, conocido más bien como «Tiradentes» por lo de su profesión, fue ahorcado por los portugueses y de un hecho anodino, puesto que si hubo conato de rebelión éste fue debelado desde su mismo comienzo y el conato quedó en intención, Lisboa hizo una fecha magna; así como de un ignorado «sacamuelas» fabricó, inconscientemente, un héroe.

Cuando América se vio convulsionada por sus guerras de independencia el Brasil continúo impasible viviendo bajo un régimen monárquico con una variante al colonialista: la Casa de Braganza, escapada de Portugal cuando la invasión

napoleónica, se instaló en el Brasil hasta que en 1889, cuando ya habían transcurrido 65 años de la batalla de Ayacucho que había convertido a las colonias de España en repúblicas independientes, el país decide proclamarse republicano.

Se se hiciera un cotejo entre las fechas brasileñas y las del resto de los países hispanoamericanos se vería que, en la mayoría de ellas, el Brasil se proyecta con tremendo retraso frente a las de sus vecinos. Su condición de país mastodóntico, superficialmente hablando, lo reviste, consecuentemente, de retardado y lento como suelen ser los atributos de los animales de inmensa mole. Obsérvese, para mayor acopio de pruebas a lo sostenido, que la abolición de la esclavitud sólo fue decretada el 18 de mayo de 1888 por una monarquía que esperaba poder prolongar su vida con la «Ley Aurea» como ha sido llamada la que eliminó al esclavo.

Estos retrasos no estaban exentos de sus ventajas. Las experiencias ajenas, las del resto de Indoamérica, le facilitaron mucho el camino al Brasil y el país ha ido alcanzando los hitos progresistas de sus vecinos, donde se han pagado gruesos tributos de sangre cada vez, en base a procedimientos pacíficos de los que todo brasileño se muestra siempre ufano.

El Brasil ha sido siempre partidario de que su ejército «practique» la guerra más allá de sus fronteras y éste tuvo la suerte de lograr una fácil victoria, aliándose con el argentino y el uruguayo, contra el ejército guaraní del megalómano Solano López. Fue este ejército, cubierto de **gloria** en las riveras occidentales del Paraná, el que forzó los acontecimientos que convirtieron el país en república el 18 de noviembre de 1889 y el que pasó a dominar la escena política brasileña. El Duque de Caxias, jefe supremo de las fuerzas armadas, pasó a ser jefe de gabinete y el general Osorio, jefe del partido liberal.

Algunas veces, muy pocas, ha tenido que librar «batallas» internas como la que arrasó, después de cuatro tentativas, con los Canudos; un conglomerado que bajo la dirección de Antonio Conselheiro logró instituirse como un Estado dentro del Estado. De esta aventura ha salido una de las mejores obras de la literatura brasileña, «Os Sertôes», y su autor, Euclides da Cunha, corresponsal del periódico «O Estado», de Sao Paolo, que acompañara al ejército, tiene una bien merecida fama como escritor de mayor alcance del país.

Otra «batalla» interna —guerra mejor dicho, puesto que en su conjunto fueron una multitud de batallas frustradas— la llevó a cabo el ejército contra Luis Carlos Prestes en 1924, un año antes de que se fundara en el Brasil el Partido Comunista. Prestes, que pasaría a ser secretario vitalicio del P.C. en el Brasil, como Thorez en Francia y Togliatti en Italia, demostró ser un excelente estratega que, con un puñado de hombres, logró tener en jaque al ejército durante tres años hasta que, al frente de su columna invicta, franqueó la frontera boliviana. Prestes, capitán del ejército, precedió a Mao Tse Tung, y lo superó por muchos miles de kilómetros, en la tan cantada «Larga Marcha» de los comunistas chinos. Recorrió todo el Brasil, de punta a punta, con cerca de 36.000 kilómetros transitados, sin que ni una sola vez las fuerzas del ejército pudieran dar con él de frente y aniquilarlo.

Decae, de este modo, la hegemonía de los militares y Getulio Vargas logra apoderarse del poder en 1930, y consigue el aglutinamiento de las fuerzas populares bajo la sigla de su Partido Trabalhista Brasileiro enseñándole el camino, virgen todavía en el continente, a Juan Perón.

Vargas despunta, en este modo, como iniciador en América de las dictaduras de «izquierda» y de los «caudillos» de las masas obreras. Brasil que había ido a la zaga en tantas cosas, frente a las proyecciones políticas y revolucionarias de los demás países de Indoamérica, se ubica, gracias a la estrategia de Getulio Vargas, en primera línea, señalando el camino a futuros **dictadores y caudillos de izquierda.** Perón se aprendió bien la lección y la llevó a cabo con éxito; Rojas Pinilla trató de revestirse con idénticos atributos; Odría y Pérez Jiménez demostraron atisbos similares y toda Indoamérica parecía sufrir el impacto de esta nueva orientación «trabalhista». El suicidio de Getulio Vargas en 1954 truncó el proceso «trabalhista»

que no era, como en toda dictadura, más que un marchamo impuesto por una personalidad descollante que se volatiliza en cuanto el dictador desaparece. Las dimisiones colectivas suelen tener el inconveniente que atrofian definitivamente el discernir y las voluntades populares. Se convierten éstas en menores de edad permanentes y al desaparecer el tutor «providencial» se encuentran desamparadas e incapaces de hacer frente a una situación que reclama plenas facultades y mayores voluntades. Cualquier aprendiz de dictador puede adueñarse de la situación nuevamente, tomando el mando momentaneamente abandonado y esto es lo que trató de llevar a cabo Jango Goulart, heredero político de Vargas.

Ocurre, empero, que los dictadores no logran siempre aniquilar totalmente la oposición, o no lo desean, y se limitan a mantenerla a raya. La oposición por antonomasia, de todo gobierno civil, en Indoamérica, son los militares; que también son, además, la única institución organizada y armada, lo que les permite, siempre que descolle un jefe «caudillista» suficientemente fuerte, derrocar toda clase de gobierno, incluido aquel que haya alcanzado condición de tal mediante el sufragio universal. Pocos países se salvan, en Indoamérica, de esta condición de «países sometidos a la voluntad y a la decisión de sus fuerzas armadas».

Getulio Vargas logró neutralizar al ejército brasileño introduciendo una masiva promoción de militares jóvenes que, con la convicción de que «el soldado no tiene que hacer política», logró contrarrestar la mentalidad legada por el Duque de Caxías.

Sin embargo, fue suficiente el pistoletazo que Vargas se asestara el 24 de agosto de 1954 para que, ausente del país el dictador dominante, surgieran las ambiciones de los generales que Vargas creía haber aniquilado y sólo había dominado, sin extirparlas. Cafe Filho, el vicepresidente que asumiera la presidencia a la muerte de Vargas, y Kubitschek, quien asumiera el mando del país en 1956, al ganar las elecciones presidenciales, se vieron con un aparato estatal montado por el «trabalhismo» al que, para hacerle frente, no hallaron nada mejor que permitirles mayores licencias a los militares.

La labor que como gobernador del Estado Sao Paulo llevara a cabo Janio Quadros, tipo estrambótico que se presentaba a las elecciones con una escoba con la que, decía, barrería la burocracia inútil, como en parte hiciera en la gobernación de Sao Paulo; epiléptico y demagogo que presentaba, a los ojos de los brasileños ya hartos del desenfrenado latrocinio efectuado desde la cima de la pirámide política del país —y el desengaño del brasileño, en lo que a política se refiere, queda de manifiesto en las elecciones ganadas en Sao Paulo por el candidato de los estudiantes: «Careca», el hipopótamo del zoológico de la ciudad—; la labor de Janio Quadros, repetimos, le permitió suceder a Juscelino Kubitschek en la presidencia de la república, pero de una forma todavía no explicada, ni por el propio Quadros ni por los expertos en la política del país, aquél abandonó un buen día el Palacio de la Alborada y dejó las riendas en poder de Jango Goulart quien no gozando de todo el apoyo necesario en el parlamento tuvo que ceder parte de las atribuciones presidenciales hasta que, ya más aferrado en su puesto, recuperó mediante consulta popular, la totalidad de sus derechos.

Mientras, el ejército brasileño habíase ya desarrollado hacia cimas exorbitantes, siendo, de hecho, el principal absorbente de todo el material bélico descontinuado de los Estados Unidos que, como se sabe, raramente manda a los altos hornos la chatarra bélica superada por más recientes modelos sino que la vende a los países de Latinoamérica, que están, debido a ello, saturados de material obsoleto.

La inflación galopante que sufre el Brasil, el peor enemigo ,según los entendidos, del actual gobierno «de facto» del general Castelo Branco, ya muy pronunciada cuando Getulio Vargas, pero relativamente contenida por las medidas inteligentes de su ministro de Hacienda Oswaldo Aranha, se precipitó en galope incontenible cuando Kubitschek tomó el poder en 1956, pues éste no veía otra solución, si no era la inflación «provocada», para la presencia de suficientes fondos, artificiales pero convenientes, para la erección de su sueño megalómano: Brasilia.

Esta inflación, que como las epidemias suele ser de difícil control una vez desencadenada, tendría que llevar al gobierno a un régimen de austeridad; pero el primer inconveniente serio lo presentan los militares que claman siempre por mayores presupuestos. Indoamérica, desde Rio Grande hasta la Tierra de Fuego, cuenta con un ejército de tierra de medio millón de hombres aproximadamente. El Brasil sólamente, con más de 200.000, absorbe el 40 por ciento de aquellos guarismos. Cuando Francia estaba, con unas modestas embarcaciones, pescando langostas en aguas que el Brasil considera territoriales suyas y estalló la célebre «guerra de las langostas» —en la que no se disparó un solo tiro—, la armada brasileña hizo un despliegue tal de flota que sus gastos, considerados modestamente, rebasaron en mucho el valor de toda la pesca potencial de langostas que la mayor flota pesquera del mundo pudiera llevar a cabo. El Brasil tiene, en términos absolutos, más mariscales que cualquier otro país y, proporcionalmente, no hay país en el mundo que tenga tantos generales como el suelo de Santos Dumont.

El ejército, pues, estaba, desde hacía tiempo, en condiciones de poder asumir el poder a pesar de que dos corrientes principales, además de otras secundarias, chocaban en los cuarteles: la »línea dura» y la «línea blanda», la primera de las cuales es conocida, américamente, como «gorilismo». Faltaba el pretexto, otro que el de la etiqueta de «comunistoide» cosida en la chaqueta de Jango Goulart. Este pretexto se presentó cuando se sublevaron contra sus oficiales los cadetes de marina y Goulart se negó a castigarlos. Esta ruptura de la disciplina cuartelaria soliviantó a toda la oficialidad, sin excepción, de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire brasileños y provocó el derrocamiento del lider del Partido Trabalhista que escapó hacia el Uruguay. Habían motivos más que suficientes para dar origen a las guerrillas que, con mucha menor razón, vemos campear en Venezuela, Colombia, Perú y Argentina; pero los líderes «violentos» del Brasil, haciendo honor una vez más a la reputación de que el país todo lo soluciona pacíficamente, se han ido al extranjero, como Lionel Brizola, cuñado de Goulart y gobernador de Rio Grande do Sul, o se han asilado en alguna embajada, como Juliao, el lider de las Ligas Campesinas del Noreste brasileño.

Y por el contrario, los cobardes surgieron como hongos cuando tuvo lugar la «revolución» de Castelo Branco el 1º de abril de 1964, y, por todo el Brasil, pasaron a ser conocidos como los del «Dedo duro»; significando el dedo estirado del delator indicando a los «enemigos del nuevo régimen».

En un trabajo anterior («Le Combat Syndicaliste», 3 sept. 1964) puse de manifiesto la gran facilidad de «operación» que el gobierno de Castelo Branco otorgara a la fatídica P.I.D.E. de Oliveira Salazar para que ésta se ensañara contra los portugueses, angoleses y mozambiqueños antifascistas refugiados en el Brasil. Linchamientos, muertes, allanamientos de moradas, secuestros, todo le estaba permitido a una policía extranjera como era la P.I.D.E. portuguesa. Era innegable que Castelo Branco, a pesar de integrar la «Línea Blanda» del ejército, se manifestaba abiertamente solidario con la dictadura de Salazar y, por ende, por todas las dictaduras.

Durante mucho tiempo los elementos de izquierda brasileños, y no hacemos mención exclusiva de los comunistas sino que queremos señalar sobre todo a los libertarios, han estado advirtiendo a sus corresponsales del extranjero para que no se les mandase nada que pusiera de manifiesto sus pensares y sus ideales. Se suspendieron todos los envíos, especialemente los de prensa, libros y propaganda, hasta que noticias posteriores reclamaron la reanudación de los mismos. Las propias editoriales de marchamo anarquista han reanudado sus actividades. «Mondo Libre» ha editado a Kropotkin, José Oiticica, Edgar Leuenroth, Varlan Tcherkesoff, y otras editoriales han lanzado al mercado obras como «O Anarquismo» de Kropotkin, «Tragedia de Sacco e Venzetti», «O Medo a Libertade», «Marx, Proudhon e o Socialismo Europeu», etc.

A juzgar por estos cambios últimos Castelo Branco ha querido, una vez que la actividad de los «dedos duros» ha permitido una limpieza bastante considerable

de elementos peligrosos a la estabilidad del régimen, dar visos de liberalidad a fin de presentar una «fachada» apropiada para la II Conferencia de Cancilleres de la Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) habida en el curso del mes de noviembre último.

Los cálculos, empero, de Castelo Branco fallaron cuando tuvo lugar la elección de gobernador para el Estado de Guanabara; Estado clave y barómetro infalible del pensamiento político del país. La «Revolución» del 1º de abril presentaba a Carlos Lacerda, político connotado por sus tendencias dictatoriales y fascistoides, que estaba asumiendo el cargo como resultado de unas elecciones anteriores. La oposición presentaba a Negrão de Lima. Los votos fueron favorables a este último y ello provovó una disolución total de los partidos, por parte de Castelo Branco, y una presión todavía más fuerte, por parte de la «línea dura», para que Negrão de Lima fuera encarcelado por haber sido elegido gracias a los votos de un partido inhabilitado: el Comunista.

La «línea blanda» se cree suficientemente fuerte todavía, a pesar del descalabro sufrido en esas últimas elecciones y, al parecer, no se llegará a medidas parecidas a las de los primeros tiempos de la «revolución» en que fueron despojados de su condición de ciudadanos brasileños políticos de la talla de Kubitschek y hombres de reputada fama científica como Josué de Castro.

La «línea dura» o «gorilismo» desearía barrer con esa figura decorativa que es el parlamento, ya que de hecho éste no decide nada. Hay más sinceridad, indudablemente, en los generales de la «línea dura», puesto que quieren hacer lo mismo que Castelo Branco prescindiendo de las apariencias.

Hay, además de todo este panorama de política interna, de por sí enormemente complicado por tanto «estorbo» de la política «clásica», que a los militares no les satisface, el aspecto internacional que, bajo el punto de vista militar, asume una importancia fundamental para todo el continente. Se ha hablado de «las fronteras ideológicas» que entrañaría una alineación, obligada, claro está, de todos los países de América a una conducta cuyos gestores serían, precisamente, los generales brasileños.

La tesis del general Golbery Couto da Silva, profusamente distribuida entre los militares, señala que los Estados Unidos, sobregirados por tantas grietas internacionales, confiarían el tutelaje de América sureña al Brasil, en detrimento de los demás países indoamericanos. Brasil asumiría la condición de primer satélite estadounidense. En otras palabras, los países de Indoamérica, supeditados en todos los aspectos a las directrices de Washington, continuarían estándolo pero, en muchos aspectos, a través de un novel intermediario o «país clave» que sería el administrador de los intereses del Tío Sam en todo el Hemisferio del Sur.

Esto explicaría el gran apoyo que Castelo Branco, a pesar de haber llevado a cabo un «golpe de Estado» pura y llanamente, ha tenido desde el primer momento por parte de Washington que continúa, en muchos aspectos, supeditado a las exigencias del Pentágono. Más de tres mil millones de dólares ha recibido el Brasil —no todos durante el régimen actual— en concepto de ayuda y ello pone de relieve la importancia que los Estados Unidos dan a este inmenso país de 8.500.000 de kilómetros cuadrados y 78.000.000 de habitantes. Lyndon B. Johnson ha demostrado fehacientemente en Santo Domingo que es partidario de los caminos expeditivos, vale decir, de las intervenciones militares. El país clave, militarmente hablando —¿Acaso no han permitido sus fuerzas, desplazadas a la República Dominicana como tropas de la O.E.A., el que las del Tío Sam salvaran la cara?— resulta ser el Brasil en lo que a nuestra América concierne.

La inflación será el peor enemigo de Castelo Branco; pero hay un amigo mucho más poderoso pertrechado dentro de una figura geométrica de cinco lados y que la mayoría de los habitantes de Indoamérica miran con encono: El Pentágono, que podría estar dispuesto a no permitir que la debacle económica destrone a Castelo Branco.

Víctor GARCIA.

Actualidad del Anarquismo

De los tiempos ya lejanos de Paul Eltbacher, y más recientes de Henri Arvón, el gran tema del anarquismo no había sido tratado en Francia de cara al gran público de lectores. La necesidad se imponía. Hay nuevas experiencias de socialización en esta última postguerra. Más o menos sofisticadas, cierto. Y hay la gran deuda pendiente a la revolución española. El último libro de Daniel Guérin es una valiosa contribución a llenar este vacío (1).

Guérin divide su libro en tres partes principales: «Las ideas-fuerza del anarquismo»; «En pos de la sociedad futura»; y «El anarquismo en la práctica revolucionaria».

Empieza situando el anarquismo en las coordenadas del socialismo. ¿No es el anarquismo la auténtica expresión del socialismo? El anarquismo no es sólo una protesta viril. A veces en la linde entre la rebeldía justiciera y la delincuencia. Es una doctrina social originalísima. Hiende la superstición del Estado. El Estado es el cruce de caminos en que se bifurcan las corrientes del socialismo. Y donde convergen todas las expresiones del anarquismo. El anarquismo es un ideal permanente. De ayer y de hoy. Anticipaciones del Estado omnipotente de hoy están en las tiradas proudhonianas. Los tópicos de la voluntad popular y la representación política se desmenuzan en los textos antañones de Bakunín. Es fácil levantar contradicciones en los escritos de estos exégetas. La inconsecuencia es un atributo que paga el genio a su propia exuberancia. Sólo los pobres de espíritu con pretensiones pueden permitirse ser tediosamente consecuentes manejando su frugal bagaje.

Otra de las clásicas virtudes de estos clásicos es su fino olfato. Bakunín arremete contra el comunismo de su tiempo. ¿Había previsto en él el actual ejemplo ruso? En el fondo de su querella con Marx hay un choque aparatoso: Entre la concepción autoritaria y la libertaria del socialismo. El ruso ya había rastreado la «dictadura provisional» del proletariado: «Tomad al revolucionario más radical —copia Guérin— y situadlo en el trono de todas las Rusias. Conferidle poderes dictatoriales. Y antes de un año será peor que

---

(1) Daniel Guérin: «L'Anarchisme», Gallimard. — París 1965.

el mismo Zar». Es la foto-robot de Lenin y de su canceroso sucedáneo stalinista.

Stirner, tenido por propios y extraños como egocéntrico vituperable, es una airada protesta contra las servidumbres del individuo. No niega en redondo la virtud social. La condiciona a la libertad compatible con el individuo y su fuero. Diría Proudhon: «Como el individuo es un hecho primordial de la sociedad, la sociedad es un término complementario.»

Bakunin se remite a «todas» las consecuencias de la libertad, «que no debe defenderse sino por la libertad». El factor dinámico de la revolución bakuniniana es la espontaneidad popular. Pero obsesión suya fue la necesidad de una vanguardia revolucionaria. La «Alianza» estaba llamada a forzar esta espontaneidad. Consciente de este retruque Bakunin pensaba en la necesidad de un límite a la acción determinante, subordinada al instinto popular.

La antítesis de esta concepción sería el brutal golpe de Estado bolchevique. Con todo, el equilibrio en las relaciones de minorías y mayorías es uno de los problemas sociológicos de mayor complejidad. «Las relaciones entre la masa y la minoría consciente —resume Guérin— forman un problema cuya completa solución no ha sido encontrada ni siquiera por los anarquistas, y sobre el cual la última palabra parece no haber sido pronunciada».

La actitud negativa por necesidad obligó a los anarquistas a probar que sus principios no eran utópicos. Las grandes reservas sociales de la Humanidad —que no pudieron ser aniquiladas por el estatismo antisocial— no son sino anarquismo en potencia. Como pretende el Estado mismo, y cierto «individualismo» ácrata, no hay que confundir la sociedad con el Estado. El individualista extremo pretende que toda forma de organización social es implícitamente autoritaria. Se trata precisamente de que no lo sea. El punto de vista socialista-anarquista es la sociedad que va de abajo arriba. La que parte del individuo. En consecuencia la verdadera economía socialista es la que, partiendo de los propios productores, revierte a ellos mismos sin interferencias parasitarias. Es decir, antieconómicas.

El comunalismo proudhoniano es una revolución económica sin barricadas. La reconstrucción económica de la sociedad, de abajo arriba, fue llevada por los anarquistas a los congresos de la Internacional. Pero el anarquismo moderno ha querido encarnar esa planificación económica libertaria. El cooperativismo y el colectivismo rehuyen la improvisación y el huero conceptismo. Tuvo adversarios dentro de la propia familia. Se temía, con fundamento, el aburguesamiento.

El sindicalismo finalista articuló los deberes corporativos y el apostolado de la autogestión. El sindicalismo constructivo industrial y el comunismo libertario. El sindicato revolucionario y el Municipio libre no son excluyentes. La junción depende de su contenido federalista respectivo.

Proudhon, que entendía algo de federalismo, creía que no es un sistema sólo a la medida de la Edad Media, sino apto también para las grandes conglomeraciones modernas. Creía que el siglo XX abriría el ciclo de las federaciones. Una cosa es incuestionable. Que los paladines de la Federación Europea se proclaman con frecuencia discípulos de Proudhon. Bakunin no le andaba en zaga. En algunos

RELACIONES

«Mis conversaciones con los dirigentes españoles han versado sobre importantes cuestiones de interés común para nuestros dos países». Con estas palabras se despidió el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, momentos antes de tomar el avión que lo conduciría de Madrid a Wáshington. De la entrevista con el Caudillo, del 16 de diciembre, Dean Rusk sacaría, sin duda, una nueva promesa de incondicionalidad del régimen español para la política imperialista de Mr. Johnson, que no tiene —como se ve— ningún motivo de inquietud respecto a sus bases militares atómicas construidas en territorio español.

HISPANIDAD

La nota pintoresca de las últimas aventuras diplomáticas del régimen franquista por Latinoamérica fue la promesa hecha por Jaime Alba, embajador español en Río, de un crédito por muchos cientos de millones de dólares como ayuda española al «desarrollo» de los países de lengua hispana de ese continente. Lo demagógico de esta oferta puso en serios aprietos al ministro de Trabajo, Romeo Gorria, que completaba su gira por esas tieras, que no supo explicar como podría España hacer frente a tal compromiso...

SINDICATOS

De manera ininterrumpida, y alcanzando todos los escalones de la estructura burocrática de la C.N.S. y del Movimiento, se ha venido prosiguiendo el cambio de hombres y cargos que se iniciara hace poco más de dos meses. Como explicación a este proceso, de ceses y nombramientos, el ministro Solís ha declarado, el 23 de diciembre pasado, lo siguiente: «El Sindicalismo, siempre en marcha, continúa en estos momentos poniendo a punto nuevos cuadros rectores, de cara al futuro. Los relevos de hoy se justifican por esta puesta al día y el deseo de buscar al hombre apto para cada puesto, pero también en la necesidad de sustituir a aquellos otros hombres del Sindicalismo que han sido requeridos por la Administración para tareas muy importantes y responsables (...)».

JUSTICIA

Abusando de su condición de Somatén un hombre mata a otro. El hecho ocurrió el 30 de septiembre de 1963 en la calle principal de Moratalla (Murcia). La causa: el que un pacífico ciudadano «desobedeciera» las «ordenes» del Somatén, que se consideraba investido de autoridad suficiente para obligar al otro a retirarse de un Bar. Después de una larga demora, la Audiencia de Murcia ha condenado al Somatén «como autor de un homicidio con la atenuante de

presentarse espontáneamente a las autoridades, a trece años de reclusión.»

Ejemplar Justicia la española, que condena en cambio a penas mucho más largas a simples obreros por haber repartido hojas clandestinas o por formar parte de organizaciones sindicales «prohibidas».

TURISMO

La última invención, para atraerse al turismo, de nuestro ministro de Información y Turismo, ha sido la fórmula del «seguro turístico» que entrará en servicio a partir de febrero. Por módicas cantidades, según las diversas tarifas, los turistas extranjeros —para los españoles no vale— podrán asegurarse contra robos, pérdidas, accidentes, malos tratos, etc., con lo que su estancia en España resultará más «placentera y tranquila».

Para atraer al turismo —tabla de salvación de la economía franquista— el Régimen es capaz de todo... ¡Hasta de liberalizarse!

MANIFESTACIONES

Como réplica a las manifestaciones antifranquistas de Milán, y a las de los estudiantes madrileños, la Hermandad de Alféreces Provisionales organizó, en Madrid y diversas capitales de provincia, «movilizaciones masivas para patentizar su fidelidad al Caudillo y su régimen». De todas estas magras movilizaciones —en Madrid sólo lograron reunir a unas dos mil personas y unos cuantos centenares de curiosos—, el Gobierno se desolidarizaría bien pronto en la prensa vistos los ridículos resultados.

En cambio, cuando los trabajadores españoles pueden hacerlo, manifiestan su repudio al Régimen que les obliga a salir al extranjero para poderse ganar el pan. Entre otras manifestaciones destaca la celebrada recientemente en Frankfurt por los trabajadores españoles emigrados en Alemania.

ESTUDIANTES

Para yugular los movimientos estudiantiles de protesta en las diferentes Universidades, las autoridades académicas, han abierto expedientes a varios centenares de estudiantes, amenazándoles con la expulsión o imponiéndoles como castigo, por su actitud «rebelde» (Barcelona), el pago doble de la cuota de inmatriculación.

En Madrid, cuarenta y siete estudiantes de la facultad de Ciencias Políticas y Económicas han sido excluídos de la Universidad «por haber contravenido los reglamentos interiores de la Facultad y por haber provocado incidentes».

Los «incidentes» son las Asambleas Libres celebradas por los estudiantes para elegir libre y democráticamente a sus representantes.

He aquí una demostración palpable de la «liberalización» del Régimen.

¡Viva la «liberalización»!

IMPERIALISMO:

Guerra y Dictadura

El escepticismo que demostrábamos en nuestra crónica anterior, en cuanto al efecto que las magníficas palabras de paz y justicia pronunciadas por Pablo VI en las Naciones Unidas pudiera tener en las clases dirigentes a que iban dirigidas, no estaba desplazado. La actual situación internacional, revelada brutalmente por los acontecimientos diarios, nos lo demuestra.

La despiadada actuación impositiva de los grandes intereses capitalistas en todos los continentes, con la inevitable y saludable reacción defensiva de quienes son víctimas, confirma una ley elemental de la existencia humana: que a la injusticia e imposición violenta no se le combate con retórica platonizante, sino con hechos; que a la opresión imperialista los pueblos le disputan el terreno palmo a palmo con la violencia revolucionaria.

Una sucesión ininterrumpida de golpes militares, desde Indonesia a las repúblicas del Africa «independiente»; la ejecución a la luz pública de enemigos políticos, mismo si para ello se precisa saltar fronteras extrañamente permeables (como el caso reciente del líder izquierdista marroquí Ben Barka); la aberrante pretensión a cubrir con una inhumana doctrina de superioridad de la raza blanca un sistema de opresión de la mayoría de la población por una minoría, actual propietaria de la totalidad de la riqueza nacional (Rodesia); estos fénómenos, que ocupan un lugar preeminente en la actualidad internacional, forman un lúgubre trasfondo para la tragedia de hoy cuyos protagonistas, el campesino vietnamita y el «pacificador» soldado norteamericano, se enfrentan en el duelo histórico de la humanidad: la lucha por una existencia más digna, más libre.

Duelo en el que, directa o indirectamente, se encuentran hoy afectados todos los pueblos de la tierra.

La segunda guerra en Vietnam ha adquirido ya un grado de virulencia y de peligro superior al alcanzado durante la primera, cuyo protagonista extranjero era una Francia seriamente debilitada. El empeño estadounidense de imponer su voluntad en una región estratégicamente vital para la conservación de sus inmensos intereses asiáticos y el mantenimiento de su preeminencia militar en el Pacífico, les ha conducido progresivamente a una guerra de desgaste Frente a una insurrección popular inspirada y mantenida por la potencias comunistas asiáticas, primeras en ser afectadas por la agresividad económico-militar norteamericana.

Al bombardeo sistemático, de la población insurrecta del Vietnam del Sur y de la infraestructura industrial del Vietnam del Norte, responden los comunistas con las armas clásicas de la guerilla asiática: ofensivas rápidas y audaces de pequeñas unidades, desapareciendo como por encanto inmediatamente después de la operación; terrorismo despiadado, que tiene como resultado la desmoralización del enemigo y sus protegidos.

Los dos contrincantes se declaran en condiciones de soportar una guerra de desgaste a plazo indeterminado. Norteamérica dispone de recursos prácticamente inagotables y clama con vigor su determinación en no ceder... pese a su sonado «peregrinaje diplomático por la paz».

La situación general hasta aquí descrita origina diversas constataciones, al final de las cuales, como conclusión aleccionadora, se imponen algunas reflexiones.

Es evidente que la década 60-70 se presenta como un período de indiscu-

tida prepotencia americana. Las situaciones de equilibrio y las fachadas democráticas se derrumban ante la presión monopolizadora de Estados Unidos y de sus peones, provocando por doquier la irrupción de regímenes dictadoriales. En cualquier dirección que dirijimos nuestros ojos vemos al progreso social cada vez más hipotecado ante la arbitrariedad autoritaria.

Son las castas reaccionarias de Brasil, que borran de un manotazo las veleidades reformistas de la burguesía urbana bajo la dirección de Goulart, imponiendo un clima de represión contra los elementos izquierdistas más cercanos al campesinado hambriento del noroeste y de las grandes masas humanas, sin pan y sin trabajo, amontonadas en las afueras de las grandes urbes industriales.

Son estas mismas castas de grandes terratenientes, gran burguesía y militares, que se lanzan a brida suelta a reprimir las aspiraciones populares en toda la América andina y en las repúblicas del Caribe.

La «Alianza para el Progreso», del desaparecido Kennedy, ha dejado el paso a una aplicación estricta del «buen orden» y de la salvaguardia de América contra la «penetración comunista» —quedando bien claro que «comunista» es todo aquél que no se conforma en plegarse a la voluntad de los trusts americanos y de sus aliados autóctonos.

Son las castas dominantes de Indonesia, militares a la cabeza, que rompen el equilibrio político a favor de una alineación pro americana, reprimiendo con brutalidad inigualada a las fuerzas populares.

Son estas mismas castas, siempre, las que imponen su voluntad en el Congo y en una multitud de repúblicas africanas, desembocando en dictaduras militares de tipo franquista, invocando invariablemente la corrupción o ineficacia de los regímenes civiles que, aunque cierta, difícilmente se puede creer corrijan los déspotas uniformados. En todo momento, el justificante definitivo, el argumento «ad hoc» es la supuesta «infiltración» comunista con la que se denomina ahora todo intento de protesta popular y todo movimiento embrionario de insumisión social.

Es Portugal que obra según su real antojo en Angola y Mozambique, al calor de un clima internacional de mano dura.

En corroboración de esta afirmación, de la prepotencia norteamericana en el mundo, tenemos la actitud circunspecta de la Unión Soviética y de la propia China, pese a sus estridencias oratorias.

Desde que Kruschef tuvo que acatar el ultimátum de Kennedy, retirando de Cuba los cohetes intercontinentales rusos allí instalados, hemos visto al jefe de fila del bloque comunista situarse en una posición de defensa. En la O.N.U., en Africa, en Asia, en Europa, la Unión Soviética ha perdido la ofensiva en favor de los EE.UU.

¿Obedece esta actitud a una imperturbable aplicación de la línea de «coexistenica pacífica», que obliga a Moscú a ceder terreno antes que llegar a una crisis que pondría en entredicho la viabilidad de dicha línea?

¿Es acaso el resultado de una incontestable inferioridad económica industrial y militar? ¿Responde a una progresiva alineación, de su régimen aburguesado, con el mundo capitalista, frente al mundo infradesarrollado —como reza la acusación de Pekín? ¿Es consecuencia del debilitamiento del bloque comunista por culpa del cisma que Pekín está provocando?

Sea cual fuere la hipótesis justa es una realidad que, contrariamente a otras coyunturas internacionales (guerra de Corea, crisis del Canal de Suez) el bloque comunista reconoce la superioridad de EE.UU.

Otra constatación importantísima reside en el fracaso de las diferentes fórmulas, hasta hoy adelantadas, para la creación de una hipotética «tercera fuerza» con existencia e influencia real.

El bloque de Bandung ha estallado en pedazos al momento de afrontar los verdaderos problemas. ¿Podra la Confe-

rencia Tricontinental de la Havana resucitar esta idea?

La otra versión «tercera fuerza», tomando como base de apoyo a los EE. UU. de Europa, todavía no se la ve apuntar en el horizonte. Hoy, no son Inglaterra, Alemania y Francia las que, en conjunto o por separado, están en condiciones de contrarrestar o frenar los apetitos de hegemonía de Wall Stret y el Pentágono reunidos. Los fracasos de la diplomacia inglesa y las aventuras de Fanfani, etc., son la mayor demostración.

Fuera del marco trazado por las fronteras del bloque comunista (no obstante téngase en cuenta las amenazas bélicas de algunos dirigentes americanos contra China), fuera de lo que es terreno privativo de algunos países europeos (hasta hoy «tolerado» por los EE.UU.), queda como una realidad objetiva la hegemonía económica y política de la superpotencia americana.

Un país, en el que el bienestar de una parte de su población, desproporcionado hasta con relación al de los países más desarrollados, cohabita con la negación de los más elementales derechos humanos a millones de ciudadanos negros, se erige en gendarme del mundo imponiendo por doquier —mediante la dominación económica y militar— formas dictatoriales de dominación a expensas de las ansias de progreso de la mayor parte de la población mundial.

Es en función de esta realidad que las fuerzas revolucionarias deberán establecer el planteamiento correcto de la lucha.

Las amargas reflexiones, que una tal situación, pueden ocasionar en los hombres comprometidos en la lucha revolucionaria, deberían conducir, por otra parte, a una serie de conclusiones positivas.

La primera es que, la lucha revolucionaria, es la única que pone en evidencia al imperialismo capitalista y le obliga a recular o conceder, a los pueblos, prerrogativas que, en otras condiciones, jamás habría concedido.

La segunda es que, la lucha contra la « civilización» capitalista, debe sobrepasar, cuando las circunstancias lo permiten, la mera formulación material de la lucha de clases, para impulsar la conciencia revolucionaria y despertar en los pueblos el sentido de la dignidad humanista. Destáquese, como se merece, este doble fenómeno en el seno mismo de los EE.U. : mientras la intelectualidad y las minorías conscientes se movilizan para exigir de la administración de Mr. Johnson la paz en el Vietnam, los empleados del transporte de Nueva York se limitan a la defensa de sus intereses inmediatos...

Y, por último, debe tomar vigencia operante la unidad de acción de quienes, aunque guiados por credos filosóficos distintos, pero no opuestos, luchan contra la opresión del hombre por el hombre, pues sólo con esta mancomunidad de esfuerzos se puede y se podrá hacer frente a lo ofensiva reaccionaria en el mundo.

Johnson ha confesado el fracaso de su «tentativa» de negociación para la paz. Mientras, Kossyguine ha logrado hacer parlamentar y «reconciliar» a los Jefes de Gobierno del Pakistán y de la India —recientemente enfrentados en guerra nacionalista—, lo que significa un éxito, reconocido en Occidente, de la línea de coexistencia pacífica llevada al propio seno del mundo capilista.

Por contra, la China de la revolución a ultranza sufre aislamiento en la Tricontinental de la Habana, en donde los delegados buscan la «fórmula revolucionaria» para abatir al imperialismo americano bajo de la batuta de la U.R.S.S. coexistencionista.

¿Coincidencias...?

Otras voces

¡LOS DILEMAS DE LA OPOSICION ANTIFASCISTA!

La Oposición española en general ha pasado diversas etapas de euforia y de derrotismo: de ilusiones quiméricas, en esto y aquello, y de sucesivas depresiones anímicas ante los fracasos de sus pueriles esperanzas..., durante estos largos años de Dictadura franquista.

Ultimamente, la «liberalización» y la «posición aparentemente progresista» de parte de la Iglesia española, fueron dos temas de batalla y de aliento para los que siempre han preconizado y elogiado las posibilidades de una «Oposición pacífica y constructiva»...

Reproducimos, a continuación, los extractos de dos artículos publicados en la revista «Mañana», del mes de diciembre último, por los que se verá las nuevas premisas que se apuntan, al respecto de este problema, por la corriente afín a dicha Revista.

«Para evitar que se pierdan batallas que nadie está dispuesto a librar, o que se produzcan desilusiones tan injustificadas como las excesivas esperanzas depositadas en la eficacia de la acción erosionadora de la Iglesia, lo mejor será que, en adelante, la oposición procure concentrase en unos objetivos que le sean propios —y que no tienen nada que ver con lo que persigue la Iglesia en su conjunto o tal o cual figura de ella— y operar sobre las fuerzas reales del país: las nuevas generaciones universitarias, los obreros, los cuadros sociales y los estamentos profeionales, es decir los elementos realmente políticos o pre-políticos de la sociedad española».

(Del artículo «La Iglesia y la Oposición», de la Redacción de «Mañana».)

«La solución del problema español exige que todas las fuerzas de Oposición participen y compartan esa responsabilidad. ¿Es que es imposible esta unión para terminar con el actual régimen y después que el pueblo sea libre para elegir a quien desee y que todos debamos respectar esa libertad, sin que ello no hipoteque los principios que cada grupo pueda tener y que, en esa libertad, pueda defender respetando siempre a los demás? En la última guerra mundial en todos los países invadidos por el fascismo se organizó la lucha contra los invasores y colaboradores por todos los grupos políticos y fuerzas progresivas. Países como Francia, Italia, Bélgica y otros afianzaron una democracia, donde todos los grupos políticos pueden luchar por sus principios; pero que el pueblo es el que elige lo que le agrada más, pues ¿es que España no puede llegar a esa democracia? Yo opino que puede llegar, y pronto, si todos somos capaces de mirar los intereses generales de España. Ningún grupo político puede negarse a participar en esta lucha y si alguno se niega a hacerlo, sea de derechas o de izquierdas, debe ser conocido por todos.»

(Del artículo «Por una Oposición Unida», redactado —según el antetítulo— por «un obrero que nos escribe».)

Sin pretensiones de polémica, nos congratulamos que se vayan apercibiendo de lo negativo de todas las ilusiones puestas en el fin del régimen por caminos que no sean los de una acción activa y concertada entre todos los grupos de la Oposición.

LA revista *Presencia* quiere ser una tribuna libre para la exposición del pensamiento libertario adaptado a la realidad española de hoy.

PRESENCIA quiere colaborar prácticamente, en la creación de una nueva conciencia revolucionaria, con todos cuantos sepan hacer dejación de prejuicios dogmáticos para resolver los problemas que plantea la lucha por la transformación de la sociedad capitalista y la emancipación del hombre.

Dir. de la publication : PASAMAR Impr. E.P., 232, rue de Charenton, Paris-12